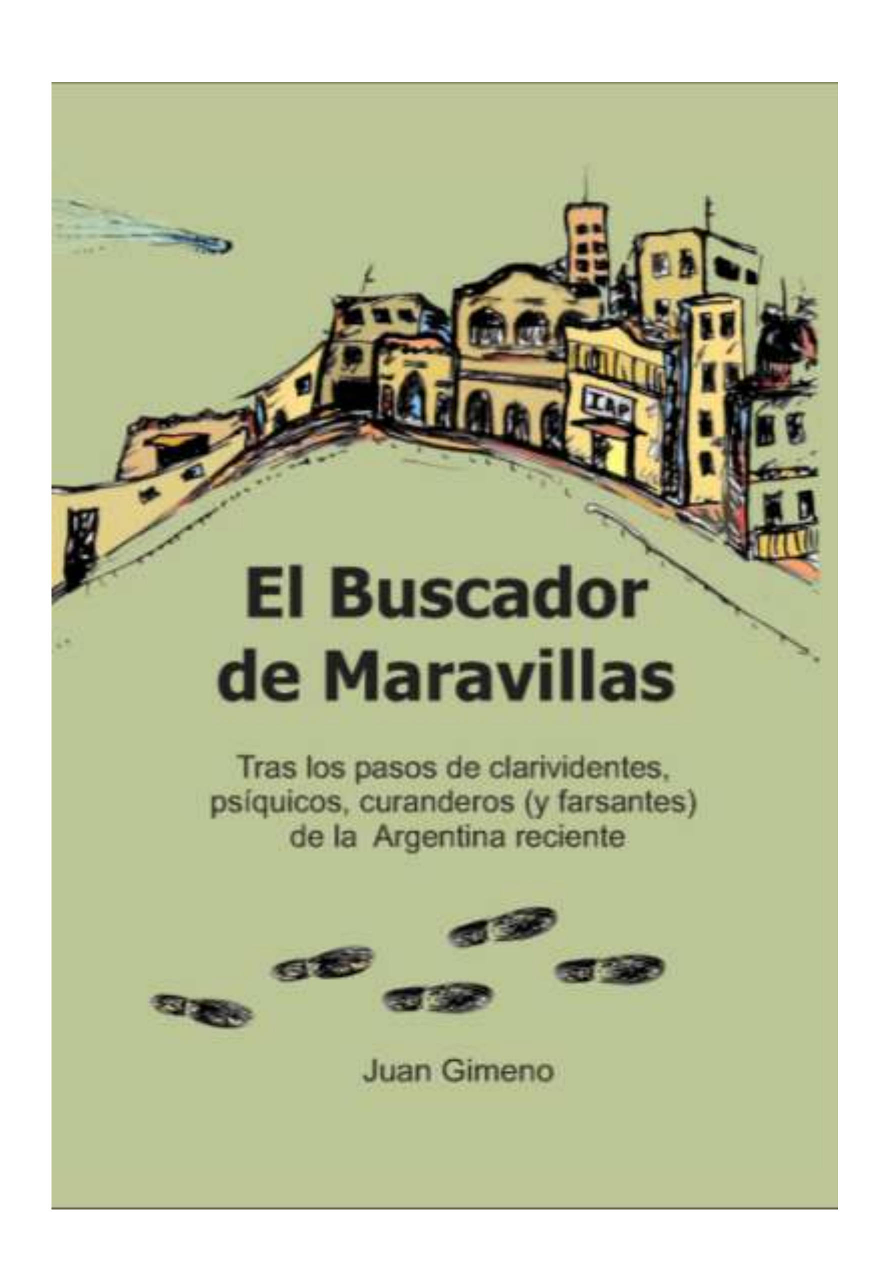

El Buscador
de Maravillas
Tras los pasos de clarividentes,
psíquicos, curanderos (y farsantes)
de la Argentina reciente
Juan Gimeno

Juan Gimeno

El buscador de maravillas

Tras los pasos de clarividentes, psíquicos, curanderos (y farsantes) de la Argentina reciente



Buenos Aires

2014

Gimeno, Juan Manuel
El buscador de maravillas: tras los pasos de clarividentes, psíquicos, curanderos (y farsantes) de la Argentina reciente. - 1a ed. - Avellaneda: el autor, 2014.
190 p. : il. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-33-4389-6

1. Estudios Culturales. 2. Parapsicología. I. Título
CDD 306

Diseño de tapa e ilustraciones: Florencia Gimeno

Primera edición: marzo 2014
Edición del autor
jgimeno54@yahoo.com.ar

ISBN 978-987-33-4389-6

ÍNDICE

1

CÓMO EMPEZÓ TODO



Qué maravilla de maravilla la maravilla.
No hay pie de rey que mida la maravilla.
Ni balanza que pese la maravilla.
Qué maravilla de maravilla la maravilla.
No hay dinero que compre la maravilla.

Maravilla, Mario Benedetti

CÓMO EMPEZÓ TODO

Maravilla llaman a una flor que suele colorear las veredas de los barrios porteños; o a una antigua moneda española acuñada durante la edad media; y hasta hubo una súper heroína conocida como Mujer Maravilla. Sin embargo, en este libro no quiero hablarles ni de flores ni de monedas, aunque tal vez sí de súper héroes. La primera definición que da la Real Academia Española sobre maravilla es: *Suceso o cosa extraordinarios que causan admiración*. ¿Y qué otra cosa es más extraordinaria y causa más admiración que ver a un psíquico en actividad?

Pero antes que nada una pregunta: ¿Quiénes son los psíquicos? ¿Existen realmente, trabajan con nosotros, se sientan a nuestro lado en el colectivo, o sólo habitan el mundo de los *comics*, son nada más que personajes de una novela que la gente se encarga de ir escribiendo?

Toda investigación no es más que la búsqueda de respuestas a preguntas como las del párrafo anterior. Un verdadero investigador no se conforma con lo que le puedan contar sus amigos, su programa favorito de televisión o el mejor de los buscadores de Internet. De pronto se da cuenta que ninguno de los argumentos lo conforman; los considera incompletos o directamente equivocados. Se siente insatisfecho, incómodo, tiene la sensación de que ya no podrá más dormir tranquilo hasta que no encuentre mejores comprobaciones.

Para ser investigador no hace falta estudiar en la universidad (aunque en la mayoría de los casos ayuda) ni tener cualidades especiales de ningún tipo. Solamente sentir ese maravilloso malestar que nos impulsa a resolver de otra manera los interrogantes de siempre.

Para la gente de mi generación (y perdón a los más jóvenes por la antigüedad) era difícil que un niño no se lanzara a resolver al menos dos incógnitas fundamentales:

¿Cómo nacían los bebés? y ¿quiénes eran los Reyes Magos? Como en cualquier otra investigación, las respuestas que nos habían conformado durante años, de repente nos parecían ridículas y quedábamos vacíos ante ellas.

Esas dos cuestiones de mi infancia, cuya solución no voy a develar por las dudas que aún queden padres que prefieran seguir jugando al misterio, son de alguna manera una buena síntesis de todas las preguntas que nos podemos hacer durante nuestra vida. La primera de ellas representa a todos los fenómenos habituales de la naturaleza, esos que ocurren suficientemente a menudo como para que no dudemos de su realidad, aunque no podamos comprender su origen. Nacimientos se producen todos los días, aunque no veamos tantos bebés como cigüeñas surcando el cielo. Otras preguntas del mismo tipo pueden ser qué produce un terremoto, dónde está guardada la información que llega hasta nuestra computadora o por qué se caen las hojas de los árboles en otoño.

La pregunta sobre los Reyes Magos era mucho más difícil de resolver. Es que su irrupción se producía una sola vez en el año, y había que estar muy atento para no desaprovechar la oportunidad. Cualquier niño medianamente inteligente, pronto llegaba a la conclusión de que la prueba decisiva consistía en permanecer despierto la noche del 5 de enero. Si no se perdían de vista los zapatos y la carta con los pedidos, en algún momento se tendría que ver quién dejaba los regalos, vaciaba el recipiente del agua y hasta marcaba algunas imprecisas huellas en el jardín. Pero casi siempre las estrategias para mantenerse despierto fracasaban, y entonces había que esperar un tiempo infinito para tener otra oportunidad.

Los Reyes Magos pertenecen a un conjunto de fenómenos que podemos llamar inhabituales. Si ellos nos visitaran todos los domingos por la tarde, no harían falta métodos tan especiales para resolver el enigma, y por

supuesto que tendríamos muchos más juguetes para disfrutar. Dentro de los fenómenos inhabituales, existen otros más raros aún, que sólo ocurren una o dos veces en la vida, o quizá ninguna. Pero son tan asombrosos, tan fuera de lo común, que suelen cambiar la visión del mundo de quienes tienen la suerte de presenciarlos, o bien contagiarlos de ese entusiasmo por examinarlos: me refiero a los fenómenos paranormales o fenómenos Psi. Entre ellos puede incluirse leer o transmitir el pensamiento (telepatía), acceder a detalles de la vida privada de una persona con sólo tener delante un objeto suyo o el nombre (psicometría), mover objetos mediante un esfuerzo mental (psicokinesis) o conocer situaciones que ocurrirán en el futuro (precognición).

¿Cuántas veces hemos leído o escuchado sobre casos por el estilo? Sin embargo la noticia que nos llega, relatada por un testigo poco confiable o impresa en alguna revista sensacionalista, no suele ser suficiente para decidirnos a investigar. Muy distinto es lo que ocurre cuando nosotros mismos somos los testigos. No pudiendo dudar de nuestra propia percepción ni de nuestra honestidad, debemos enfrentarnos con las inevitables preguntas. Tal vez en ese momento nazca un investigador de fenómenos paranormales; al menos eso es lo que ocurrió en mi caso, ya que en mi adolescencia tuve el privilegio de presenciar no uno sino dos hechos extraordinarios, dos maravillas según la definición del principio. ¡Algo así como poder ver a los Reyes Magos y a Papá Noel juntos! aunque fuera por un tiempo muy breve y sin poder sacarles ni una sola fotografía.

Últimamente no suelo relatarlos porque ya dije que estos acontecimientos sólo son valiosos para quien pueda presenciarlos. De todas maneras voy a hacer una excepción para justificar mi entusiasmo, y también para que ustedes puedan saber cómo se comporta un psíquico, o alguien que asegura serlo, en el caso de que el destino les ponga uno delante de sus narices.

El primer encuentro

Ocurrió durante unas vacaciones que hice junto a mi papá y a mi amigo Pedro. Gracias a la foto que me sacaron al descender de la aerosilla de Carlos Paz puedo documentar la fecha; allí puedo verme con mis 14 años, que ahora me parecen pocos para aprovechar esa experiencia, con mucho pelo en mi cabeza y radiante (por lo visto aún no había desarrollado mi pánico a las alturas). La fecha que puede leerse es el 30 de julio de 1968.

Pedro y yo estuvimos muy complacidos al enterarnos que en nuestro hotel se alojaba una división completa de chicas de un colegio secundario. Como era de esperar, pronto simpatizamos y comenzamos a compartir paseos y diversiones, cuya descripción sería más apropiada para otro tipo de libro. Sin duda que fueron unas vacaciones inolvidables, aunque también por otros motivos. Entre quienes acompañaban a las chicas, estaba una profesora de historia que se había convertido en ídolo de sus alumnas. No sólo porque durante las clases de lo que menos se hablaba era de su materia (motivo más que suficiente, según recuerdo, para valorar a cualquier docente) sino porque al parecer aquella mujer era una verdadera psíquica, y utilizaba sus habilidades sin ningún tipo de reparo ni vergüenza.

Ya en las primeras conversaciones nos dimos cuenta que las hazañas de Bárbara (así la llamaré, ya que no recuerdo su verdadero nombre) ocupaban un lugar central en la vida de nuestras nuevas amigas; las repetían en todo momento, complementándose unas a otras en los detalles. En general se trataba de fenómenos que mucho tiempo después me enteré que se denominaban subjetivos, ya que en ellos todo ocurre en el ámbito de la mente de las personas. Las anécdotas eran incontables, sobre todo porque ante nuestra actitud cerradamente escéptica ellas multiplicaban los detalles y certificaban los relatos con otros aún más asombrosos, tratando de conseguir nuestra aprobación.

Contaré sólo dos de aquellas crónicas, que inexorablemente eran acompañadas por una carcajada estridente y la lógica ofensa de la relatora; ambas tenían como escenario el colectivo que compartían a diario. Nuestras amigas juraban que Bárbara podía saber, utilizando sus poderes, quién era el pasajero que primero se levantaría, de manera de colocarse cerca y así conseguir su asiento. Nuestras quejas no se hacían esperar, ya que nos parecía que tal proeza, muy útil por cierto, bien podía explicarse de una manera más simple: en general todos los días viajaba la misma gente, y con un poco de memoria y observación podía conseguirse el mismo resultado.

Para la segunda anécdota no cabía otra explicación que no fuera la de que se estaban burlando groseramente de nosotros. Contaban a quien quisiera escucharlas que en una ocasión Bárbara las había invitado a presenciar un fenómeno de influencia a distancia: "*Observen bien lo que voy a hacer* –les dijo en medio de un colectivo repleto–*. ¿Ven a ese hombre en el fondo que va durmiendo? Muy bien, ahora me voy a concentrar y voy a hacer que se despierte de inmediato, me mire, se ponga de pie, camine hasta colocarse detrás nuestro y me toque el trasero*". Por supuesto que el relato terminaba con un cachetazo al pobre aprendiz de depravado, que no sólo había sido despertado antes de tiempo y obligado a perder su asiento, sino que era observado por los pasajeros sin explicarse cómo había sido capaz de semejante ofensa.

No sé si porque en un hotel pequeño teníamos que encontrarnos o porque la noticia de nuestras burlas había llegado hasta ella; la cuestión fue que tuvimos nuestra lección particular con Bárbara. La primera vez que habló con nosotros fue un mediodía entrando al comedor. Nos saludó cordialmente, y cuando parecía seguir camino hacia su mesa de repente se detuvo, nos observó dubitativa, se acercó y nos dijo, como si fuera la frase más normal del mundo: "*A ustedes los veo muy inseguros. Voy a recomendarles unos libros*". A continuación escribió en una servilleta los títulos de

dos libros escritos por Erich Fromm y uno por Sigmund Freud, olímpicos desconocidos para nosotros que sólo leíamos la sección deportiva de los diarios; después siguió su camino como si tal cosa.

La escena no hizo más que confirmar nuestras sospechas; la conspiración estaba en marcha, ahora con la complicidad de su principal protagonista. Todo siguió adelante, hasta que la profesora decidió jugar fuerte con nosotros, haciéndonos una demostración convincente de sus talentos. Fue por la noche en la confitería, a donde íbamos después de la cena para bailar y conversar. Entre grupos informales que se armaban y desarmaban a cada momento, recuerdo mi sorpresa al quedar sentado solo frente a Bárbara (después se me ocurrió que la escena había sido provocada deliberadamente para que pudiera actuar sin interferencias). Cuando estaba buscando temas de conversación para romper el embarazoso silencio, se adelantó con una inocente pregunta: *"¿En dónde vivís?"*. Mi respuesta fue inmediata y previsible, tranquilizándome de que fuera ella la que tomara la iniciativa. Pero mi serenidad terminó ahí mismo, ya que Bárbara, con el mismo entusiasmo de un niño que descubre golosinas perdidas en el fondo de un cajón, comenzó a hacer afirmaciones precisas e increíbles, generando un diálogo como el que sigue:

- ¿En dónde vivís?
- En Avellaneda.
- ¡Ah, vos vivís en la calle Homero!
- Sí.
- Vivís con tu papá y tu mamá, los tres solos.
- Sí.
- ¡Ah, cerca de la esquina donde está la verdulería de José!
- Sí.

- Y el frente de tu casa es de color bordó... y tiene al costado una madreselva.

- Sí.

- Y al lado vive una señora viuda.

- Sí.

- Y todos los días viajás a Capital para ir al colegio.

- Sí.

No sé cuánto tiempo estuve repitiendo la misma palabra. Ella reía encantada con cada monosílabo mío, mientras me volvía cada vez más serio y rígido. Después se levantó y se fue, sin decir nada, y me quedé desolado y confundido. ¿Cómo había podido adivinar tantos datos sobre mi vida cotidiana? Lo de que vivía con mis padres podía haber sido una corazonada con suerte. Lo del color del frente de mi casa, otra casualidad... Pero ¿cómo sabía el nombre de la calle donde vivía?

Cuando regresamos a la habitación le conté lo sucedido a Pedro. Comenzamos a analizar cada una de sus declaraciones, y si había alguna manera de que las conociera por vías normales, pero era imposible. Hacía pocos días que nos conocíamos y de lo que menos habíamos hablado era de ese tipo de detalles. ¿Quién podría haber comentado que mi verdulero se llamaba José y con qué motivo?

La única explicación era que mi papá se hubiese sumado a la gran confabulación, cosa que desmintió rotundamente al otro día. Pero no fue necesario tener que confiar en él, ya que a la siguiente noche se repitió la misma escena, pero esa vez entre Bárbara y Pedro. Mi amigo escuchó afirmaciones similares a las que había escuchado yo, con la diferencia de que ni yo, ni mi papá, ¡ni nadie en toda la provincia! las conocían. Fue necesario aceptar que aquella mujer no sólo adivinaba el pensamiento sino que lo

hacía simplemente para divertirse, sin necesidad de lograr con eso grandes beneficios.

Un gitano rosacruz

Aquellas experiencias quedaron grabadas a fuego en mi memoria. Todos los días me preguntaba cómo habían podido ocurrir semejantes acontecimientos. A diferencia de lo que hago ahora, en ese tiempo relataba aquellas proezas cada vez que tenía oportunidad. Debo reconocer que causaba impacto, sobre todo en medio de una conquista; pero en el fondo era una manera de buscar explicación a lo vivido, quizá como la forma más primitiva de comenzar a entender. ¿Había nacido Bárbara con aquellas habilidades o las había adquirido de alguna manera? ¿Qué haría con ellas en su vida cotidiana, además de divertirse? ¿Cobraría por sus servicios, tendría un cartel de *bruja* en la puerta de su casa? ¿Pertenecería a algún grupo cuyos miembros se transmitían esas capacidades?

Tantas cavilaciones y no hice lo más efectivo: tocar el timbre de su casa y plantearle las preguntas que daban vuelta en mi cabeza. Todavía hoy me reprocho no haberla ido a visitar, pero creo que era muy joven para hacerme cargo de semejante tarea. Además, tenía una convicción difusa de que si bien los psíquicos eran personas singulares, no pasaría mucho tiempo sin que tuviera la oportunidad de conocer a otro.

Compré los libros que nos había recomendado, creyendo que allí encontraría algunas claves. Me sirvieron para comenzar a conocer el mundo, y de hecho con el tiempo terminé leyendo la bibliografía completa de esos autores; hablaban de cosas habituales, de psicología, de sociología, pero nada decían sobre lo que a mí más me interesaba. En una palabra, y siguiendo con el ejemplo de mi niñez, se empeñaban en desentrañar el misterio de dónde venían los bebés, pero nada les importaba la solución al problema de los Reyes Magos.

Buscando otro tipo de libros conocí la Biblioteca Teosófica de la calle Agrelo. Hasta allí llegaba los sábados a las dos de la tarde, hora en que abrían, y leía todo lo que podía o lo que la bibliotecaria me recomendaba. La jornada terminaba por la noche escuchando alguna conferencia sobre temas afines. En ese lugar aprendí que lo que hacía Bárbara era conocido como magia. Aquellos libros confirmaban una de mis sospechas: la magia se aprendía mediante procedimientos secretos, que sólo eran transmitidos a iniciados que fueran capaces de superar exigentes pruebas físicas o intelectuales. Algunos de los oradores reconocían haber sido iniciados en esos secretos; pero ante el cándido pedido de que repitieran allí mismo los fenómenos, se despachaban con una serie interminable de impedimentos, que a mí me sonaban más a pretextos. Después de todo, Bárbara había demostrado de lo que era capaz a cualquier hora y en cualquier circunstancia; para ella no habían existido misterios ni condiciones especiales que cumplir.

Los libros sobre magia solían repetir como latiguillos una serie de refranes, tan ambiguos que en realidad terminaban sirviendo casi para cualquier ocasión. Uno de los que más me gustaba era el que aseguraba que *cuando el alumno está presto, el maestro llega*. Algo de eso quizá me ocurrió en el verano de 1973, más precisamente en el Hospital de Gastroenterología de la Capital Federal. Aún hoy, cuando paso con el colectivo 91 por la avenida Caseros al 2000 y veo su frente idéntico al de hace 35 años, no puedo evitar sobresaltarme. Voy a relatarles otra maravilla: el segundo encuentro personal con un psíquico, o al menos eso es lo que creo hasta ahora.

Esa noche cumplía una misión de lo más incómoda. Debía mantenerme despierto, cuidando a un familiar recién operado que dormía bajo los efectos de fuertes calmantes. La sala de espera se había ido despoblando lentamente de las visitas vespertinas. Después de cenar ya no quedaba más nada que hacer; sólo mirar el perezoso avance del reloj

que tampoco dormía, aunque no parecía tan aburrido como yo.

Una alternativa consistía en tratar de conversar con otra persona que tuviera el mismo problema. Pero era una elección peligrosa, ya que si bien cualquier cosa parecía mejor que caminar de una punta a la otra como un animal enjaulado, el encuentro con alguien desagradable podía complicar demasiado la situación. Decidí aceptar el riesgo y me acerqué a un muchacho que andaba por ahí. Estaba cuidando a su papá, también recién operado y perfectamente dormido; me contó que pertenecía a una familia de gitanos y que su nombre de pila era Joaquín.

Debo aclararles que para entonces, aquel imberbe de unos años atrás se había convertido en un soberbio incorregible. La conversación pronto transitó por los temas aprendidos en la Biblioteca Teosófica. Había leído que uno de los grupos que aseguraba poseer los secretos de la magia era el de los gitanos; así que comencé a hostigar a mi compañero, saturándolo de nombres y anécdotas, tratando de que rebelara lo que sabía. No lo recuerdo bien, pero es muy probable que también le haya contado mi encuentro con Bárbara.

Si bien Joaquín admitía estar al tanto de la cuestión, replicando con más nombres y anécdotas, aseguraba tercamente desconocer cualquier secreto y negaba ser capaz de producir ningún fenómeno. Hasta que en un momento mi insistencia le produjo una especie de lucha interior. Se quedó callado unos segundos y después, con una voz cambiada, reconoció pertenecer a alguna fraternidad Rosacruz. También me confesó haber aprendido a producir fenómenos, pero que no era capaz de repetirlos porque hacía más de un año que había dejado de concurrir, a raíz de la enfermedad del papá.

La revelación, lejos de conformarme, sólo consiguió que redoblara mis argumentos, acusándolo de mentiroso si no podía demostrar allí mismo sus dichos. Pensó otro poco,

y ya vencido (reconozco que era muy cargoso cuando me proponía algo) ofreció atravesarme la garganta con una aguja sin que sufriera daño ni dolor; por supuesto que me negué, alegando que se trataba de un truco barato de circo, y que sólo aceptaría verdaderos actos de magia. Acorralado, miró un rato por la ventana hasta que reconoció haber aprendido a hacer pasar objetos a través de superficies sólidas, un fenómeno que solían relatar los espiritistas en sus sesiones. Alguien pedía como prueba que apareciera sobre la mesa un ramo de flores, o cualquier objeto que no estuviera en la habitación antes de comenzar; si aparecía, se decía que se había producido un *aporte*, suponiendo que un espíritu lo había traído desmaterializado desde fuera. A este tipo de fenómenos la parapsicología los clasificaba como objetivos, como a todos los que dejaban alguna prueba material.

Joaquín me advirtió que su falta de entrenamiento sólo le permitiría, con mucha suerte, utilizar como aporte un cuerpo pequeño y simple, como por ejemplo la ceniza del cigarrillo que yo estaba fumando. Pensé que era otra clásica excusa para justificar el seguro fracaso de la experiencia; pero perdido por perdido, acepté. Estábamos solos, sentados uno frente al otro, separados por no menos de un metro de distancia, en una sala con buena iluminación. No me tocó ni antes ni durante la demostración; sólo me daba instrucciones que yo cumplía en respetuoso silencio, aunque pensara que todo iba a terminar mal. De todas maneras, ¡después del desengaño tendría el resto de la noche para recordarle que era un farsante!

Yo sostenía mi cigarrillo encendido en la mano izquierda. Me anunció que intentaría pasar su ceniza a través de mi mano desocupada. La abrí para asegurarme que no hubiese nada en ella y luego la cerré. Coloqué sobre el dorso un poco de ceniza, como si se tratara de un cenicero. Cerró los ojos y giró la cabeza buscando concentración. Tres o cuatro segundos después me miró con serenidad, pidiéndome que soplara la ceniza. Así lo hice, y al

abrir la mano pude ver, incrédulo, que en la palma había aparecido una cantidad de ceniza similar a la que acababa de soplar. ¡Lo había logrado, a pesar de todo lo había conseguido!

Volví a sentir la misma sensación de maravilla que unos años antes en Córdoba. Estaba confundido, mirando como un idiota mi mano derecha. Pero a pesar de todo tuve la suficiente lucidez como para aplastar la ceniza contra la palma, en lugar de tirarla al piso y perder mi única prueba material. A partir de ese momento los roles se intercambiaron. Pasé a ser el acosado, ya que se reía de mí y hasta amenazaba con convertirme en su esclavo y otras cosas por el estilo, que yo asociaba con las aventuras de Bárbara en el colectivo. Sentí miedo y lo antes que pude me escabullí hasta un rincón oscuro de la habitación de mi familiar. Joaquín se asomaba cada tanto sonriendo con maldad. Yo sólo pensaba en lo que me había ocurrido, tratando de no tocar para nada la marca de mi mano derecha. Quería asegurarme de que no me hubiese hipnotizado, haciéndome ver una mancha que en realidad no existía.

Cuando trajeron el desayuno me tranquilizó saber que ya había otra persona cuidando al gitano. Esperé ansioso la verificación final. A media mañana, cuando llegó quien me iba a reemplazar, después de las consultas obligadas le disparé una pregunta que debe haber considerado extravagante: "*¿Me podés decir qué tengo en esta mano*?" Habrá creído que se trataba de una lastimadura. Tomó mi mano, la acercó a su cara para verla bien, tocó la mancha con sus dedos, que también se tiñeron de gris, y me dijo desconcertado: "*¿Esto no es ceniza, che*?".

Me pregunto cuál será la reacción de ustedes después de leer hasta aquí. No me equivocaré por mucho si especulo que las reacciones variarán entre dos polos antagónicos. Estarán los que acepten de buen grado mis testimonios, sin exigir mayores aclaraciones. Recordarán

cada uno de los detalles y reproducirán estos relatos entre sus amigos, como lo hacía yo en aquel tiempo.

Por otro lado protestarán los que no acepten una sola palabra de lo que acaban de leer, nada más que porque les parece imposible que pueda ocurrir algo así. Pensarán, para justificar su incredulidad, que Bárbara era una bromista empedernida, y que de alguna forma se consiguió la confabulación. ¿Qué no podría lograr una mujer inteligente y experimentada, con la ayuda de sus alumnas aburridas, frente a muchachos encandilados entre tantas faldas? Con respecto al gitano, coincidirán conmigo que se trataba de un mago, pero de los que trabajan en los teatros, esos que sacan pelotitas de nuestras orejas sin que entendamos cómo, sobre todo en una noche de insomnio y tensión como fue la que lo conocí. Con menos imaginación aún, supondrán que son invenciones mías para aumentar el entusiasmo por este libro; o que alguna dificultad neurológica me obliga a relatar cuentos fantásticos como si fueran reales.

Lejos de estas posiciones que no conducen a ninguna parte, considero que la más progresiva es la que fui madurando con el tiempo: aceptar la posibilidad, aunque sea remota, de que esos relatos puedan ser ciertos, y lanzarse a buscar nuevas pruebas que permitan estudiarlos a fondo. Claro que tengo una ventaja sobre los lectores: como ya aclaré, no necesito dudar de mi honestidad ni de mi salud mental. Mis puntos oscuros, que concuerdan con los de los escépticos, estarían en poder desestimar la posibilidad de haber sido víctima de un fraude deliberado. Eso se hubiese podido resolver ganando la confianza de mis psíquicos. En lugar de escapar de ellos tendría que haberme hecho su amigo, y tentarlos a realizar nuevas experiencias mejor controladas.

Basta de anécdotas, al menos por ahora. Sólo quise contarles cómo empezó todo para mí. Queda para ustedes responder las preguntas: ¿En qué se parecen Bárbara y Joaquín? ¿Se trata, a pesar de las diferencias, de una

misma capacidad, que suele definirse como Psi? ¿Qué pensarán de ellos mismos? ¿Se creerán seres superiores o pequeños demonios? ¿Qué cantidad de psíquicos auténticos habrá en el mundo, si es que hay alguno? ¿En qué momento de la vida aparecerá esta capacidad? ¿Pueden incrementarla de alguna manera, o perderla?

Es posible que se sientan preocupados, ya que deben tener más preguntas que al comenzar a leer; pero sepan que eso es un signo de avance. Las personas que saben mucho no son aquellas que conocen todas las respuestas sino las que pueden hacerse las mejores preguntas. Imaginen por un momento que un niño lograra mantenerse despierto la esperada noche del 5 de enero y viera con sus propios ojos a los Reyes Magos, con sus camellos, sus vestidos coloridos y sus bolsas de juguetes. Si eso ocurriera (y no sé si es así porque siempre terminé durmiéndome) respondería afirmativamente a la pregunta sobre su existencia. Pero de inmediato surgirían muchas otras, como ser: ¿De dónde vienen? ¿Son seres humanos o divinos? ¿De dónde obtienen los regalos? ¿Qué hacen durante el resto del año? Ese niño estaría sometido a la misma paradoja de todo investigador, que cuanto más sabe, más interrogantes se plantea.

En las páginas siguientes pretendo detallar la aventura de una investigación que comenzó con un encuentro fortuito en las sierras de Córdoba y todavía no termina. Habrá tres niveles diferentes que se irán entrelazando, según sea necesario. En el primero les contaré sobre lo que leí en estos años, ya sea en libros que aún pueden encontrarse en las librerías o en olvidadas revistas que rescaté de bibliotecas o colecciones privadas; allí se describen las peripecias de científicos que se atrevieron a publicar sus experiencias a pesar de la indeferencia o la burla de sus pares. Un segundo nivel será el de las entrevistas que realicé a familiares y amigos de psíquicos fallecidos; repasarán historias asombrosas vividas con ellos y se preguntarán sobre el sentido general de esos

recuerdos. Y por último, el tercer nivel estará reservado a buscar y encontrar psíquicos en actividad.

No hallarán en este texto muchas definiciones, ni clasificaciones de fenómenos, ni capítulos dedicados a discutir complicadas teorías. Deliberadamente omití los tecnicismos y las especulaciones hasta donde me fue posible. Eso quedará para después de conocer a los psíquicos argentinos recientes, ¡si es que existieron! Los invito a acompañarme. Espero que cuando lleguemos al final puedan saber un poco más sobre parapsicología; pero sobre todo que pueda contagiarlos de mi entusiasmo por la investigación, para que pronto pueda cruzarme con uno de ustedes, *armado* de grabador y cámara fotográfica, tratando de seguir algún caso interesante. Y si no fuera posible algo de esto, igual quedaría conforme si los ayudara a pasar momentos agradables de lectura.

Lo único que no acepto es que repitan la actitud de aquel personaje de un viejo chiste aparecido en la revista *Selecciones*. En el dibujo se veía a un señor muy formal que se había encontrado, en medio de la calle, con un magnífico plato volador. Los extraterrestres habían bajado de la nave y lo estaban saludando a su modo, sacando humo por la nariz y agitando sus tres pares de brazos. El caminante miró la escena durante un rato y dijo para sus adentros: "*Debo dejar de beber*". Se dio media vuelta y continuó su paso indiferente.

2

LOS QUE SE ATREVIERON



La vanidad de los científicos es una de las causas principales de la pobreza de las ciencias. Hay que recordar siempre que el objetivo de la ciencia no es abrir las puertas de la sabiduría infinita sino poner un límite al error infinito.

Galileo Galilei. Bertolt Brecht

LOS QUE SE ATREVIERON

Si aceptamos que los fenómenos paranormales son parte de la naturaleza del hombre, podemos suponer que los encontraremos descriptos en algún libro de biología, o de medicina, o tal vez en uno de física. Al fin de cuentas, ¿quién mejor que un físico para explicarnos cómo pudo un poco de ceniza entrar en mi mano cerrada aquella noche de hospital. Sin embargo estoy seguro que no habrán corrido hasta sus bibliotecas, porque ya deben saber que ningún científico se dedica a estudiar estos temas. En realidad debería decir *casi* ningún científico, porque siempre hubo valientes que se atrevieron a bailar con la más fea.

"*La clarividencia y la telepatía son un dato primario de observación científica. Aquellos que están dotados de este poder, perciben los pensamientos secretos de otros individuos sin hacer uso de sus sentidos. Asimismo perciben los acontecimientos más o menos remotos en el espacio y en el tiempo. Esta cualidad es excepcional. Sólo se desarrolla en un pequeño número de seres humanos*"[1]. El que escribió estas palabras, el francés Alexis Carrel, no sólo fue médico sino que obtuvo el premio Nobel de Medicina. Fue uno de los pocos que investigó y publicó sus conclusiones, tal vez ayudado por un factor accidental: su esposa, Anne De la Motte, era psíquica.

El libro mencionado se editó por primera vez en 1935. Dos años antes, ya en la Argentina otro estudioso seguía por el mismo camino. Eduardo del Ponte era doctor en Ciencias Naturales y profesor de Biología en la Universidad de Buenos Aires. En esa cátedra tuvo el atrevimiento de incluir "*una bolilla referente a estos fenómenos, y en dos históricas clases, a las que asistieron profesores y autoridades de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales presentó*

---

[1] Carrel, A. *La Incógnita del Hombre*. Joaquín Gil Editor. 2° edición 1954. Buenos Aires. Pág. 126.

fenómenos de 'clarividencia pragmática' (o psicometría) con el dotado Dr. L.M.R. con acierto del 95 % de las pruebas realizadas y, luego, en la clase subsiguiente, fenómenos de clarividencia sin objetivo guía, actuando la dotada Ofelia G. de Ricur, con análogo acierto"[2]. Hubiese sido magnífico presenciar aquellas clases, suponiendo que la señora de Ricur y el doctor L.M.R. tuvieran cualidades similares a las de Bárbara.

Estas actitudes sólo les trajeron críticas y hostilidad. Cuenta un biógrafo de Carrel que uno de los jefes del hospital donde trabajaba le dijo en una ocasión: "*Amigo mío, con esas ideas, lo mejor será que renuncie usted a los concursos. En lo sucesivo no ganará ninguno*"[3]. Esta anécdota es de 1905, y por lo visto, treinta años después seguía sin hacerle caso a su compañero, pensando y escribiendo lo mismo. No parece ser igual el caso de Del Ponte, que nunca publicó un solo trabajo sobre parapsicología. En 1969, poco antes de fallecer, realizó la revisión final del mejor libro de Biología escrito hasta entonces en el país[4]; aunque en ninguna de sus 1119 páginas haya incluido una sola referencia a sus obsesiones juveniles. ¿Habrá encontrado nuevas evidencias que lo hicieron cambiar de opinión? ¿Fue convencido de que mejor era callar? Habrá que averiguarlo.

Encuentro entre psíquicos e investigadores

Del encuentro entre psíquicos e investigadores surge el equipo de trabajo ideal. En mi caso particular nunca pude volver a verlos. Muchos años después, cuando me di cuenta de su verdadera importancia, ya había perdido todos los

---

[2] Fernández, J. *Más Allá de la Cuarta Dimensión*. Editorial Constancia. 1963. Buenos Aires. Pp. 11 y 12.
[3] Carrel, A. *Libro Citado*. 1954. Pág. 4.
[4] Del Ponte, E; Martínez Fontes, E. *Biología, su Enseñanza Moderna*. Editorial Estrada. 1º Ed. 1970. Buenos Aires.

contactos necesarios para llegar hasta ellos. Otras personas han tenido más suerte, ya que encontraron psíquicos entre sus amigos o compañeros. Me pregunto si alguna de las alumnas de Bárbara habrá podido aprovechar la íntima confianza que les brindaba. ¿Tendrían, o tendrán, algún grupo para estudiar sus fenómenos?

Pero los más afortunados son los que lograron casarse con un psíquico, como ocurrió con el doctor Carrel. Les contaré otros dos casos interesantes, que más adelante detallaré. El primero se refiere al doctor J. Ricardo Musso. Nacido en 1919, estudió Ciencias Económicas ya que en su juventud no existía la carrera de psicología; lo que no le impidió en los años sesenta llegar a ser director de ese Departamento en la Universidad de Buenos Aires. Fue un estudioso de los problemas del hombre; sin embargo no fue la economía ni la psicología lo que lo llevó a escribir su primer libro en 1954, sino la parapsicología.

¿Cómo se entiende que un señor tan serio, que hasta estuvo preso por defender sus ideas, haya decidido incursionar en un asunto tan poco valorado por sus colegas? Muy simple: su esposa, Elvira Canale, era psíquica. En ese libro, que también fue el primero sobre la materia escrito en el país, menciona varios fenómenos producidos en la misma cocina de su casa. "*Una tarde mi esposa, señora Elvira C. de Musso, me contó que, de pronto, mientras se ocupaba de quehaceres domésticos, había tenido la sensación de que una señora conocida, recientemente fallecida, le pedía que avisara a su esposo (señor S) que la hijita se les iba a enfermar gravemente. Mi señora no conocía personalmente a la niña; no creímos prudente dar trascendencia al asunto y nos abstuvimos de contarlo. Meses después el señor S, con quien nos encontramos accidentalmente, nos manifestó que su hijita acababa de estar al borde de la muerte a raíz de un síncope*"[5].

---

[5] Musso, J. *En los Límites de la Psicología*. Editorial Periplo. 1954. Buenos Aires. Pág. 255.

Otro interesante testimonio sobre Elvira me llegó a través del libro del doctor en Física José María Feola, amigo de Musso, en el que también se menciona a otra importante psíquica contemporánea, que alguna vez visité y de la que ya tendrán noticias: "*Fui a Buenos Aires, a la casa del Dr. Musso, donde conocí a una famosa clarividente argentina, Iris Cazaux. Había colaborado con la policía para resolver algunos casos, siempre con notable éxito. En uno de los casos, trabajó junto con Elvira Musso, quien, como dije antes, era una muy buena psicómetra*[6]*. No sólo lograron describir la manera en que un ladrón había delinquido, sino que ambas, independientemente, dieron una descripción muy exacta de los dos hombres que lo habían hecho, de modo que a la policía sólo le tomó unas pocas horas detenerlos*"[7].

Ya se podrán ir dando cuenta de las maravillas que pueden hacerse teniendo dos psíquicos en casa. Musso decidió que ambas amigas trabajaran en habitaciones aisladas para resolver el robo, como una prueba más de la realidad del fenómeno, igual que dos químicos que producen la misma reacción por separado. Si en ambos casos el resultado es idéntico, podemos estar seguros (o un poco más seguros) de lo obtenido.

Otro caso que llama la atención es el del ingeniero José S. Fernández, profesor en las universidades de Buenos Aires y de La Plata. Escéptico empedernido, escribió libros de física (uno de ellos lo sufrí en mi colegio secundario igual que muchos de ustedes[8]) hasta que conoció a la que sería su esposa, María Amanda Ravagnan. Y otra vez el encuentro entre un científico y un psíquico produjo un

---

[6] Se llama psicómetra al psíquico que puede conocer detalles de la vida de una persona con sólo sostener entre sus manos un objeto de su pertenencia.

[7] Feola, J. *Científico y Psíquico.* Editorial Antigua. Buenos Aires. 2013.

[8] Fernández, J. y Galloni, E. *Física Elemental.* Editorial Nigar. 1940. Buenos Aires.

matrimonio más un libro. Como buen enamorado, escribe en la dedicatoria: "*A María Amanda, esposa, amante y fiel compañera, a cuyas extraordinarias dotes teofánicas debo, primordialmente, mi firme convicción de las realidades parapsicológicas y mi sentido espiritual de la vida*"[9].

Igual que el libro de Musso, incluye varias demostraciones llevadas a cabo con su esposa. En una de ellas, ocurrida el 28 de diciembre de 1935 según las actas firmadas por los testigos, cuenta Fernández que "*la vidente M. A. R. de F. inicia su trabajo con un objeto (pulsera) que el señor B le entrega sin decir de quién es, y que resulta ser de la señorita X, su cuñada*". A continuación, apretando fuerte la pulsera entre sus manos, pudo describir con bastante precisión el carácter y los hábitos de su dueña. Pero a la madre de X le pareció que podía tratarse de un simple truco, y la interrumpió con malos modales diciendo: "*A ver si es capaz de decirme qué está haciendo en este momento mi hija*". María Amanda, sin alterarse contestó: "*Esta niña no está en su casa... Ha salido de paseo con otras personas... Son varias personas... Hay hombres y mujeres... Han salido en un auto grande con intenciones de efectuar una excursión fuera de Buenos Aires... Pero esa excursión la han interrumpido...Yo veo a esa niña bailando... No es precisamente en un salón, sino en una pequeña reunión, como si fuera en una casa de familia... Está aquí mismo en la ciudad, de la cual no ha salido*".

La madre de X aseguraba que su hija no podía estar en la ciudad y menos bailando, ya que unas horas antes la había visto salir con varios amigos rumbo a la casa que la familia tenía en el Tigre. Todo quedó aclarado al día siguiente. Los padres se enteraron, con el asombro que era de imaginar, que los excursionistas, acobardados por lo destemplado de la noche, habían optado por irse a la casa de uno de ellos y se habían entretenido bailando. Coincidirán conmigo que es una forma de lo más elegante para saber

[9] Fernández, J. *Libro Citado*. 1963.

qué están haciendo nuestros hijos, incluso en tiempos de teléfonos celulares.

"*Después de este episodio* –continúa relatando el autor– *la vidente se particulariza en su trabajo, primero con el suegro del señor B, luego con la esposa del mismo allí presente, y finalmente con el propio señor B. El acierto es equivalente a un 90 %*"; completando luego una descripción perfecta y acabada de la casa de los B en Buenos Aires, y de otra que tenían en Mar del Plata, dando su ubicación y orientación con lujo de detalles. Lo mismo hizo con la vivienda que tenían en el Tigre, y hasta pudo percibir dos letreros: uno con el nombre de la propiedad, que no alcanzó a leer; y otro que era un aviso de venta, en el que pudo distinguir el precio de cincuenta mil pesos que se pretendía cobrar, valor que fue confirmado por el dueño.

El broche final llegó cuando María Amanda desembarcó mentalmente en la isla, describiendo sus instalaciones, los canales y hasta el perfume de los jazmines. De repente dijo: "*¿Pero qué es esto?... ¡Ahora percibo un mal olor!... Un olor a podrido como si hubiera un animal muerto... El mal olor viene de un costado de la casa... ¿Qué hay allí?... (pregunta) ¿Hay acaso una canaleta con aguas estancadas?*" El señor B confirmó azorado todos los datos, aunque no se explicaba qué podía haber producido el mal olor. El enigma se resolvió unos días después, cuando la familia se trasladó a la isla, y el señor B le preguntó al cuidador, entre otras cosas, si no había ocurrido nada raro por el lado del sendero lateral de la casa. Y ante la contestación negativa, insistió en consultar si no habían sentido mal olor por esa zona. El cuidador respondió, con el asombro más grande dibujado en su rostro: "*Ah!... ¡Sí!... Tiene razón, señor; ha habido días atrás olor a podrido por ese lado... Hemos buscado ¿y sabe lo que era?... ¡un pato muerto, señor!... Pero, ahora me pregunto, señor... ¿cómo*

se le ha ocurrido a usted venir a hablarme de esto, siendo que no sabía nada ni ha estado en la isla?”[10].

Los electroencefalogramas del doctor Canavesio

Mientras Del Ponte llevaba adelante sus clases demostrativas en Buenos Aires, un muchacho santafesino que cursaba en Córdoba el primer año de Medicina decidía dedicarse de por vida al estudio de la metapsíquica[11]. Se llamaba Orlando Canavesio. No sé si habrá presenciado las clases de Del Ponte, pero una vez recibido tuvo la iniciativa de fundar la Asociación Médica de Metapsíquica Argentina, la primera institución del mundo integrada únicamente por profesionales de la salud.

Canavesio no escribió un libro sobre el tema, pero logró una proeza mucho más complicada: dedicar su tesis doctoral a investigar la forma en que los psíquicos, que él gustaba llamar *dotados*, producían sus fenómenos; y tan bien documentada estuvo que sus profesores se vieron en la obligación de aprobarla. ¿A que no adivinan a quién se la dedicó? No fue a su esposa psíquica, ya que era soltero, sino a una amiga, cuyo nombre ustedes ya leyeron: “*A mi distinguida amiga Anne De la Motte de Carrel por su colaboración en estudios de metapsicología como dotada metapsíquica*”; y además “*a la memoria de su esposo el Dr. Alexis Carrel, en cuyos libros bebí sabiduría y valor para seguir el camino de la metapsicología*”[12]. Carrel había fallecido de un ataque cardíaco en París, en 1946, poco después de que las tropas nazis abandonaran Francia, y su viuda se había radicado en Buenos Aires.

---

[10] Fernández, J. *Libro Citado*. 1963. Pp. 31 a 33.

[11] Metapsíquica (o metapsicología) era el nombre que se le daba al estudio de los fenómenos paranormales, antes llamados metapsíquicos.

[12] Canavesio, O. *Electroencefalograma en los Estados Metapsíquicos.* Tesis doctoral. Facultad de Medicina de la Universidad de Córdoba. 1951.

El nombre de aquella tesis es bastante ilustrativo: *Electroencefalograma en los Estados Metapsíquicos*. Canavesio debe haber razonado de la siguiente manera: Si consigo conocer a una buena cantidad de psíquicos auténticos, y puedo convencerlos de que se realicen electroencefalogramas, es posible que encuentre algún trazo característico que sea distinto al del resto de las personas. Esto no es más que una hipótesis; una idea, un proyecto para empezar a trabajar y que debe demostrarse si es cierta o no.

En esos años el electroencefalograma no era un método de diagnóstico tan común como lo es ahora. Recién en 1929 Hans Berger había publicado las primeras experiencias que demostraban que las células nerviosas presentaban actividad eléctrica, y que podía medirse como hoy podemos medir la tensión de una pila de nuestro control remoto. Poco después, en Argentina, en el Hospital Santa Lucía de Buenos Aires, se instaló un electroencefalógrafo. Allí fue donde Canavesio realizó sus primeros ensayos, acompañado nada menos que por un profesor de Neurocirugía llamado Ramón Carrillo, el mismo que después llegaría a ser Ministro de Salud de la Nación, por lo que hoy muchos centros de salud llevan su nombre.

La hipótesis era tentadora. Es posible que a ustedes, después de leer hasta aquí, se les haya ocurrido alguna idea parecida. Si los psíquicos son personas tan distintas, quizá esa diferencia esté localizada en algún lugar. Si creen que esa capacidad puede encontrarse en el alma, no podemos hacer casi nada para encontrarla, ya que el alma, por definición, no se puede medir, ni pesar, ni efectuarle un electroencefalograma. En ese caso estaríamos ante un problema sin solución, por lo menos para la ciencia. Si tienen ganas traten de encontrar la similitud entre este problema y el descripto en el famoso cuento de *La Gallina de los Huevos de Oro*. ¿Lo recuerdan?

Pero si especuláramos con que el origen de esa capacidad podría encontrarse en el cuerpo, sería cuestión de comenzar a buscarla. Una vez un apasionado por los temas esotéricos me comentó dos características por las que se podía reconocer a un psíquico: una mancha en el iris del ojo y una sensación de atracción magnética al pasarle la mano por el cuello. Él creía firmemente en esto, no porque lo hubiese confirmado en la práctica sino por haberlo leído en algún antiguo manual. En lo que a mí respecta, los psíquicos a los que pude mirar a los ojos no tenían esa particularidad; por otra parte, conocí varias personas que sí tenían la mancha pero que, hasta donde pude averiguar, no eran psíquicos. En cuanto a lo de la atracción magnética, es un poco más complicado de confirmar.

Cualquier hipótesis es buena, siempre y cuando podamos demostrar si es cierta o no; y en este trabajo nunca se pierde tiempo. Si la hipótesis resulta cierta, tenemos solucionado nuestro problema; y si resulta falsa al menos sabemos que por ese lado no hay que buscar más. Una vez en mi casa se había perdido la tortuga; mejor dicho, había llegado el invierno y se había escondido para dormir su envidiable siesta de varios meses. Al comenzar la búsqueda, mi hija por ejemplo decía: "*Debe estar en el ropero*". Iba hasta allí y lo revisaba; y si no la encontraba, comentaba con alivio: "*Un lugar menos para buscar*". Así funciona el método científico, ya sea para buscar una tortuga, desentrañar los secretos de los psíquicos o resolver cualquier otra cuestión que se les ocurra.

Volviendo a Canavesio, como médico podía haber buscado en la sangre, si hubiese sido hematólogo; tal vez en alguna glándula, como la pineal, que siempre se la relacionó con los psíquicos, si su especialidad hubiese sido la endocrinología. Pero él era neurocirujano y por eso decidió comenzar por la cabeza la búsqueda de *su tortuga*. La fecha exacta del primer electroencefalograma fue el 11 de noviembre de 1942, y no fue fácil lograrlo. La intención había sido realizarlo en la Facultad de Ciencias Médicas de

Buenos Aires, pero su titular no se lo había permitido, por lo que debieron mudarse hasta el Hospital Santa Lucía. Además de los ya mencionados, estuvo presente un taquígrafo del periódico *Noticias Gráficas*, por lo que no sería mala idea darse una vuelta por alguna hemeroteca para leer lo que se escribió al respecto.

El proyecto consistía en comenzar el electroencefalograma en estado de reposo, y después continuarlo mientras el psíquico desarrollaba su tarea específica. De esta forma podría saberse si los gráficos obtenidos tenían alguna diferencia con los del resto de las personas, pero también si aparecía algún rasgo especial en el instante de producir el fenómeno. Algunos psíquicos cuentan que necesitan entrar en estados especiales de conciencia, que suelen llamarse meditación, concentración o trance, y que Canavesio definía como *estado metapsíquico*. El psíquico que colaboró aquel día se llamaba Eric Courtenay Luck, un inmigrante inglés que era conocido en la ciudad por sus habilidades psíquicas, y que en otro capítulo seguiremos sus pasos.

Uno de los principales inconvenientes era que el psíquico debía permanecer inmóvil y con los ojos cerrados durante el electroencefalograma. Esto traía algunas molestias para los que acostumbraban a tener entre sus manos algún objeto de la persona; mucho peor era el caso de los radiestesistas, que ubicaban napas de agua o realizaban diagnósticos sobre fotos de consultantes, sobre las que debían balancear un péndulo. Pero el señor Luck no tenía esas limitaciones, ya que podía percibir aspectos del pasado, presente o futuro de una persona con sólo tenerla cerca, o ser mencionada por su nombre y apellido completo.

Los primeros resultados fueron alentadores. El electroencefalograma de Luck en reposo era idéntico al de cualquier persona normal; pero el gráfico obtenido mientras realizaba clarividencia mostraba ondas distintas a todas las conocidas hasta ese momento. Sucesivos ensayos en las

mismas condiciones repetían los efectos, hecho que autorizaba a Canavesio a especular con que estaba cerca de encontrar lo que buscaba.

Pero, ¿cuántos psíquicos deberían obtener el mismo trazado en sus electroencefalogramas para poder generalizar los resultados, para no creer que todo había sido nada más que una casualidad? Para contestar esta pregunta les voy a contar otro chiste que leí de chico en la revista *Selecciones*. Un matrimonio en su auto ingresa a una ciudad desconocida. Al llegar a la primera esquina ve a un borracho tratando de ponerse de pie. Cuando llegan a la segunda esquina, se cruzan con otro hombre durmiendo junto a su botella de vino casi vacía. En ese momento la mujer dice, ofendida: “*¡No lo puedo creer, todos los habitantes de esta ciudad son borrachos!*”.

El motivo de la risa se debe a que la mujer (para no pecar de machistas pueden hacer ocupar ese lugar al marido) ha hecho una generalización apresurada. ¿Cuántas personas deberían observarse antes de dar una opinión definitiva? Cuantos más ciudadanos observemos, y todos borrachos, más cierta será la hipótesis que la mujer pronto transformó en ley. Y será completamente cierta cuando hayamos observado que *todos* los habitantes, sin olvidar ninguno, son amantes de la bebida. En el caso de los electroencefalogramas ocurría lo mismo. Era necesario convocar a la mayor cantidad posible de psíquicos, y que en *todos* se confirmara el mismo resultado, para garantizar lo descubierto sin que nadie se riera como en el chiste de los borrachos.

Claro que es mucho más difícil encontrar psíquicos que borrachos. Se especula que su proporción es uno en cien mil con respecto a la gente común, o incluso uno en un millón. Además, una vez encontrados es necesario asegurarse de que no se trate de fabuladores, o de estafadores que lucran con la buena fe de la gente sencilla. En este tema, todos sabemos que hay más psíquicos falsos

que auténticos. Superado este escollo, aún no se puede festejar, ya que es necesario convencerlos de que colaboren con nuestro trabajo.

Esta tarea que hoy podría ocupar toda la vida útil de un investigador, Canavesio la resolvió bastante más rápido. Ya sabemos que en 1942 conocía al menos a un psíquico, que era Luck. Rastreando en revistas pude averiguar que en 1947 había realizado una nueva tanda de electroencefalogramas con un psíquico radicado en la ciudad de Rosario, llamado Alfredo Parodi, los días 20 de setiembre y 22 de octubre de ese año[13].

Leyendo detenidamente su tesis doctoral, se puede afirmar que en 1951 ya contaba con un verdadero equipo de psíquicos, ya que asegura: "*En cuanto a los dotados metapsíquicos que hicieron factible la comprobación en la Argentina, figuran excelentes. El Dr. Luis Acquavella, radiestesista. María R. de Fernández, Rosa de la Torre, Míster Eric Courtenay Luck, en Buenos Aires; Valentín A. King y Enrique Marchesini en Córdoba; Alfredo Parodi en Rosario; la señora esposa del extinto sabio Alexis Carrel, que se encuentra radicada en Buenos Aires desde hace dos años y que es dotada de tipo radiestésico*". Hasta aquí la lista de las maravillas, una especie de seleccionado para ganar un mundial. Y por si hiciera falta certificar su calidad, destaca en el párrafo siguiente: "*Quienes tuvieron la oportunidad de apreciar en ellos el fenómeno metapsíquico, no tendrán duda acerca de su realidad; llevan, pues, la certidumbre a muchos de la élite científica oficial en una forma extraoficial y más aún, al público en general*"[14].

Ocho psíquicos en algo más de diez años de trabajo no es una cifra despreciable, sobre todo si consideramos que otros científicos no han podido encontrar uno solo en toda su carrera. Antes de continuar debo darles una mala noticia. La tarea de

---

[13] Canavesio, O. *Electroencefalografía y Metapsíquica*. Revista Médica de Metapsíquica. Año 1 Nº 1. 1947. Pp. 71-79.
[14] Canavesio, O. *Tesis Citada*. 1951. Pág. 21.

Canavesio fue interrumpida en 1957 por su fallecimiento, cuando cumplía 42 años. Su muerte ocurrió después de un accidente automovilístico, mientras se dirigía a Mar del Plata. Una paradoja quiso que él, que había confiado tanto en sus psíquicos, esa vez desoyera la advertencia de uno de ellos. Eso fue lo que me confesó Iris Cazaux cuando la visité hace unos años: "*Era un loco para manejar pero igual nunca le pasaba nada. Esa vez se vino a despedir de mí porque se iba de vacaciones. Le dije que no viajara, o aunque sea que se fuera en tren. Veía algo negro en ese viaje, pero no me hizo caso*".

Tal vez la última referencia a su trabajo, hasta unos días antes de su accidente, sea el *Curso de Parapsicología* que dictaba en el legendario Instituto Argentino de Parapsicología, en la calle Alsina 2607 de Buenos Aires, del que era uno de los fundadores. Leyendo el programa, lo primero que llama la atención es que se trataba de un curso *teórico-práctico*, subrayándose expresamente que "*se contará con la colaboración de los dotados señores Valentín A. King, Eric C. Luck, Federico Poletti y Enrique Marchesini*"[15]. ¡Los desafío a que me consigan un curso como ese en la actualidad!

Otro detalle interesante era que uno de los capítulos se titulaba: "*Biografías de Dotados*", y allí aparecían, entremezclados con apellidos europeos y estadounidenses, los ya mencionados de King, Marchesini, Luck, Poletti, y a continuación, por si faltara algo, la palabra *etcétera*, que me hace suponer que todavía quedaban más conejos en su galera. ¿Qué habrá sido de esas biografías? Hasta donde pude averiguar se han destruido, o no están en los lugares en que debían haberse guardado.

Una hermana y una sobrina de Canavesio aseguran que todos sus archivos quedaron en la Asociación Médica de Metapsíquica Argentina y en el Instituto Argentino de

---

[15] I.A.P. *Actividades año 1957*. Boletín Informativo Interno.

Parapsicología. Por su parte ambas instituciones dejaron de funcionar hace años, y sus activos fueron repartidos entre los últimos socios. Así que es muy posible que informes y carpetas hayan ido pasando de mano en mano hasta detenerse en alguna oscura biblioteca particular, o en el peor de los casos que siguieran de largo hasta desconocidos cestos de residuos. Estas cosas son muy comunes en la Argentina, aunque siempre queda la esperanza de encontrar algo en el lugar menos pensado, como esos románticos empedernidos que imaginan hallar el amor de sus vidas a la vuelta de cualquier esquina. Les propongo que recomencemos la tarea.

3

ALFREDO PARODI, UN HOMBRE DISCRETO



Es fama –dijo– que puedes quemar una rosa y hacerla resurgir de la ceniza, por obra de tu arte. Déjame ser testigo de ese prodigio. Eso te pido, y te daré mi vida entera.

La Rosa de Paracelso. Jorge Luis Borges

ALFREDO PARODI, UN HOMBRE DISCRETO

En la ciudad pasan desapercibidos, aunque es posible encontrarlos dentro de los museos de ciencias naturales: me refiero a los geólogos. Conocí a uno de ellos en medio de las sierras puntanas, durante unas vacaciones. Salí de mi carpa maldiciendo contra el ruido de una moto y lo vi agachado, buscando con atención algo en el suelo. Como siempre se relaciona lo nuevo con alguna experiencia previa, tuve la ridícula ocurrencia de que se le habían caído los lentes de contacto, o alguna moneda. Reconozco que fue un encuentro afortunado ya que, mate de por medio, terminó rebelándome el nombre y el origen de cada una de las piedras que nos rodeaban.

Aquel muchacho estaba cumpliendo con la primera fase de su investigación, llamada trabajo de campo. Consistía en buscar su objeto de estudio, que no era otro que piedras, en su lugar natural, reconocerlo y extraer distintas muestras. Después, en el laboratorio, rodeado de instrumentos de precisión, podría realizar análisis y experimentos.

Casi todas las ciencias reparten su esfuerzo entre los trabajos de campo y el laboratorio. En el caso de la parapsicología ocurre lo mismo, a pesar de que muchos no estén de acuerdo en considerarla una ciencia. Los trabajos de campo de Canavesio consistían en la búsqueda de posibles psíquicos y la corroboración de sus capacidades, para después experimentar con ellos en el laboratorio mediante la administración de electroencefalogramas.

Ya sabemos que el resultado de esos trabajos de campo, y el de otros de su tiempo, se han perdido casi en su totalidad; algo así como si encontráramos el depósito de nuestro geólogo desvalijado y sólo quedaran esparcidas por el piso unas pocas muestras sin etiquetar. En ese caso debería volverse a cada uno de los lugares y recomenzar la tarea.

Así me sentía al principio, con la diferencia de que mis escasas muestras, salvadas del tiempo y del desinterés, consistían en una breve lista de psíquicos. ¿Por cuál comenzar, por el más reciente, por el más cercano, por el que ofreciera más información? En estas decisiones suele intervenir la suerte, esa que puede tener un geólogo cuando un amigo le cuenta que cerca de su casa abunda el material que tanto ha buscado en vano.

A la hora de elegir qué psíquicos reunir en este libro, encontré que el material conseguido sobre Alfredo Parodi era uno de los más escasos, a pesar de lo cual algo me impulsaba a incorporarlo. Debo reconocer que tengo especial cariño por esta fase del trabajo, ya que fue mi primer viaje siguiendo pistas. Al final decidí incluirlo a pesar de todo, poniendo el acento en las dificultades de las entrevistas, y sobre todo de los entrevistados. También trataré de exponer las dudas que surgen a la hora de evaluar el material y el peso de la evidencia conseguida.

"*Muy apreciado Juan: Espero que haya recibido mi carta anterior, con la revista que me pidió. Le escribo ahora para comentarle que, finalmente, pude localizar a un familiar de Alfredo Parodi, pero de la manera más simple y no como fue mi primera idea, porque se encontraba su nombre en la guía telefónica de Rosario*". La carta era de mi amiga Marta, que había dado con la pista de uno de los psíquicos que había trabajado con Canavesio. Aunque vivía en Rosario, nunca había escuchado hablar de Parodi; sin embargo, después de varias gestiones más complicadas, había encontrado la punta del ovillo en el lugar más simple, de la misma manera que buscamos nuestros anteojos perdidos sin darnos cuenta de que los tenemos puestos.

Marta no había perdido tiempo, y en dos o tres llamadas telefónicas había conseguido los primeros datos: Parodi había nacido el 9 de noviembre de 1911 en esa ciudad. Se había casado con Susana Irma Esquivel en el verano de 1949, y habían tenido cinco hijos: Graciela, la

mayor, había fallecido a los cinco años; después había llegado Liliana; y finalmente los trillizos, Griselda, Adriana y Raúl, que habían gozado de una transitoria fama, en una época en que eran más excepcionales los nacimientos múltiples. El matrimonio había vivido siempre en la calle San Lorenzo 2030, departamento E, la misma dirección que aún figuraba en la guía telefónica.

Ustedes se preguntarán si no se apresuró pidiendo tanta información en las primeras llamadas, en lugar de esperar una entrevista personal. Yo creo que no. A las personas les gusta conversar sobre estos temas, o leer cada tanto un libro, pero no están dispuestas a llevar adelante una investigación de largo aliento. De la misma forma suelen aceptar cuando se las convoca para conversar, pero no es raro que después falten a la cita sin aviso o inventen algún pretexto para postergarla indefinidamente.

Uno nunca sabe muy bien por qué ocurren estas cosas, pero además de perder el interés por algo que no reportará beneficios económicos, debe influir el temor a que sus nombres queden involucrados en casos que todavía se consideran vergonzantes. A muchos les gusta consultar a un vidente en forma reservada, pero se burlarán de quien lo haga abiertamente, como hice de joven con las alumnas de Bárbara.

Marta había podido averiguar que Alfredo tuvo una tía francesa con sus mismas habilidades, la que alguna vez lo había visitado. También se había enterado de uno de los datos cruciales: había fallecido hacía ya mucho tiempo, el 10 de junio de 1986; y su esposa un 11 de junio pero veinte años después. "*Creo que llegamos un poco tarde ¿no le parece, Juan*?", se lamentaba Marta al no poder encontrarlo vivo, y enterarse que la muerte de la esposa había ocurrido sólo tres meses antes de sus contactos, perdiéndose así la testigo más importante.

Parodi fue conocido como psicómetra; actuaba sosteniendo entre sus manos una prenda o un objeto de la

persona; lo recibía en un sobre sin saber de quién era, e iba dictando lo que sentía. Su fama había ido creciendo de boca en boca, a pesar de que se dedicaba esporádicamente. Jamás cobraba porque decía que era un don que había recibido de Dios, aunque a veces le dejaran alguna botella de vino de regalo.

Alrededor de su muerte se habían ido tejiendo relatos sorprendentes, de los que sería necesario discriminar cuánto había de histórico y cuánto de mito. "*En el velorio nos esperaba Oscar para contarnos que papá había sabido mucho antes la fecha en que moriría, y que se lo había comentado a unos pocos íntimos, aunque nadie le había dado importancia hasta que ocurrió*". Otra pista de lo que podría encontrar se la había dado otra de las hijas: "*Una vez le pedí que me enseñara, pero me dijo que ya era tarde. Después le pregunté si iba a poder tener hijos, y me dijo que tendría el primero a la misma edad que mamá. Y así fue, quedé embarazada a los 37 años, y mi hijo hoy tiene 18*".

Rosario siempre estuvo cerca

Un par de llamadas de larga distancia terminaron de convencerme de que era el momento de marchar hasta Rosario. Tres hijas y un amigo de Parodi estaban dispuestos a hablar; además podría visitar la cuadra donde había vivido e intentar hacer contacto con viejos vecinos. Así que una mañana húmeda de enero me subí al micro, contento de poder unir mi amor por los viajes con la investigación parapsicológica.

Disfrutando de la butaca reclinable como si fuera un gato sobre su almohadón preferido, veía pasar lánguidamente una ciudad que poco a poco le iba dejando paso al campo, hasta desaparecer. Gozando del aire acondicionado, reflexionaba que lo único que faltaba para ser feliz era que me pagaran por hacer lo que estaba haciendo; aunque después de recordar una frase que ya había perdido a su dueño para ser también mía, la que dice

que "*la parapsicología no tiene fines ni posibilidades de lucro"*, me hubiera conformado con que al menos alguien contribuyera con los gastos del hotel.

Teniendo en cuenta que quedaban casi tres horas de viaje, y que los televisores permanecían milagrosamente apagados, decidí leer una vez más el único artículo dedicado a Parodi, escrito por Canavesio[16]. En el comienzo aclaraba que "*se trata de una comunicación previa a un trabajo posterior*", que lamentablemente nunca apareció. Entre los "*aspectos metapsíquicos*", mencionaba una posible herencia por vía materna, de su abuela y una tía; que había comenzado a manifestarse "*en forma espontánea, normal*" a los 26 años, agregando que "*la obtención del estado metapsíquico es inmediata con sólo desearlo y disponerse a ello"*, y que duraba entre diez y veinticinco segundos, de acuerdo a los resultados de los electroencefalogramas.

Continuaba asegurando que "*se ha obtenido un alto porcentaje de traducciones[17] exactas*", describiendo que "*habitualmente procede en forma indirecta, en presencia o a distancia, por intermedio de objetos, fotografías, tejidos anatómicos, etc.*", y que "*traduce especialmente hechos acaecidos y las facetas de la personalidad: temperamento, carácter, intelecto, afectividad, orgánico, etc.*". Al final insistía en que "*se trata de un metagnósico[18] continuamente comprobado, que ha dado muestras estupendas de su capacidad, aunque no la cultiva a diario*".

Hasta aquí los datos eran casi idénticos a los conseguidos por Marta. Por supuesto que teniendo la oportunidad de entrevistar a varias personas que lo habían conocido tan de cerca, cada una de las afirmaciones leídas

---

[16] Canavesio, O. *Electroencefalografía y Metapsíquica*. Revista Médica de Metapsíquica. Año 1 Nº 1. Octubre a diciembre de 1947.

[17] "Traducir" era el verbo utilizado para describir la acción de conocer situaciones a distancia o datos del futuro de la persona.

[18] Palabra caída en desuso, sinónimo de dotado parapsicológico o clarividente.

las convertiría en nuevas preguntas. Es importante tener en cuenta que no podemos confiar ni en la letra escrita ni en los testimonios aislados basados en recuerdos lejanos. Se debe proceder con mucha prudencia, aceptando por ciertos sólo relatos coincidentes y concordantes de varios testigos.

No me estoy refiriendo a que una persona simplemente mienta, aunque puede ocurrir. Muchas veces el tiempo o el deseo hacen que modifiquemos poco a poco los recuerdos, hasta terminar contando algo que nunca ocurrió. Si no me creen hagan el ejercicio de encontrarse con alguna persona que haga mucho tiempo que no ven, y traten de evocar viejas anécdotas. O sino, escuchen ese tango que dice, refiriéndose a malevos de otras épocas: "*Se agrandaron tus historias con las copas de ginebra*".

Canavesio daba algunos ejemplos de la habilidad de Parodi, aunque eran escasos y parecían poco convincentes: "*[Parodi] ve al dueño del objeto acostado en la parte izquierda de la cama (cama de matrimonio), y sobre su lado izquierdo. Nota que el mismo tiene un dormir poco reparador por la intensa actividad psíquica durante el sueño; duerme físicamente tranquilo, pero despierta cansado. Manifiesta el analizado ser exacto*"[19]. Y además: "*Alfredo Parodi toma un anillo de una dama presente y le dice: Sentimiento materno muy grande, fallido. Información al centro visual viéndola mecer un niño en sus brazos, acompañada de una sensación emotiva de maternidad fallida*". Siempre terminaba insistiendo, y vaya que hacía falta, que "*el resultado de las experiencias en cuanto a la realidad de lo relatado ha sido positivo en todas las experiencias*"[20].

Sólo eso era, palabras más o menos, lo que se sabía de Parodi, por eso se justificaba plenamente el viaje. ¿Tendría la familia otros libros, o recortes de diarios o de

---

[19] Canavesio, O. *Electroencefalograma en los Estados Metapsíquicos.* Tesis doctoral. Facultad de Medicina de la Universidad de Córdoba. 1951. Pág. 43.
[20] Canavesio, O. *Artículo Citado*. 1947. Pág. 77.

revistas? ¿Podría conocer otros amigos o compañeros de trabajo? Pero sobre todo no podía olvidar la respuesta que le había dado a su hija al pedirle que le enseñara. No es que le había dicho que era imposible, sino que era tarde. ¿Había podido en otros casos enseñar su capacidad, había tenido alumnos, o discípulos, o maestros?

De pronto me di cuenta de que el viaje estaba llegando a su fin. Parecía que sobre la ventanilla del micro proyectaban las mismas imágenes que durante la primera parte del trayecto, pero en sentido inverso. El verde iba desapareciendo de a poco, devorado por calles, edificios, vehículos y semáforos. Rosario podía considerarse como una Buenos Aires en menor escala. Recordé inmediatamente una frase de Roberto Fontanarosa, máximo ídolo local: "*Una ciudad, para que nos permita vivir con alegría, debe poder recorrerse en bicicleta, y Rosario es así*".

El trabajo que me esperaba parecía casi imposible de cumplir: cuatro entrevistas en dos días. Al llegar a la terminal me encerré en una cabina telefónica, con agenda y birome en mano, para coordinar lo que en Buenos Aires sería imposible por la dispersión de horarios y ocupaciones de los porteños. Sin embargo necesité hacer una sola llamada, ya que mis cuatro potenciales entrevistados se habían puesto de acuerdo previamente, y sólo necesitaban conocer la dirección de mi hotel para visitarme al día siguiente, "*para que usted no tenga que andar moviéndose por una ciudad que no conoce*".

Insistí en hacer las entrevistas en forma individual, pero no hubo caso. Ustedes deben saber que una entrevista colectiva es siempre menos que la suma de todas las entrevistas individuales. En un grupo están los que se apoderan del centro de la situación, hablando por demás, y otros que deciden callar; además, cada uno se sentirá observado y difícilmente haga declaraciones que incomoden al resto. Y quizá lo más importante, es imposible escuchar

las distintas versiones de la misma anécdota, para verificar su autenticidad.

Como respuesta final, del otro lado del teléfono, escuché terminante: "*Llegaremos juntos y nos iremos juntos*", frase que me hizo pensar que se trataba de un grupo muy unido, idea que luego pude descartar, o había secretos que conservar. Así que no quedaba otra alternativa que organizar lo mejor posible la única entrevista colectiva que me concederían.

Café, amigos y prodigios

A la mañana siguiente desayuné en un viejo bar y aproveché para comenzar a desgrabar la larga conversación. Desde las mesas llegaban discusiones sobre fútbol o política, que se libraban junto a un pocillo de café o consumiendo el clásico vermut, ya casi extinguido en mi ciudad. Al principio consideré todo aquello como una interferencia, pero a medida que avanzaba en mi tarea fui descubriendo que en bares como ése, tal vez en ese mismo, en esa misma silla en la que estaba sentado, habrían transcurrido buena parte de las horas libres de la vida de Alfredo José Parodi.

Era un hombre discreto, en esto coincidían todos. Nada de excentricidades ni puestas en escena. Parecía haberse creado una rutina que lo camuflaba a la perfección. Los domingos concurría infaltable a la misa de diez, en la iglesia María Auxiliadora, con toda la familia. En materia de religiones había recorrido mucho, sobre todo entre las propuestas que llegaban de Oriente, pero al final había elegido el catolicismo. No era un fanático aunque sabía rezar, y podía vérsele su medalla colgada del cuello y sus estampitas dentro de la libreta de enrolamiento para conseguir protección.

Por la tarde otro ritual: sentarse a tomar mate y escuchar los partidos en la radio. Era socio e hincha de Gimnasia y Esgrima de Rosario, un modesto club al que se

había acercado durante su juventud. Una grave aunque pasajera enfermedad le había hecho perder la visión transitoriamente. Como parte del tratamiento había tenido que practicar natación, lo que después le permitió ganar algunos premios en la especialidad de Saltos Ornamentales. De aquella traumática experiencia le había quedado como secuela una miopía aguda, que debió compensar con el uso permanente de gruesos anteojos; además de conseguir por añadidura la amistad de Muchacho, un ovejero alemán que lo había acompañado durante todo ese tiempo como lazarillo.

Antes de la cena le gustaba hacer una escapada hasta el bar, para comentar interminablemente los resultados de los partidos. Allí estaban muchos de sus amigos, a los que siempre trataba de usted, aunque estuviera atento para confortar cualquier angustia. Algunos recuerdan un método infalible, que hoy podrían muy bien copiar los psicólogos amantes de los tratamientos breves: cuando llegaba alguien agobiado por las dificultades, le ponía delante lápiz y papel y lo desafiaba a que escribiera la lista de sus problemas, que siempre era más corta de lo imaginado. Y contra los eternos problemas económicos, declaraba: "*Lo que se arregla con plata es barato*".

El ambiente ruidoso y anárquico no lo inhibía para realizar sus psicometrías. Venía a buscarlo el enfermo al que no podían diagnosticar o el que necesitaba seguridades sobre el examen que iba a rendir en la facultad; no faltaba quien pidiera precisiones sobre la vida privada de su nueva enamorada o el que indagaba por familiares desaparecidos.

Se sentaba junto a una mesa alejada del bullicio con el pretexto de "*entrar en cuarta*", juego de palabras en donde intercalaba con picardía la máxima marcha de la caja de velocidades de un vehículo con la dimensión espacio-temporal atribuida a lo espiritual. Se quitaba los anteojos, cerraba los ojos, y durante unos pocos segundos permanecía aislado de todo, mientras sostenía el objeto de

la persona involucrada. Mirándolo con atención podían notarse breves espasmos musculares, similares a los sobresaltos del que duerme intranquilo. Después parecía despertar y comenzaba a dictar lo que *veía*.

Había nacido en un hogar humilde, en una época donde no era fácil ser pobre, aunque nunca lo sea. Su mamá, Isabel Edith Theye, había muerto durante su infancia. Junto a su papá Juan habían atendido una panadería en la esquina de Paraguay y 9 de Julio, cerca del Centro, pero terminaron perdiéndola por una hipoteca impaga.

Se sabe que estuvo viviendo un tiempo en una pensión de Buenos Aires, buscando trabajo, pero pronto regresó a su ciudad. Fue buen estudiante. Pronto terminó el colegio secundario y se recibió de Maestro en el Colegio Normal Nº 3. Allí mismo ejerció como docente, y también en otros colegios durante muchos años.

Los Parodi eran tres hermanos: Mario, el mayor; Alfredo y Alberto. Como los tres querían ser médicos y no alcanzaba el dinero para todos, el padre decidió que fueran estudiando de uno por vez. Con este método Mario pudo recibirse y Alfredo llegar hasta el tercer año.

A los 18 años ingresó a trabajar en el Concejo Deliberante de Rosario, en la esquina de Córdoba y 25 de diciembre (hoy Juan Manuel de Rosas). Recorrió todo el escalafón hasta llegar al cargo más alto de carrera, que era Secretario del Concejo. Fue taquígrafo y durante un breve período lo designaron Interventor en la Caja de Jubilaciones de la Provincia de Santa Fe.

En política adhirió al partido Radical, el que gobernaba cuando ingresó en la Administración Pública. Pero entre 1945 y 1955 debió soportar la persecución de la nueva gestión que había llegado al poder. Fue uno de los pocos que se atrevió a devolver un regalo del Presidente de la Nación, en su caso por el nacimiento de los trillizos.

También corrió serio riesgo su puesto cuando se negó a usar el luto obligatorio por la muerte de Eva Perón,

esposa del Primer Mandatario, en 1952. Todavía recuerdan sus amigos el momento más difícil, cuando llegaron para detenerlo: “*Me contó que debió tragarse papeles que él tenía para no incriminar a sus correligionarios. Y que igual lo tuvieron tres días preso en la isla Martín García; lo torturaron pero no dijo nada. Solía mostrarnos una marca en su cuello, producto de la picana eléctrica*”.

Canavesio ubica el comienzo de la capacidad de Parodi en los 26 años, “*de manera espontánea y normal*”. Muchos psíquicos declaran iniciarse a partir de algún traumatismo físico o psíquico, un accidente, un desengaño o una grave enfermedad. No fue posible relacionar su ceguera, o la pérdida prematura de su madre, con ese despertar. Sus familiares no recuerdan que les contara nada al respecto. De todas formas, pude rescatar un valioso relato: “*Una vez vino una tía francesa, hermana de la mamá, Theye de apellido, pero no recuerdo el nombre. Tenía mucha videncia esa tía, y él la heredó de ella. Juntó a todos los sobrinos y les hizo adivinar cartas que les puso delante; y el único que acertó todo fue Alfredo. Entonces la tía se puso muy contenta y le dijo: ‘vos sos el sucesor mío, ahora ya me puedo morir tranquila’* ”.

Los psíquicos auténticos suelen reconocerse entre sí; y si bien no tengo ninguna prueba que lo avale, arriesgaría a pensar que la tía Theye haya detectado de alguna manera paranormal que uno de sus sobrinos argentinos era como ella, y se lanzara a cruzar el Atlántico para reconocerlo. Si me permitieran revivir un momento de la vida de Parodi, elegiría ése; para poder escuchar los consejos, las explicaciones y las advertencias recibidas; además de presenciar la emoción que debieron sentir dos seres tan distintos al común de las personas al descubrir a otro igual. Debe haber sido un momento maravilloso.

Tal vez a partir de ese encuentro, Parodi comenzara a ejercer su facultad siguiendo códigos que compartían otros psíquicos. Además de una prenda u objeto, también le era

útil una foto o el nombre completo y la fecha de nacimiento de la persona. Trabajaba en sus ratos libres, en el café o en su casa, y los resultados sólo los conocían los interesados directos, guardando el mismo secreto que un médico o un sacerdote.

Para justificar la gratuidad de su servicio, la gente le escuchaba decir: "*Es una misión que tengo que cumplir. Esto me lo dio Dios. No tengo por qué recibir nada a cambio*". Tampoco aceptaba las insistentes invitaciones a visitar el casino de la ciudad de Paraná, para tratar de hacer saltar la banca de la ruleta; ni se involucraba en cuestiones policiales, ya que consideraba que debía ayudar a resolver otro tipo de problemas.

De a poco su fama fue creciendo. Su discreción no podía evitar que cada persona que atendía divulgara a otros los resultados. Muchos médicos solían consultarlo, incluyendo a su hermano Mario. Cuando Alfredo iba a visitarlo solía ponerlo a prueba mostrándole bolsitas con tejidos extraídos durante las operaciones y solicitándole un diagnóstico; y siempre el sorprendido era el que poseía título habilitante.

Si bien los familiares entrevistados alegaron en principio no conocer casi nada del trabajo de Parodi, las anécdotas fueron llegando: "*Una vez una mujer lo llamó porque había enviudado, y el marido le había dicho que si le pasaba algo debía buscar un sobre, y no podía encontrarlo. Llamaba a cada rato hasta que papá comenzó a orientarla por teléfono, y en un rato lo pudo hallar*".

Se casó a los 38 años y ese mismo día dejó de fumar. Para ese entonces ya era un personaje conocido y respetado. Canavesio solía llevarlo a sus conferencias para hacer demostraciones informales. La siguiente anécdota es un indicador del prestigio que llegó a disfrutar: "*Recuerdo ir a escuchar una conferencia de Pedro Romaniuk. El teatro estaba lleno; lo primero que dijo fue que se encontraba el famoso clarividente Alfredo Parodi y que era un honor*

tenerlo presente. Después me dijo que siempre que venía a Rosario le regalaba un par de entradas en la primera fila".

La muerte de su hija a raíz de una hepatitis fulminante fue un golpe tremendo, además porque ella ya había revelado tener capacidades paranormales: "*Estando en cama, cuando ya no podía levantarse, le contaba a mamá lo que pasaba en la esquina; si había una señora esperando el tranvía, cómo estaba vestida y esas cosas. Una vez le dijo que se iba a morir pronto, y que ese día iba a llover mucho, como después ocurrió. También le dijo que iban a venir por ella los angelitos, pero que no se preocupara porque la iba a seguir cuidando igual*".

Parodi, según los testimonios, pudo preveer su propia muerte. Dos o tres años antes había comenzado a sufrir del corazón. Se quejaba que ciertas videncias le hacían mucho mal y que no tendría que hacerlas más; sobre todo cuando se encontraba con casos de enfermedades incurables. Murió mientras dormía. La primera en enterarse fue Susana al ir a despertarlo para desayunar. Varios amigos aseguraron que les anunció su muerte de una manera u otra, aunque no le hicieron caso en el momento. Algunos recordaban haber escuchado la fecha exacta, y otros alusiones que relacionaron después, como "*pronto voy a mudarme*", o "*necesito un traje nuevo*".

El viernes 8 de junio se levantó como todos los días. Tomó unos mates y se fue a las oficinas de Industrias Metalúrgicas Grassi, en Sarmiento y La Rioja, donde trabajaba desde que se había jubilado del Concejo Deliberante. Hacía trabajos administrativos y cada tanto el director lo consultaba sobre algún ingresante del que tenía dudas sobre su honestidad. Ese día casi no trabajó. Recorrió piso por piso saludando a cada compañero. Les decía que había venido a despedirse; a cada uno le dejaba una palabra de afecto.

El domingo siguiente fue como todos, con misa, partidos por la radio y café. Por la noche quiso comer más

de lo acostumbrado. Su esposa lo retó porque tenía que cuidarse. Él la tranquilizó asegurándole: "*Quedate tranquila que a partir de mañana empiezo a cuidarme*". Miró un poco de televisión y se acostó. Murió de un infarto masivo de miocardio en las primeras horas del lunes, el día más triste de la semana.

A diferencia de otros velorios, la tristeza se escondía detrás de un intenso murmullo. Era la voz simultánea de los que lo habían conocido. Cada proeza era contada hasta el último detalle; cada uno la completaba desde el lugar que le había tocado vivir. Las había repetidas y previsibles, sólo valiosas para el consultante; pero otras merecían ser escritas en letra de molde, para que no se pudieran olvidar tan fácilmente:

"*Alfredo era de perfil muy bajo, pero a veces le gustaba hacerse el showman. Una vez lo acompañé a una reunión de gente importante, profesores, qué sé yo, gente pituca. Había un soberbio que había copado la parada y no paraba de hablar. En un momento le pregunta a Parodi, que estaba callado: '¿Está de acuerdo conmigo?'. Y le contesta muy sereno: 'No, pero como me invitaron no quiero pelear'. La gente se puso a reír, y el charlatán la quiso seguir: 'Voy a obsequiarle este libro que escribí para que usted lo lea y pueda saber lo que pienso; después antes de irme se lo voy a autografiar'.*

"No le contestó nada, pero disimuladamente colocó una mano sobre el libro. Estuvo así un rato, hasta que al final le dijo, en voz alta como para que lo escucharan todos: 'Le agradezco el regalo, pero no me lo voy a tener que llevar porque ya lo leí. Pregúnteme lo que quiera de cualquier parte y se lo digo'. El otro le nombró cuatro o cinco páginas y siempre acertó. En ésta hay una foto de tal; aquélla tiene un párrafo que dice así; esa otra es donde empieza el capítulo que tiene tal número. Nadie lo podía creer. La cuestión fue que el fulano no habló más en toda la noche".

Cometas y Psíquicos

Tenía pasaje de vuelta para las siete de la tarde. Había pasado toda la mañana desgrabando, así que decidí tomarme las últimas horas como un turista más. Me habían asegurado que en Rosario había dos cosas que eran siempre ricas: la pizza y los helados. Después de almorzar vagabundeé un rato por la peatonal Córdoba. Revolví en algunas librerías con la lejana esperanza de llevarme un libro sobre Parodi, pero nada encontré. De a ratos caía algún chaparrón, así que terminé sentado en una mesita que daba a la calle, disfrutando de un cucurucho de sambayón y dulce de leche, mientras me recreaba con la escena desde una posición de privilegio.

Revisé una vez más el mapa que había conseguido en la Oficina de Turismo. Me entretuve buscando el Parque Independencia, la vieja Facultad de Medicina, y por último el lugar en donde me encontraba. Repentinamente descubrí que estaba sentado a pocos metros de Córdoba y Paraguay, la esquina donde Parodi se reunía con sus amigos a la salida del trabajo. Me pareció que los veinte años transcurridos desde su muerte no eran tantos; que muchas de las personas que pasaban podían haberlo conocido y tal vez atesorar mejores historias que las que llevaba en mi carpeta.

Decidí caminar hasta el río, mientras evaluaba mentalmente el tipo de pruebas que había conseguido, como quien palpa su bolsillo calculando si le alcanzará el dinero para pagar una compra. ¿Podría ser que todo lo escuchado fuera falso? No ponía en duda la existencia física de un tal Alfredo Parodi, pero me preguntaba si no se habría tratado de un pobre hombre con delirio místico al que todos le seguían la corriente. ¿Sería su historia una especie de complot inconsciente, donde cada uno había aportado su granito de arena? Para contestar esa pregunta era necesario conseguir más testimonios; sin olvidar que la gente también

suele mentir por motivos triviales, u obligada por razones poderosas que podemos desconocer.

Recordé una anécdota que alentaba a dudar de los testimonios. Un famoso físico se había puesto a estudiar quiromancia como pasatiempo. Si bien no creía que pudiera ser verdad, estaba sorprendido de que siempre que leía las líneas de las manos de sus amigos, generalmente en fiestas privadas, ellos le aseguraran entusiasmados que sus aseveraciones eran correctas. Lo consultó con un amigo psicólogo, quien lo tranquilizó: "*En realidad nunca debés acertar con tus pronósticos. Lo que pasa es que tus amigos no te lo dicen porque temen que te frustres y decaiga la alegría. En cambio si te dicen que acertás, todos quedarán contentos y seguirá la fiesta".* Después le recomendó que la siguiente vez dijera exactamente lo contrario de lo que le dictaba su quiromancia, y que seguramente también le dirían que había acertado. Para su sorpresa así ocurrió: se trataba de un problema de psicólogos y no de físicos.

Había llegado hasta el Monumento a la Bandera, ese que me había cansado de ver en los libros de la escuela primaria. Recordé que había sido inaugurado en 1957, quizá el 20 de junio. Pensé que ese día debió haber sido declarado feriado, y que hasta allí habría llegado Parodi con su mujer y sus hijos para festejar. Al preguntarme si también habría estado Canavesio, recordé los electroencefalogramas y sus declaraciones reiteradas en favor de la autenticidad de Parodi; sus afirmaciones tenían el valor agregado de haber sido formuladas después de experimentar personalmente. Los testimonios que yo había logrado más de sesenta años después eran concordantes con los suyos, lo que me permitía regresar un poco más tranquilo. De todas maneras me preguntaba: "*¿Si fuera un juez, podría dictaminar, con las evidencias que tengo, que se trata de un psíquico auténtico, o suspendería el juicio por falta de pruebas?".*

Había dejado de llover y un viento fresco del sur invitaba a recorrer la costanera. Rosario vivía de frente al río,

a diferencia de Buenos Aires que siempre le daba la espalda. Perdido entre las viejas barracas, recicladas como centros culturales, repasaba las preguntas que habían quedado sin respuesta. Por supuesto que eran muchas, si le sumaba a las que ya traía otras que habían surgido durante la estadía. Pero había una que disparaba múltiples inquietudes: no había podido averiguar si Parodi había tenido maestros, ni tampoco discípulos; aunque la frase "*es tarde para enseñarte*" me había quedado clavada en la frente, ya que acercaba la posibilidad de que los psíquicos pudieran aprender y enseñar sus habilidades.

La disyuntiva obligaba era optar entre una capacidad innata o adquirida. De ser cierta la primera posibilidad, se estaría ante de un rasgo que podía heredarse. Avanzando un poco más todavía, podía imaginar a genetistas del futuro escudriñando entre los escalones del ADN, tratando de identificar alguna formación particular. En el caso de Parodi, su tía materna y la pequeña hija con capacidades similares parecían volcar la balanza en favor de esa opción; pero se trataba de un solo caso que no permitía generalizar.

Si aceptaba provisoriamente que se trataba de algo adquirido, se abrían otras líneas de búsqueda. Cualquier persona podía llegar a ser un psíquico, y había que considerar las múltiples escuelas que proclamaban conocer el secreto para desarrollar las capacidades paranormales. Para nombrar algunas estaba el Yoga, que declaraba conseguirlo mediante extrañas posturas corporales; u otras disciplinas esotéricas que garantizaban el mismo resultado mediante dietas o pequeñas operaciones quirúrgicas. Ni siquiera faltaba el que aseguraba, muy suelto de cuerpo, que sólo hacía falta repetir una serie de palabras mágicas.

Claro que no iba a resolver cuestiones tan complicadas mirando el río. Observé por última vez a los pescadores, que también buscaban tesoros ocultos aunque con más probabilidades de éxito, y en pocos minutos llegaba a la terminal. Ya era tiempo de volver a casa.

El micro partió puntual y con poca gente a bordo. Pronto estaba otra vez en medio del campo, recorriendo la monótona autopista. Una leve sensación de disconformidad amenazaba con cambiar mi estado de ánimo. Especulé que podía tratarse de la clásica insatisfacción que produce regresar con más dudas que certezas, aunque ya supiera que la búsqueda era siempre así. Tampoco me causaba gracia dejar de ser investigador *full time* para retomar mis ocho horas de trabajo diario, rutinario y obligatorio. El viaje de vuelta amenazaba con ser más largo que el de ida.

Buscando distracción miré desalentado por la ventanilla y de pronto todo cambió. El sol se había escondido debajo del horizonte. Sobre el inmenso telón azul del oeste lo vi: era el cometa del que me había hablado Marta el día anterior: "*Si no está nublado búsquelo porque puede observarse a simple vista*". Después me enteré que se trataba del Mc Naught, que había sido descubierto el año anterior. Con su larga cola casi vertical, a suficiente altura como para no ser ocultado por los árboles del camino, luminoso y mudo, se mostraba arrogante: era un gran motivo para hacer inolvidable mi regreso.

El paso visible de cometas cerca de la tierra no es frecuente. El anterior al Mc Naught había sido el Halley, que nos visitó el mismo año de la muerte de Parodi. En esa ocasión las expectativas no se vieron satisfechas ya que fue difícil reconocerlo sin telescopio. La duración de su órbita es de 76 años; o sea que la anteúltima vez que pasó cerca fue en 1910. Esa vez muchos pensaron que la tierra sería destruida, que llegaría el fin del mundo. Otros aseguraban que todos los seres vivos morirían al quedar la tierra sumergida en su cola compuesta de gases venenosos. Lo que había llevado a los más crédulos a encerrarse en habitaciones herméticas con tubos de oxígeno hasta que finalizara su paso.

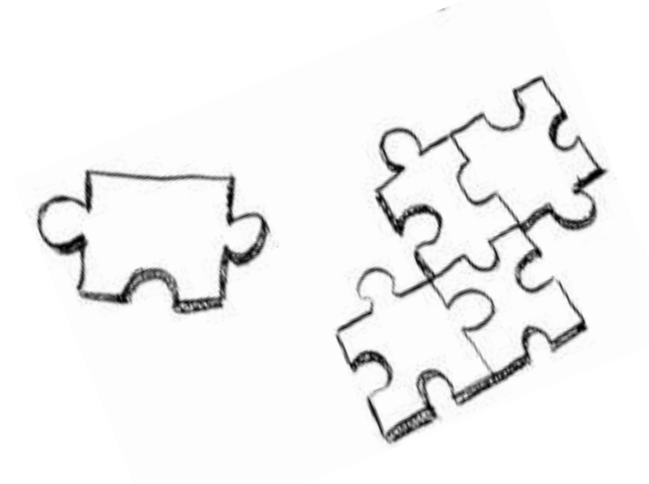
Los psíquicos y los cometas tienen cosas en común. Nos sorprenden porque son raros, inhabituales. Hasta no

hace mucho el paso de un cometa solía provocar pánico, por asociarlo con enigmáticos mensajes de dioses o demonios; pero desde que conocemos sus leyes podemos sentarnos a observarlos, unas veces con admiración y otras con romanticismo, según quién esté en ese momento a nuestro lado. Ojalá que pronto se pueda también desentrañar la conducta de los psíquicos, para que podamos admirarlos libremente, usufructuar sus habilidades o reírnos con ganas de sus fracasos en caso de tratarse de fabuladores.



4

ERIC LUCK, EL PSÍQUICO QUE LLEGÓ DE INGLATERRA



Sí, vamos a poner todo en duda otra vez. Todo, ¿me oyen? Lo que descubramos hoy lo vamos a borrar del pizarrón y no lo vamos a escribir allí otra vez hasta que lo descubramos de nuevo. Y cuando encontremos justamente lo que queríamos encontrar, lo trataremos con especial desconfianza.

Galileo Galilei. Bertolt Brecht

ERIC LUCK, EL PSÍQUICO QUE LLEGÓ DE INGLATERRA

Hace poco asistí a una conferencia que dio Mario Bunge en la sede de la Sociedad Científica Argentina. Es uno de los epistemólogos argentinos más reconocido en el mundo, aunque su popularidad se debe sobre todo a sus posturas manifiestamente opuestas a las seudociencias, o sea aquellas disciplinas que se definen a sí mismas como ciencias pero que en realidad no son reconocidas como tales. Bunge incluye entre ellas a la astrología, la homeopatía y hasta el psicoanálisis, y cada tanto se pelea con alguno de sus representantes.

Ustedes se estarán preguntando qué opinará sobre la parapsicología. Acertaron; también la incluye entre las seudociencias. Ése era el motivo principal para concurrir a escucharlo. La sala estaba repleta de admiradores que aplaudieron sus declaraciones profundas, ingeniosas y humanistas; además hubo lugar para la carcajada, ya que cada vez que pudo ridiculizó a psíquicos y parapsicólogos, con una lengua que supo afilar durante buena parte de su vida.

Yo también reí a gusto con muchas de sus ocurrencias, sobre todo porque sabía que en ese mismo lugar, sentado en el mismo sillón, el 19 de setiembre de 1941, el ingeniero José Fernández había dictado la primera conferencia sobre parapsicología en Argentina. Ese día, con la formalidad que exigía la época, comenzó leyendo: "*La ciencia está obligada, por la eterna ley del honor, a mirar de frente y sin temor todo problema que pueda ser francamente presentado a ella*"[21].

¿Cómo congeniar las opiniones de estos dos señores

---

[21] Fernández, J. *Aplicación del Método Estadístico al Estudio de los Fenómenos de Criptestesia (Clarividencia)*. En su libro *Más Allá de la Cuarta Dimensión*. Editorial Constancia. Buenos Aires. 1963. Pp. 23–52.

tan respetables? Imaginemos una zaranda con tres filtros por donde pasemos cada uno de los que se declaran psíquicos. El primer filtro, de trama más gruesa, atrapará a los inescrupulosos, que estafan con todo tipo de trucos; a cambio de dinero prometen atraer al ser querido que no nos corresponde, curarnos de enfermedades resistentes a tratamientos convencionales y hasta echar a la suegra de nuestra casa, para que sólo regrese a brindar durante las fiestas de fin de año. Actúan con total impunidad, promocionándose en periódicos y programas de radio, y deberían estar presos.

En el segundo filtro se detendrán los que viven en un mundo mágico, donde los fenómenos paranormales son tan accesibles como oler el perfume de una flor. Aseguran comunicarse con personas fallecidas, adivinar en cada momento nuestros pensamientos y adelantar el resultado de los partidos de fútbol, aunque nunca se atrevan a apostar. Son delirantes, “locos mansos” que pueden mantener una perfecta normalidad en otros ámbitos y que mucho mejorarían con tratamiento psicológico.

Finalmente, en el último filtro quedarán las personas honestas y sanas pero que cometen errores de observación, a veces impulsados por un deseo exagerado de creer en algo. Confunden una simple coincidencia con un caso de telepatía (“*estaba pensando en vos y justo me llamaste por teléfono*”), son proclives a aceptar de buena fe cualquier testimonio o encuentran mensajes misteriosos en todo ruido desconocido que escuchan durante una noche de insomnio.

Hasta aquí estaríamos todos de acuerdo y podríamos reírnos juntos, con más o menos piedad de cada uno de estos ejemplos. El problema se complica si nos preguntamos qué quedará en el fondo de la zaranda. Bunge jura que nunca conoció (ni podrá conocer, eso es lo peor) a nadie que atravesase victorioso los tres filtros; que nada quedará más allá de las trampas, la locura o el error.

No tengo por qué dudar de la buena fe de este

pensador; después de todo no es tan fácil encontrarse con psíquicos auténticos. Lo censurable es haber tenido noticias prometedoras de alguno de ellos y a pesar de todo seguir mirando para otro lado.

¿Sabes quién viene a cenar?

Arnaldo Rascovsky fue uno de los grandes pediatras argentinos, además de fundador de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Muchos lo recordarán dando consejos a las madres por televisión con su imborrable acento cordobés. Nació en 1908 y desde niño vivió en Buenos Aires. Durante buena parte del siglo XX, Bunge y Rascovsky caminaron por las mismas veredas, debieron ver las mismas películas y enterarse de casi las mismas noticias. Sin embargo sus opiniones con respecto a los psíquicos (para no hablar del psicoanálisis) eran muy distintas. Rascovsky no sólo aseguraba que existían sino que hasta los recibía en su consultorio, y no precisamente como pacientes, de acuerdo a lo que relató en una de sus conferencias:

"*Yo lo conocí a Mister Luck, uno de los hombres más famosos del país. Una vez lo invité a comer a mi consultorio, junto a otras diez o doce personas. Llegó y me dijo: '¡Qué sillón ridículo que tiene!' No lo entendí, hasta que recordé que tres o cuatro días antes, haciendo una psicoterapia de grupo, me había caído de ese sillón de una manera completamente ridícula delante de todos. Después llegó un amigo que era presidente de una importante compañía, y Luck le dijo: 'Usted se va mañana a New York'. Y le contestó: 'No, se equivoca, vine hoy de New York'. 'Y yo le digo que se va mañana a New York'.*

"Después me dijo: 'Hay alguien que no viene porque andan mal los ascensores'. Y al rato me llama uno de los invitados y me dice que no iba a venir a comer porque vivía en un piso 20, se habían descompuesto todos los ascensores, ya había bajado y subido por las escaleras una

vez y no pensaba volver a hacerlo.

“Pero todo esto es circunstancial. Lo interesante es que Luck no tenía la más mínima idea de cómo le sucedían estas cosas. Una explicación es que él me leía telepáticamente el pensamiento. Pero yo no sabía nada del amigo que había vuelto de New York. Ese amigo me habló por teléfono al día siguiente porque lo habían llamado de urgencia a New York y debía viajar ya. Experiencias como éstas tenía a granel y medio Buenos Aires lo conocía”[22].

¿Se habrán encontrado alguna vez Mister Luck y Mario Bunge? Me parece de la mayor importancia buscar respuestas a esta pregunta ya que sostengo fuertes sospechas de que nuestro filósofo, al igual que muchos de sus colegas escépticos, haya tomado la misma actitud del personaje que se encontraba en la calle con un plato volador, relatado en el primer capítulo de este libro.

Eric Courtenay Luck nació en Wilmington, condado de Kent, Inglaterra, el 15 de julio de 1893[23]. A los cinco años fue llevado a la región irlandesa de Connemara, condado de Galmay, zona que el escritor Oscar Wilde definió como de “*una belleza salvaje*”; y no le faltó razón, ya que en ese paisaje agreste y solitario se pueden encontrar hermosos lagos y profundos acantilados. Allí creció el pequeño Eric disfrutando de las bellezas del lugar, experimentando una completa identificación con la naturaleza. Se hizo amigo de los pastores de ovejas, gente de filosofía simple pero que influyó sustancialmente con sus ejemplos. Solía asociar su entusiasmo por las largas caminatas, los deportes y la vida

---

[22] Rascovsky, A. *La Percepción Interna y la Percepción Externa*. Conferencia. Primer Congreso de Parapsicología. 7 de setiembre de 1981.

[23] Todos los datos biográficos de Eric C. Luck, incluyendo citas textuales que no tengan referencias, fueron extraídos del artículo de Orlando Canavesio titulado: *Historia Metapsíquica del Metagnósico (Clarividente–telépata) Mister Eric Courtenay Luck*, aparecido en la Revista Médica de Metapsíquica. Año II N° 1. Enero–Febrero–Marzo de 1948. Pp. 13–52.

al aire libre a aquella época idílica.

Su adolescencia transcurrió en la Argentina, ya que el matrimonio Luck con sus seis hijos, tres varones y tres mujeres, debió instalarse en Buenos Aires a raíz de un contrato que consiguió el padre (destacado químico, alumno de William Crookes en el King's College e inventor de la pólvora sin humo) para trabajar en un laboratorio de explosivos de Dársena Norte. A los 16 años descubrió que podía conocer características generales de la personalidad de quienes estaban a su lado, produciéndole, según los casos, simpatía o repulsión. Lo mismo le ocurría cuando visitaba una casa por primera vez, ya que se le presentaban las situaciones vividas por sus habitantes.

Casi como una diversión ensayaba con éxito la transmisión de contenidos mentales, por telepatía, con uno de sus hermanos, que lo consideraba mejor psíquico que él. La madre de ambos, hacia los 50 años, en coincidencia con su menopausia, comenzó a presentar premoniciones, sueños proféticos y telepatías, que compartía sólo con sus amistades.

A los 19 años, Luck era un joven robusto, sano, que no fumaba ni bebía alcohol y que practicaba atletismo y boxeo. Regresó a Inglaterra para incorporarse al ejército y fue trasladado a Hong–Kong. Bañándose en un río en las afueras de la ciudad se encontró con un monje budista, quien lo invitó a visitar su templo. En el interior el anfitrión realizó una danza ritual y luego le manifestó: "*Usted es igual a mí*". Para certificar esta afirmación le pronosticó que pronto iría a la guerra pero que saldría ileso, y que haría mucho bien con sus visiones. Esa breve relación se complementó con el aprendizaje del Hatha Yoga y del Raja Yoga, que después practicaría por períodos durante el resto de su vida.

Con el comienzo de la Primera Guerra Mundial fue trasladado a territorio francés con el grado de teniente. Aunque tenía el convencimiento de que no iba a morir, sufrió un profundo conflicto de conciencia tratando de resolver la

clásica disyuntiva del soldado, obligado a optar entre el patriotismo y el humanismo. Por otro lado, las imágenes reiteradas de muertos y mutilados lo llevaron a meditar por primera vez sobre el sentido último de la vida y sobre la supervivencia después de la muerte. Finalmente logró sobreponerse y continuar, olvidando su primera intención de renunciar al cargo.

En el frente experimentó su primera gran manifestación, apreciando que estaba dotado de un talento desacostumbrado. Ocurrió durante la batalla del Somne, librada entre mayo y setiembre de 1916, una de las más largas y sangrientas, que dejó más de un millón de bajas entre ambos bandos. Luck actuaba como capitán al mando de una pieza de artillería. El procedimiento para dar con el enemigo era lento, debiendo dispararse muchas veces el cañón hasta poder encontrar el blanco. Con el mapa en la mano, fue invadido por una rara sensación y el lápiz se dirigió automáticamente hacia un punto arbitrario. Tomó conciencia de que ése era el lugar donde se encontraba el enemigo y sin realizar ningún cálculo ordenó el cañoneo, y el impacto, según cuenta Canavesio: *"Es seguido de explosiones como si el proyectil hubiera dado en el reservorio de municiones; al mismo tiempo se siente invadido de una sensación de muerte y desolación, seguida de un silencio ratificador*".

"Quiero saber qué me pasa"

Claro que una cosa es estar convencido de poder hacer algo y otra muy distinta es saber cómo se produce. Leíamos más arriba que "*Luck no tenía la más mínima idea de cómo le sucedían estas cosas*". La necesidad de saber es la gran aliada del investigador, porque los psíquicos llegan hasta él diciendo: "*Quiero saber qué me pasa, por qué soy así*", la misma pregunta que podría hacerle el Hombre Araña o la Mujer Maravilla a su médico de cabecera.

Para decirlo de una sola vez, la gente seria no tiene

la más mínima idea de cómo ocurren estas cosas. Es que son tan escasas las personas como Luck, y muchas veces esquivas y poco amigables a la hora de ser investigadas, que la mayoría de los científicos prefiere pensar que en realidad sólo se trata de una combinación perversa de estafadores, delirantes y equivocados, todos atrapados en alguno de los filtros de nuestra zaranda imaginaria. "*Nada hay en el hombre que no entre por alguno de sus cinco sentidos*", recitan a coro, sin preocuparse por atender las excepciones.

Una vez firmado el armisticio, Luck regresó a Londres. Recorrió librerías y comenzó a asistir a sesiones que se ofrecían en la ciudad. Fue invitado a concurrir al círculo donde actuaba el famoso psíquico Austin, quien al verlo por primera vez lo conmovió: "*Hay aquí un señor Luck de la Argentina, que está dotado de la facultad de la clarividencia*". En ese lugar también conoció a la célebre dotada irlandesa Eileen Garret, que llegaría a ser fundadora y presidenta de la Parapsychology Foundation; ella lo alentó a vencer su inseguridad y convertir sus manifestaciones espontáneas en voluntarias.

A los 25 años se casó, naciendo al poco tiempo su única hija, Pamela. Durante diez y ocho meses su facultad permaneció latente, para reaparecer luego con mayor intensidad. Experimentaba frecuentes presentimientos y situaciones telepáticas; también estados sonambúlicos, levantándose por las noches a escribir de manera compulsiva sobre poesía y filosofía. Solían producirse a su alrededor desplazamientos de objetos, ruidos y golpes en paredes y muebles, manifestaciones que lo acompañarían siempre aunque en forma esporádica.

Hacia 1920 viajó a España en avión. Debido a una escala obligada en el aeropuerto de París trabó amistad con un ciudadano francés, al que le realizó una sesión de una hora y media, logrando espléndidas revelaciones. Consideraba aquel encuentro como su primer gran éxito. A

partir de entonces incluyó entre sus actividades la práctica de sesiones cotidianas, calculando que hasta el año 1943 llevaba realizadas alrededor de catorce mil.

A los cincuenta años era un hombre atlético, que medía 1,85 m de altura y podía mantener su peso de 83 kilos practicando golf, natación y *footing*. Se lo conocía activo, bondadoso, afable y con una familia armoniosa; también amante de la música y del arte en general. Lector autodidacta, prefería la historia –sobre todo la inca, proyectando escribir un libro sobre Manco Capak– además de la psicología, la filosofía y el misticismo cristiano, donde seguramente encontraba ejemplos similares al suyo. Sus libros de cabecera eran *Vida de Santa Teresa de Ávila* y *Vida de San Francisco de Asís*.

Estas preferencias podrían hacer pensar que atribuía a Dios o a los ángeles el origen de su facultad, de la misma manera que los espiritistas ven guías desencarnados que les proporcionan la información. A la hora de especular, lejos de cualquier creencia religiosa, prefería postular la existencia de un Inconsciente Colectivo, lugar supuesto donde estaría grabado no sólo el pasado sino también el porvenir de todos los seres.

Su actitud laica le permitía trabajar sin necesidad de someterse a rituales sofocantes. Solía detener a algún desconocido en plena calle para contarle sobre su pasado o revelarle lo que pronto le ocurriría, a riesgo de ser considerado un alienado. Aunque su situación preferida era sentado en su habitación, con una ventana abierta que dejara entrar el aire y la claridad. Antes de comenzar buscaba tranquilizarse, evadiendo pensamientos penosos o preocupaciones, respirando hondo y relajado durante un rato. Mientras movía su mano derecha en forma de cruz frente a sus ojos comenzaba a sentir pesadez en el entrecejo y una sensación de calor en las orejas y en la frente.

Advertía un estado de fugaz inconsciencia que

duraba pocos segundos y luego comenzaba a percibir imágenes, ideas, sensaciones físicas y emociones. Penetraba en las memorias de los consultantes revelando hechos olvidados, ocurridos a distintas edades, ya fueran importantes o circunstanciales. Tampoco faltaban informaciones sobre el presente, referidas a la salud, el carácter o las relaciones afectivas, expresadas con lujo de detalles, aclarando en ocasiones los motivos ignorados de su desencadenamiento.

Otro pasaje de la conferencia de Rascovsky nos acerca un caso: "*Era un hombre extraordinario. Una vez vino a comer una prima mía, era por mayo más o menos. Ella le preguntó por su marido, pero no le quiso decir nada. Sólo le dijo: 'Vuelva en marzo, señora'. Cuando volvió le dijo: 'Yo la hice volver ahora porque en marzo iba a quedar viuda'. Y exactamente el marido murió en marzo en un accidente automovilístico*". Otras veces veía el hecho futuro como una imagen ya realizada. Por eso solía preguntar: "*¿Le ha ocurrido a usted esto hace pocos días?*". Si la respuesta era negativa, había posibilidades de que estuviera próximo a ocurrir. Las predicciones son las informaciones más difíciles de evaluar, ya que es necesario esperar un tiempo a veces impreciso para saber si se cumplirán.

Es interesante analizar la conexión que debía existir entre el psíquico y la persona que lo consultaba. No sólo podía captar a quien estuviera presente sino además a los parientes o amigos del consultante; sólo era necesario que fuera mencionado el nombre para conseguir resultados excelentes, independientemente de la distancia a que se encontraran, conociéndosele éxitos a cientos de kilómetros. En otras ocasiones, en lugar del nombre servían como disparadores de su tarea un objeto o una foto, logrando el mismo resultado.

Para Mister Luck la voz tenía un valor distintivo, aunque fuera escuchada a través de un auricular. Una vez comentó: "*Hace pocos días he realizado una sesión*

telefónica a un señor de Londres con espléndidos resultados. Le he manifestado que se iba a producir una conferencia de carácter económico donde le serían presentados tales y cuales proyectos o propuestas. Dicho señor, en base a eso, preparóse sobre tales tópicos, y los evacuó perfectamente". Repasando estos ejemplos, y aceptando provisoriamente su autenticidad, es oportuno preguntarse si existirá algún tipo de límite, después del cual el psíquico ya no podrá lograr su objetivo. ¿Qué ocurriría si le acercáramos el nombre de una persona que no conocemos, elegida al azar de la guía telefónica?

Luck siempre se interesó en resolver el enigma de lo que le ocurría. No sólo se relacionó con parapsicólogos y colaboró con ellos sino que trató de identificar las causas que favorecían o desfavorecían su habilidad, por lo que nos dejó una serie de referencias que por ahora son sólo anecdóticas pero que en algún momento podrían ser decisivas para desentrañar la incógnita.

El sol le resultaba imprescindible, a punto tal que estando en Londres, después de varios días de niebla, debió recurrir a los baños de luz ultravioleta para que reapareciera su facultad. En cambio declaraba que el viento norte, el calor húmedo y la presión atmosférica alta le eran contraproducentes. Otros factores positivos eran la luna llena, las habitaciones aireadas y luminosas, las largas caminatas o la práctica previa de deportes; y en general la ausencia de preocupaciones y dolencias de cualquier tipo.

Al leer esta improvisada lista, uno tiende a pensar que se trataba por un lado de factores relacionados con el bienestar general, necesarios para llevar adelante cualquier actividad creativa, y por otro una serie de pequeños hábitos y manías, que si bien debían ser objetivamente intrascendentes, su práctica asociada a resultados exitosos los habría convertido en necesarios mediante la sugestión.

La modalidad de la información recibida era a través de imágenes y alucinaciones, en mayor medida visuales y

auditivas, pero también gustativas, olfativas y táctiles: movimientos, posturas, dolores, sensaciones y hasta palabras que surgían como un impulso: "*Traduce al señor N.B. Tiene una imagen auditiva de la palabra 'guay', que se repite continuamente. Se preocupa al no poder interpretar su significado; repentinamente asocia ´'*villa' *a '*guay' *y le pregunta: '¿Qué tiene que ver usted con Villaguay?'. 'He nacido allí', le contesta el señor N.B.*".

Este ejemplo me acerca al último aspecto que divulgaré de su modalidad de trabajo. Al igual que otros psíquicos, las imágenes recibidas en muchas ocasiones parecen absurdas, cuando en realidad se trata de símbolos o alegorías que es necesario interpretar correctamente, como si se tratara de un sueño que debe ser descifrado, con una técnica tal vez similar a la que propone el psicoanálisis (permiso, doctor Bunge). Curiosamente en Luck, dichos simbolismos solían construirse con elementos relacionados con la profesión o actividad central del analizado:

"*Traduciendo a un hombre de mar se presentan imágenes de un barco en medio de una borrasca, que él lo interpreta como de vida borrascosa, irregular, lleno de zozobra".* Otra intervención es aún más significativa*:* "*Tiene imágenes visuales del interior de un teatro con público. Ve al analizado en carácter de actor en el escenario, optimista, alegre y sonriente. Baja el telón; se levanta, y aparece nuevamente, asombrándose el público por el cambio completo de la personalidad; denota pesimismo, tristeza, ansiedad, etc. Interpreta tales imágenes intuitiva y adecuadamente y le dice: 'Usted ha experimentado un cambio fundamental de su personalidad; de jovial, optimista y alegre que era, circunstancias adversas en su vida lo han transformado en pesimista, triste, etc., lleno de incertidumbre y con nostalgia de aquella época'".* Se trataba de un actor que "*había sufrido un accidente con secuela de defecto físico, no muy visible, creándole un complejo de inferioridad*".

Siguiendo sus pasos por Buenos Aires

Estas últimas páginas, como la mayoría de las de este libro, deben ser consideradas una primera noticia sobre los psíquicos que vivieron en Argentina; sólo apuntes para construir una biografía definitiva que podrá escribir alguno de ustedes. Con respecto a Mister Luck, se puede decir que estuvo radicado en Buenos Aires desde su adolescencia, exceptuando el período que incluyó su servicio militar en Gran Bretaña, seguido de la participación en la Primera Guerra Mundial y su posterior casamiento.

A pesar de su fama resulta difícil conseguir testimonios de primera mano, aunque puede decirse que alrededor de 1925 se instaló en las afueras de la Capital con su familia teniendo como principal ocupación económica el comercio. La primera referencia documentada la encontré en el libro de José Fernández ya citado: "*En cierta ocasión, hacia 1931, visitábamos con un grupo de personas al conocido vidente Mister Eric Luck, en la residencia que ocupaba cerca del pueblo de Temperley, donde atendía en la forma más desinteresada y cordial a sus invitados*"[24].

En esos años Temperley era una villa con frondosas arboledas y hermosas residencias de estilo inglés, alejada del bullicio de la Capital, con un tren que unía ambos extremos regularmente. La cita indica que para entonces ya se trataba de un personaje famoso. El autor continúa describiendo el encuentro: "*Luck dijo, de improviso: 'Usted tiene una muela cariada'. 'No', fue la respuesta; a la que siguió una nueva afirmación de Luck. Entonces el doctor Olives, molesto, le manifestó que era dentista y que no tenía diente alguno en esas condiciones. Al oír esto, Luck, marcando con un dedo un punto de su cara volvió a afirmar categóricamente: 'Yo le aseguro que en sitio así tiene una muela que podrá estar bien por afuera, pero por dentro es*

[24] Fernández, J. *Más Allá de la Cuarta Dimensión*. Ediciones Constancia. Buenos Aires. 1963. Pp. 27–28.

hueca. ¡Siento que hay un vacío aquí!' Y enseguida, vino la explicación de Olives: '¡Ah, sí! En ese lugar me falta una muela...'"[25].

Es posible que Luck haya realizado otras experiencias mejor controladas, con Fernández y con otros científicos de la época; pero indudablemente su etapa más fructífera fue junto a Orlando Canavesio. Como ya mencioné, ambos realizaron el primer electroencefalograma del mundo sobre un dotado, en noviembre de 1942. Cuando se funda, en 1946, la Asociación Médica de Metapsíquica Argentina, desde su revista se anuncia que Luck figura entre los psíquicos que colaborarán con la institución "*en forma espontánea y gentil*", agregando que "*todos ellos serán presentados en sucesivos números, haciéndose una biografía y efectuando un análisis de las experiencias que realicen*"[26]. Promesa que se concretó en 1948, publicando la historia metapsíquica de Mister Luck, el texto más extenso y detallado que se conoce sobre él y en el que me basé para escribir este capítulo.

En ese mismo año, más precisamente el 7 de enero, Canavesio y Luck fueron protagonistas del hecho institucional más importante de la parapsicología argentina. Siendo el doctor Ramón Carrillo Secretario de Salud Pública de la Nación, se creó en su ministerio el Instituto de Psicopatología Aplicada, siendo una de sus principales funciones el abordaje del "*problema del espiritismo como mal social, en sus aspectos de explotación o engaño, por ser uno de los factores más serios de la irregular concentración de neurópatas e histéricos*"[27]. Por supuesto que no todas las sociedades espiritistas quedaban encuadradas en este diagnóstico, basado sobre todo en el malestar de la iglesia

---

[25] Fernández, J. *Libro Citado*. 1963. Pág. 28.
[26] *Noticias*. Revista Médica de Metapsíquica. Año 1. N° 1. Octubre–Noviembre–Diciembre de 1947. Pág. 103.
[27] *Creación del Instituto de Psicopatología Aplicada*. Resolución ministerial N° 6180. 7 de enero de 1948.

Católica frente al crecimiento de esa doctrina.

De todas maneras, lo importante fue que dentro del Instituto se organizó un Gabinete de Parapsicología, siendo designado Canavesio como jefe, y "*se contrató para efectuar experiencias e investigaciones al metagnósico Sr. Eric Courtenay Luck, que actúa oficialmente desde 1949*"[28], además de otros dotados conocidos que colaboraban en forma gratuita. En la calle Bernardo de Irigoyen 244, durante años, cada mañana debió presentarse Luck con su credencial de empleado público, sin que nadie pudiera deducir por el aspecto si su tarea consistía en llenar rutinarias planillas, pasar a máquina extensos escritos o ejercitar lo mejor posible sus cualidades de psíquico.

Sólo pude conseguir unos pocos datos más, un par de citas escritas como al pasar: "*En 1947 viaja a Inglaterra, donde permanece diez meses. Allí asiste a distintas sociedades y centros donde comprueba el intenso adelanto científico de esta ciencia. Conoció a Harry Price, destacado metapsiquista, gran investigador, director del National Laboratory of Psychical Research*". Y por último se lo menciona, en 1948, ejerciendo una nueva actividad: "*Su última conferencia, realizada hace pocos días, tuvo un éxito espectacular al traducir directamente a personas que se hallaban en el público*".

Este período tan intenso finaliza a raíz de dos hechos desgraciados. En 1955 se produjo un golpe de Estado en el país. Las nuevas autoridades clausuraron el Gabinete de Parapsicología, perdiendo ambos sus puestos y casi con seguridad siendo perseguidos políticamente. Poco después se produce la muerte inesperada de Canavesio.

La noticia sobre la labor de Mister Luck circuló por la ciudad de manera discreta, de boca en boca, por lo que es difícil encontrar recortes de diarios u otras evidencias que lo mencionen. De todas maneras, quiero presentarles dos

---

[28] Canavesio, O. *Tesis Citada*. 1951.

testigos directos que encontré casi por casualidad. Sus dichos son similares a los ya leídos pero tienen el valor de haber sido recogidos personalmente.

A Malvina González la conocí en un curso de parapsicología; visitó a Mister Luck con su marido en 1946. El otro fue el periodista y escritor Albino Gómez, con el que intercambiamos algunos mails, luego de enterarme que lo había tratado en los años sesenta. Ambos coinciden en la impresión que les causó:

"Me hizo sentar en un sillón –recuerda Malvina–*. Él se sentó frente mí en otro sillón; creo que había al lado una lámpara de pie. Era una persona alta, delgada, de ojos claros, pelo ralo entrecano y rubio; mientras hablaba no me miró a los ojos, sólo miraba alrededor de mí o detrás de mí. Hablaba pausadamente con acento inglés*". Albino, por su parte, evoca: "*La primera vez que lo vi me causó una fuerte impresión, un hombre alto, robusto, rostro bien colorado, canoso, vital, vivaz, seguro, cordial y veraz. Los aciertos se refirieron a cosas personales. Él daba a cada consultante un nombre de código porque no le interesaba la identidad de los consultantes. A mí me bautizó 'Martín Fierro', de manera que debería mencionar ese nombre cada vez que lo buscara*".

Mister Luck declaraba que los conflictos y las preocupaciones excitaban fuertemente su facultad; por eso obtenía éxitos más resonantes en personas de vida activa y cambiante. Ocurría lo mismo que con los programas de noticias, que serán aburridos si la realidad lo es, más allá de la calidad de sus periodistas. Malvina, mujer discreta, recuerda aciertos discretos: "*Me dijo que tendría una larga vida (estoy por cumplir 81 años y todavía no me he muerto, ni pienso hacerlo de inmediato). Sería una persona sana y no tendría grandes tragedias en mi vida, tampoco tendría apremios económicos significativos. Me acuerdo que me repitió que para el café con leche nunca me iba a faltar. Le pregunté si tendría más hijos, y me dijo que posiblemente tuviera uno más, lo que ocurrió efectivamente en 1947. A grandes rasgos, todas las demás predicciones se han*

cumplido".

A raíz de un hecho político circunstancial, Albino pudo ubicar la fecha exacta de su encuentro: "*Había tomado un turno con 30 días de anticipación. Él no me conocía para nada. Nos encontramos en el departamento de un amigo. Recuerdo que fue el 29 de marzo de 1962, ya que ese día* [el presidente de la república Arturo] *Frondizi había sido destituido y llevado preso a Martín García. Eso había ocurrido a las siete de la mañana*". Albino en ese tiempo era funcionario del Servicio Exterior adscripto a la presidencia y había estado trabajando con Frondizi, viéndolo diariamente en su residencia por la mañana y en la Casa de Gobierno por la tarde durante los últimos años. El encuentro fue horas después de la destitución: "*Lo vi a Luck a las once de la mañana. Lo primero que me dijo fue: 'Usted acaba de perder contacto con un hombre que era muy importante en su vida diaria'...Luego me anunció un golpe de Estado para más adelante de corte franquista (fue el golpe de* [Juan Carlos] *Onganía, de 1966), y acertó muchas cosas más de tipo particular*".

La vida de Míster Luck sigue siendo un rompecabezas incompleto, donde hay muchos más espacios en blanco que piezas ubicadas en el lugar correcto. Entre los papeles de la investigación me quedan aún algunos pormenores que hasta ahora no me condujeron a ninguna parte. Como la frase final de Albino ("*Dicen quienes lo conocieron mejor que en el último tiempo ya había perdido parte de sus facultades adivinatorias. Dejó una sola discípula, una italiana que no recuero su nombre. Pero ocurrió hace más de 40 años, no puedo decirte nada más que pudiera serte útil*"), o el detalle conseguido en una entrevista sobre otro tema: "*Yo conozco a la hija de Mister Luck. Se llama Pamela y vive en Buenos Aires, por el microcentro. Tiene más de 80 años, pero no puedo darte el teléfono porque ya me ha dicho muchas veces que no quiere realizar entrevistas para que la memoria de su padre descanse en paz*".

Quedará en mi libreta de tareas pendientes (y espero que también en la de alguno de ustedes) saber más sobre la supuesta sucesora italiana y convencer a Pamela para que comparta sus recuerdos, antes de que se pierdan para siempre. De todas maneras, aunque pudiéramos conocer lo que hizo Luck en cada uno de sus días, su vida seguiría siendo un misterio como lo es la de todo psíquico. La historia de la ciencia está llena de estas situaciones: fenómenos que no tienen explicación racional, que aparecen delante de uno poniendo en duda todo lo acreditado hasta el momento.

Charles Darwin, el autor de la teoría de la evolución de las especies, en su adolescencia realizó uno de sus primeros viajes geológicos por la campiña inglesa, junto a su profesor Adam Sedwick. "*De pura casualidad, la casa de la familia Darwin estaba en el camino y se alojaron allí por una noche. Durante la cena, Charles quiso impresionar a su profesor refiriéndose a la geología local. ¿Sabía que en una cantera vecina habían encontrado un caracol tropical? Sedwick largó una carcajada que dejó al muchacho estupefacto. Y acto seguido le dio una rápida lección en geología y filosofía de la ciencia. El geólogo, por supuesto, conocía bien la estructura de la región y sabía que era imposible encontrar fósiles tropicales*"[29].

Sedwick sabía que la ciencia predecía que ese hallazgo no podía ocurrir y era por lo tanto un rumor infundado o un error. En su conferencia de la Sociedad Científica Argentina, vi reír a Mario Bunge con las mismas ganas que debió haberlo hecho el profesor de Darwin. Es que para la mayoría de los científicos, es tan hilarante la aparición de un caracol tropical en Inglaterra como cualquiera de las anécdotas atribuidas a Míster Luck. Por supuesto que Sedwick no se molestó en ir a certificar la noticia, y a la mañana siguiente continuó su viaje seguro y despreocupado; lo mismo que habrá hecho Bunge la noche que fue invitado a cenar con Mister Luck.

---

[29] Gellon, G. *Historia de la Ciencia: un Recurso para Enseñar*. Revista El Monitor de la Educación. N° 16 Marzo–abril de 2008. Pág. 32.

5

MISCHA COTLAR: MATEMÁTICAS Y MESAS PARLANTES



El que está escribiéndoles busca fantasmas desde hace años. Un duende, un pequeño duende atorrante para entender que el mundo no es solamente esta vulgar colección de cosas que se ven y se tocan. Cada sombra es una esperanza. Cada luz prendida un desengaño. Si algún mago lector quiere obsequiarme algún espanto, aquí lo espero, con los pelos de punta.

Crónicas del Ángel Gris. Alejandro Dolina

MISCHA COTLAR: MATEMÁTICAS Y MESAS PARLANTES

Recuerdo alguna de las películas policiales que me atraen tanto: Es de noche. El detective se apoya disimuladamente sobre el capot de un auto estacionado. "*Todavía está tibio* –verifica esperanzado–, *debe haber llegado hace poco*". Trepa sigiloso hasta la terraza cercana, fuerza la puerta y, revólver en mano, desciende las escaleras que lo llevan hasta el comedor. Las luces están encendidas pero no encuentra a nadie. En la cocina prueba con el dedo una comida a medio preparar, y hasta puede ver el último hilo de humo de un cigarrillo mal apagado. Se sienta abatido, y mientras observa el retrato que traía en el bolsillo de su saco, concluye: "*Es necesario comenzar todo otra vez*".

Esta escena resume el desafío de cualquier investigación. Siguiendo el ejemplo, se puede entender que si bien el protagonista sentirá que se va con las manos vacías, en esa casa encontrará nuevas evidencias que le permitirán acercarse cada vez más a su presa. La historia de la ciencia es como una película policial en la que nuestro detective es en realidad un antihéroe que llega siempre tarde, manteniendo el suspenso de manera indefinida. El sospechoso logrará escapar, pero en cada aproximación sabremos más sobre sus señas particulares, su carácter y su modo de operar.

Hasta el momento, desde este libro tampoco pudimos acercarnos demasiado a ningún psíquico. De los dos primeros, Bárbara y Joaquín, fui yo el que huí, invirtiendo los roles; y de los otros mencionados me separaba un abismo infranqueable de tiempo. Sin embargo en este capítulo les contaré cómo pude conocer a uno de ellos. Su nombre era Mischa Cotlar y había recibido una carta suya enviada desde Caracas:

“*Sus preguntas no constituyen de manera alguna una molestia sino todo lo contrario, le estoy muy agradecido por hacerme conocer sus inquietudes sobre tan grandes y difíciles problemas. He decidido viajar a Buenos Aires alrededor del 20 de marzo y quedarme un mes allí. De modo que si me llama después de esa fecha es probable que podamos encontrarnos*”.

Tengo delante esa carta fechada el 6 de febrero de 1995 y todavía me conmueve. Es que Mischa era el matemático argentino más reconocido en el mundo. Era querido y admirado por sus colegas, sobre todo por tratarse de uno de los últimos autodidactas. En realidad era argentino por elección ya que había nacido en Ucrania, el 1º de agosto de 1913. A los 15 años llegó con su familia al Uruguay. A pesar de no haber cursado más que el primer grado de la escuela primaria, resolvía teoremas harto complejos con inaudita facilidad, y por las noches se ganaba la vida tocando el piano en los bares del puerto de Montevideo.

En 1935 se radicó en Buenos Aires donde comenzó a dictar clases particulares. Pronto fue reconocido por los principales matemáticos, trabando amistad sobre todo con Manuel Sadosky (recuerdo algún libro suyo[30] que leí durante mi ingreso a la facultad) y su esposa Cora Ratto. A los 38 años fue admitido como miembro de la Unión Matemática Argentina, aunque no se le permitió trabajar como profesor universitario por carecer de título habilitante.

Pronto consiguió una beca en la Universidad de Chicago y dos años después volvió con su título de doctor debajo del brazo. Se lo designó director del Instituto de Matemáticas de la Universidad de Cuyo hasta 1956, y luego de un breve paso por la Universidad de La Plata fue designado en la Universidad de Buenos Aires. Después del golpe militar de 1966 decidió emigrar, primero al Uruguay,

[30] Sadosky, M. y Guber, R. *Cálculo Diferencial e Integral*. Editorial Alsina. Buenos Aires. 1980.

luego a Estados Unidos; finalmente, en 1971, consiguió una cátedra en la Universidad de Venezuela. Mischa había escrito cerca de cien artículos, ocho libros de Análisis Matemático y había recibido innumerables premios internacionales; sin embargo ninguno de sus colegas conocía su interés en estudiar una serie de manifestaciones que había presenciado desde su juventud, en sesiones comúnmente llamadas espiritistas.

En todo esto iba pensando mientras caminaba hacia su encuentro, en la esquina de Juan de Garay y Santiago del Estero, en el barrio de Constitución. Sufría la misma amalgama de emociones que cuando debía rendir un examen de matemáticas. Y por si fuera poco ni siquiera conocía su aspecto, aunque esperaba poder reconocerlo fácilmente entre el resto de los mortales que caminaban por allí.

Me sentía como el detective que ha hecho bien las cosas y logra que el sospechoso acceda voluntariamente a una conversación amistosa. En unos minutos iba a estar en un bar cercano, que ya me había encargado de elegir, escuchando sus maravillosas experiencias, y tal vez hasta convenciéndolo de repetirlas en mi presencia. Pero no nos apresuremos; dejemos al detective en la esquina unos minutos más, presumiendo ver un matemático de fama mundial en cada anciano que pasa junto a él, mientras les cuento cómo llegué a tener noticias sobre Mischa Cotlar.

Las mesas parlantes de la ciudad de La Plata

La punta del ovillo me la dio otro científico que ya mencioné, llamado José María Feola. Era un licenciado en Física radicado en Estados Unidos; había salido del país en 1959 y se había especializado en la enseñanza e investigación de la radiobiología. En su currículum figuraban, igual que en el de Mischa, más de cien artículos científicos, pero se agregaban otros cuarenta sobre "*otros tópicos*", manera elegante de disimular el tema de la parapsicología.

También me enteré que tenía listo para publicar un libro autobiográfico titulado “Científico y Psíquico”. A pesar de los años transcurridos, esas tres palabras me siguen pareciendo una excelente síntesis, aunque en aquel momento no pude convencerlo de que me permitiera leer el manuscrito completo[31].

Feola había estudiado en la ciudad de La Plata, primero el profesorado en Ciencias Físico-matemáticas y luego la licenciatura. El capítulo 7 de su libro detalla las experiencias realizadas en esa ciudad durante su juventud. En una breve descripción del contenido destinada a entusiasmar a posibles editores, asegura: “*Capítulo 7: Una completa reseña de los fenómenos psíquicos obtenidos por nuestro grupo entre 1951 y 1956. Se consiguieron las mejores, más consistentes y claras levitaciones de mesas de la historia de la investigación psíquica, muchas de ellas a plena luz y a distancia. También ocurrieron otros fenómenos espontáneos; los más notables fueron los fenómenos lumínicos y golpes extraordinariamente violentos. Algunos científicos fueron invitados y asistieron en ocasiones. Entre los más conocidos participaron el Dr. Orlando Canavesio, el Dr. J. Ricardo Musso, lo mismo que el Dr. Luis Boschi y Enrique Butelman”.*

Desde que conseguí su dirección en Lexington comencé a ametrallarlo con preguntas en relación al procedimiento utilizado. “*Nos sentábamos alrededor de una mesa de madera que pesaba unos doce kilos. Nuestras manos descansaban sobre la mesa, tocando las manos de los vecinos con los dedos pequeños* –contaba Feola, con el entusiasmo de un niño jugando a la payana–. *Por lo general empezábamos escuchando música que considerábamos apropiada, con César Franck como uno de los favoritos. También manteníamos una varilla de incienso ardiendo.*

[31]Sólo pude hacerlo cuando finalmente se publicó en el año 2013 a través de la editorial Antigua. Allí el lector interesado podrá encontrar mayores detalles de sus investigaciones.

Después de cinco o diez minutos en este estado de meditación-relajación, durante el cual tratábamos de mantener nuestras mentes en blanco, declarábamos nuestro propósito en voz alta: 'Estamos reunidos tratando de ver si esta mesa se mueve o se levanta. No nos interesa si es movida por fuerzas conscientes o inconscientes, por espíritus o lo que fuere… Si hay alguien presente que pueda mover la mesa, por favor hágalo"[32].

Sus palabras traían un tufillo demasiado cercano a las supersticiones, aunque pronto comencé a entusiasmarme con los resultados que iba conociendo. Las primeras manifestaciones habían sido vibraciones de la mesa, para después balancearse sobre dos patas. Uno de los presentes comenzaba a recitar en voz alta las letras del alfabeto, y cuando la mesa caía de nuevo con las cuatro patas en el piso se anotaba la última letra nombrada. Volvía a balancearse y así podían formarse frases con las que el espíritu, o lo que fuera, intentaba comunicarse con los presentes.

Durante varios años, Feola, su esposa Olga y un pequeño grupo de amigos se habían reunido semanalmente, logrando resultados en ochenta y tres ocasiones, todas perfectamente fechadas y documentadas. Lo que más me impactaba era el relato de la mesa flotando en la habitación, que volví a leer hace poco: "*En ese preciso instante, la mesa levitó totalmente, todos nos paramos, la cadena no era necesaria. No sólo que la mesa flotaba en el aire con facilidad, sino que parecía amenazar con golpearnos. No me asusté en lo más mínimo (…). Pasé mis manos y mis pies por debajo de la mesa y alrededor de las manos y piernas de mis amigos. Convencido de la realidad de lo que estaba pasando, decidí tratar de parar la mesa, que seguía flotando a unos cuarenta o cincuenta centímetros del suelo. La tomé en el aire con mis dos manos y traté de hacerla tocar el piso. El efecto fue como el de un mosquito tratando de mover un*

[32] Feola, J. *El Grupo de La Plata*. Artículo inédito. Pp. 3 y 4.

elefante. ¡Absolutamente cero! ¡Era una fuerza poderosa! Cuando la mesa descendió por sí misma, paramos el experimento”[33].

Entusiasmado, comencé a buscar relatos de otros que hubiesen conseguido resultados similares. Pronto supe que este tipo de fenómeno había sido divulgado desde mediados del siglo XIX por el naciente espiritismo, con el nombre de “mesas parlantes”. Creían que de esa manera las almas de los fallecidos podían comunicarse con los vivos, demostrando y describiendo el mundo que esperaba después de la muerte. El espiritismo había nacido en Francia, en 1857, y había llegado a la Argentina con los inmigrantes. Rápidamente habían aparecido las primeras asociaciones integradas por buena parte de la intelectualidad porteña, atraída por hechos tan simples y a la vez tan prodigiosos.

Cosme Mariño, uno de los fundadores del diario La Prensa, y fue presidente de la asociación Constancia, inaugurada en 1877. De sus memorias pude rescatar una sesión, ocurrida en 1881, en la que participaron varios futuros próceres, como el general Gonzalo Bosch, el Dr. Luis V. Varela y el Dr. Victorino de la Plaza: “*La mesa comenzó por balancearse. Levantando una pata en el aire y en seguida la otra, de manera que su punto de apoyo era sólo la tercera pata; debemos advertir que la mesa era trípode* –puntualiza Mariño, ya que los espiritistas creían que una de las condiciones necesarias era utilizar mesas de tres patas– *en seguida se levantó el general Bosch, que como es público era un hombre mas alto que la generalidad y su grosura tampoco era común. La mesa en esos momentos permanecía levantada en el aire y únicamente gravitando sobre la tercera pata; extendió los brazos hacia arriba para poder tomar con sus manos aquella mole inquieta, y empezó*

---

[33] Feola, J. *Recordando a Fernando*. Comunicaciones de Parapsicología. Nº 18. Junio 2008. Pág. 34.

a hacer fuerza para colocarla al nivel del suelo, pero no lo consiguió. En seguida, ya alentado por su amor propio de hombre fortachón y acostumbrado a vencer, volvió a asirse de los bordes de la mesa, pero ésta hizo un movimiento brusco ascensional; y el general Bosch se había asido tan bien que se elevó junto con la mesa sin soltarla"[34].

Me asombrada la similitud de los informes a pesar de los años transcurridos entre ambos. Siguiendo el texto de Feola, me enteré que ya desde 1947 había funcionado en la misma ciudad otro grupo similar aunque mucho más avanzado en términos de resultados. "*Se reunían semanalmente Mischa C., notable matemático de fama internacional y director espiritual del grupo; Guillermo R. y su hermano Rodolfo, también distinguido matemático (desaparecido cuando mucho se esperaba de su talento); Álex Beltrán, educador; y Alfredo Casey, conocido escritor, poeta y dramaturgo* –enumeraba, tratando de resguardar los apellidos de quienes no consideraran oportuna la divulgación de aquellas actividades.

Más adelante rememora cómo Guillermo R., compañero suyo en el Servicio Militar, le da la primera noticia de aquel otro grupo–. "*Lo que había pasado era que, luego de despertar entre pesadillas en el cuartel, me contó que una mesa grande y pesada con la cual operaban en una habitación de más o menos seis por diez metros, había corrido sin control y bajo iluminación completa. Ni Mischa, quien dirigía la sesión y poseía grandes poderes de persuasión unidos a su voz de bajo, había podido detenerla por varios interminables minutos. También me enteré de los experimentos que Mischa había realizado durante su estadía en Montevideo, donde lograron una materialización completa, si bien inesperada. Con el consiguiente pánico, todos los integrantes del grupo corrieron a la calle con el fantasma por detrás, hasta que la aparición se extinguió.*

---

[34] Mariño, C. *El Espiritismo en la Argentina*. Editorial Constancia. Buenos Aires. 1963. Pp. 75 y 76.

Según la versión que me dio Guillermo, el fenómeno fue publicado en los diarios de Montevideo"[35].

Al principio Feola se negó a darme más datos. "*Le aseguro que no ganará nada entrevistándolos. Sería mejor que lea mucho y piense sobre el tema",* recomendaba, logrando que aumentara mi desconfianza. Sin embargo poco a poco, de una manera o de otra, pude ir conociendo personalmente a varios de los integrantes de ambos grupos. Debo admitir que muy en el fondo deseaba que me confesaran que todo aquello no había sido más que una broma o el argumento de una película de terror; sin embargo todos me confirmaron los resultados, cada uno desde su lugar de observación y hasta donde les permitía la memoria, aportando a veces nuevos detalles. Las divergencias aparecían a la hora de opinar sobre el origen de la fuerza interviniente, ya que estaban los que adherían a la hipótesis espiritista, mientras que otros preferían pensar en formas de influencia psicokinética, de alguno o de todos los presentes.

Paralelamente y casi por casualidad, revisando papeles viejos, me detuve en una primera lista de autoridades del Instituto Argentino de Parapsicología, fundado en 1954. Pude averiguar que entre los miembros de la *sección físico-matemática*, figuraba el nombre de un profesor de matemáticas llamado Mischa Cotlar. No era difícil concluir que se trataba de la misma persona que Feola escondía como "Mischa C", detalle que también me confirmaron otros entrevistados. Entre los artículos de Mischa, pude encontrar cinco firmados entre 1949 y 1954 en colaboración con Rodolfo Ricabarra[36], seguramente el otro matemático citado con el nombre de pila, cuyo hermano terminó siendo Guillermo Ricabarra, el Guillermo R. del

---

[35] Feola, J. *Artículo inédito*. Pp. 1 y 2.

[36] Lima de Sá, E. y Recht, L. *Mischa Cotlar, Notas Biográficas y Bibliografía*. Asociación Matemática Venezolana. V I Nº 1. 1994. Pp. 79 y 80.

texto. Como en el juego del dominó, cada ficha iba encajando con la siguiente sin tener que forzar la situación.

Me fue imposible hablar con Guillermo, muy enfermo a raíz de las radiaciones recibidas en su trabajo como físico en la Comisión Nacional de Energía Atómica; pero su esposa me acercó el valioso teléfono de Mischa en Caracas. Después ocurrió lo que ya les conté: el envío de la carta, la confirmación de su interés y la disposición a encontrarnos en Buenos Aires.

“Saludos al pianista”

Había llegado a la cita con tiempo de sobra, así que aproveché para conocer de afuera el lugar donde se alojaba Mischa cuando estaba en Buenos Aires, un complejo de departamentos cercano. Después volví hasta la esquina; y como seguía siendo temprano, caminé de una punta a la otra de la cuadra repasando mentalmente mis preguntas. Estaba ansioso.

Unos minutos después de la hora pactada distinguí que se acercaba por Santiago del Estero un anciano alto, de paso lento pero todavía atlético, mirando todo a su alrededor con gesto de satisfacción; avanzaba levemente encorvado, bamboleando su brazo izquierdo por detrás de la espalda. Vestía un camisaco pasado de moda hacía mucho tiempo, idéntico a los que usaba mi padre. Lo miré de arriba a abajo, con la impunidad que me brindaba el anonimato, mientras aseguraba para mis adentros: “*Si este viejo es Mischa, prometo nunca más tratar de adivinar la actividad de una persona por su aspecto”*. Y así tuve que hacerlo, porque Mischa estaba delante de mí.

Cuando le dije que era el amigo de Feola me abrazó y me agradeció que estuviera allí como si acabara de salvarle la vida. Aunque sabía que era extremadamente humilde y amigable con todos, su actitud incrementó un poco más mi desconcierto. ¿Quién era yo para que me tratara de

esa manera? pensaba casi avergonzado, mientras recorríamos la interminable distancia hasta el café.

La cosa empezó complicada. Después de una breve introducción mía esperaba casi un monólogo de su parte, que guardaría para siempre en mi grabador a cinta; pero Mischa no parecía dispuesto a hablar. Lo primero que mencionó fue que él no sabía nada y me pidió que le contara mis experiencias, ya que yo era un especialista en el tema: algo decididamente absurdo. De pronto evoqué un párrafo de su carta: "*Tan sólo me temo que espere una guía de alguien que no sabe más de lo que usted ya conoce. Tengo algún que otro recuerdo de instrucciones que me dieron hace tantos años, pero no sé si esto será de alguna utilidad, y no quisiera que usted sufra una desilusión*".

Él insistía en que no era más que un aprendiz y el silencio se instalaba entre nosotros. Miraba sobre mi cabeza cada tanto, como si hubiese algún extraño cerca. "*¿Estará tratando de percibir mi aura* –recapacité, muy cerca ya de perder la compostura– *o dudará en contarme recuerdos que considera secretos?*". En aquellos primeros minutos terminé contándole todo lo que sabía y planteando todas las preguntas que traía preparadas, una tras otra, sin obtener respuesta para ninguna, como si estuviera delante de alguien que apenas entendía mi idioma. De a poco se fue animando, hasta que se entabló la verdadera conversación. Con su voz apagada, casi murmurando, me refirió lo ocurrido durante dos veranos en Punta del Este, entre 1934 y 1935. Su imborrable acento ruso colaboraba para darle al acontecimiento una pizca más de misterio:

"*El profesor Laguardia, que era mi maestro de matemáticas, me había conseguido un trabajo como pianista en la orquesta del hotel British. Tocábamos música clásica hasta después de la medianoche. Un día el director contrató un nuevo violinista que vivía en Montevideo. Mandó un telegrama para que lo fueran a esperar al puerto, con una extraña posdata: 'Saludos al pianista'. El pianista era yo, por*

supuesto, pero no tenía ni idea de quién se trataba.”. Era el inicio de una crónica que había marcado su vida para siempre.

Mischa quiso ir a recibirlo en persona, con la única referencia de que vendría con su instrumento debajo del brazo. Mientras esperaba que el barco terminara de amarrar, distraído, rodeado de gente que se apiñaba sobre el muelle, llamó su atención una persona que desde la cubierta lo saludaba con entusiasmo. Primero creyó que lo confundía, pero al bajar a tierra pudo verle el violín y así reconocerlo.

El recién llegado lo abrazó como a un viejo amigo, y a modo de oscura presentación le anunció que venía por él y por otros. En el viaje hasta el hotel si bien sintieron una mutua simpatía comenzó a dudar del buen juicio de su nuevo compañero, ya que le hablaba de cosas ininteligibles. A los 20 años para él no había más misterios que la música, el ajedrez que su padre le había enseñado a amar y las matemáticas. Durante la noche ambos se ganaban la vida tocando en la orquesta y por el día el violinista intentaba iniciarlo en “materias misteriosas”. Al principio se resistía a entrar a ese nuevo mundo, pero no sólo lo trataba de convencer con argumentos sino que certificaba sus palabras con prodigios.

Una tarde estaban sentados a la sombra de un árbol, en una plaza. Después de que alguien pasara delante de ellos, el violinista le aseguró: “*Mirá cómo consigo que esa persona se dé vuelta*”, e inmediatamente el aludido giró compulsivamente la cabeza para luego seguir su camino. En otra ocasión, al ver caminando a cierta distancia a un conocido hizo que se tropezara sin ningún motivo aparente. Cuando Mischa se quedaba solo, su mente rigurosa buscaba hipótesis normales para entender la extravagante conducta: ¿Loco? ¿Ilusionista? ¿Hipnotizador? ¿Tramposo? pero nada podía explicar lo que venía presenciando.

Durante otro paseo encontraron un perro mal herido, a punto de morir. El violinista lo levantó y lo llevó a la

pensión. Esa noche se despertó al escuchar un terrible aullido en la habitación contigua. Como no ocurrió más nada se durmió pensando que el animal había acabado de morir. Sin embargo a la mañana siguiente lo pudo ver sano y jugando, como si nunca le hubiese pasado nada: se había curado en una sola noche.

Las maravillas continuaron. Un mediodía, antes de ir juntos a la playa, el violinista le anticipó: "*Yo me adelanto. Vos escribí un número y una palabra en un papel, guardalo bien en tu habitación, cerrá con llave y alcanzame*". Después de hacer lo que le indicó estuvieron un rato largo bañándose en el mar. Más tarde, mientras tomaban sol y descansaban, el violinista tomó con su mano el dedo índice de su compañero, y escribió en la arena blanca el número y la palabra que Mischa ya casi había olvidado.

Las evidencias terminaron por acorralarlo. Desde entonces también él comenzó a hacer preguntas. Fue así que se enteró de la existencia de personas especiales, que a su amigo le gustaba llamar *mediums*, y de secretas instrucciones basadas en técnicas de Yoga para desatar y controlar sus habilidades. El nombre del insólito compañero resultó ser César Della Rosa. Había nacido en París en 1901, y después de la Primera Guerra Mundial inició un largo periplo por Oriente conociendo a diversos maestros, entre ellos a Sri Ramana Maharishi. Había sido miembro de escuelas esotéricas en India, Nepal y Tíbet; de una de ellas adquirió el nombre de iniciado con el que gustaba hacerse conocer: Asuri Kapila.

Della Rosa había llegado al Uruguay poco antes de los hechos narrados con la intención de crear instituciones que difundieran el budismo y el Yoga, ayudándose con personas que tuvieran características similares a las suyas. Hacia esa meta iba dirigido todo el trabajo sobre Mischa, pero también sobre otros miembros de la orquesta y del pueblo, con los que trataba de relacionarse. Cuando tuvo un pequeño grupo convencido comenzó con la segunda parte

de su plan, que era la organización en su dormitorio de sesiones de mesas parlantes. Mischa me contó que a la primera de ellas se negó a asistir, pero cambió de idea luego de escuchar el relato que le hiciera su compañero de habitación al día siguiente.

Una tenue luz roja invadía la sala permitiendo ver con nitidez el rostro de los asistentes, que sentados alrededor de una mesa grande y redonda permanecían en silencio, con las manos apoyadas sobre el tablero. Al poco tiempo Della Rosa caía en una especie de sueño y comenzaban los raps[37], los efectos luminosos y el movimiento de pequeños objetos; hasta que finalmente la mesa levitaba y podían prenderse las luces a pleno, para que no quedara duda de lo que estaba ocurriendo. Solía flotar durante algunos minutos por sobre la cabeza de los presentes, que estaban obligados a ponerse de pie y elevar sus brazos para mantener el contacto; después lentamente descendía.

Las sesiones se repetían cada noche con más éxito. La noticia corría de boca en boca y había muchos que querían "conversar" con la mesa utilizando el método tradicional del alfabeto, aunque no dijera nada nuevo ni se comunicara con nadie conocido; también solían caer, como venidos de la nada, papelitos con mensajes. En los alrededores se hablaba del "músico–brujo", hasta que la dueña de la pensión perdió la paciencia y los echó a todos, interrumpiendo así las prácticas.

Cuando terminó el verano y se despedían, Mischa le preguntó a Della Rosa si podría repetir las sesiones sin su presencia. Le aseguró que sí, siempre que practicase las instrucciones que le dejaba; pero que debía estar atento a cualquier aviso de peligro. De vuelta en Montevideo pensó mucho en lo que había sucedido; comenzó a leer y a sorprenderse de que muchos, en otros tiempos y lugares, hubieran tenido experiencias similares a la suya.

[37] Golpes de origen desconocido.

Al año siguiente volvió a Punta del Este con el mismo trabajo y casi con los mismos compañeros, aunque esa vez el violinista de la orquesta era otro, nada menos que el después famoso Ian Tomasov. Pronto surgió la propuesta de repetir las sesiones y ante los primeros intentos volvieron a producirse los mismos resultados. Mischa mencionó algunos hechos que le habían llamado especialmente la atención. Como el caso de un fotógrafo que pidió se impresionara una placa fotográfica que había sellado deliberadamente, quedando sorprendido de que el fenómeno se produjera. Ante otra solicitud del nuevo violinista, se escucharon sonar las cuerdas de su instrumento mientras permanecía encerrado en su estuche, para aparecer después fuera, sobre la mesa, sin que nadie pudiera notar cómo había ocurrido.

Mischa trataba de generar pequeñas estrategias que le permitieran entender un poco más lo que estaba ocurriendo. Una mañana se internó solo en un bosque cercano, subió a un árbol y marcó una ramita, de modo de poder identificarla. Durante la sesión de la noche pidió que se la trajeran, y la ramita apareció sobre la mesa. Tal vez el fenómeno más extraordinario fue la aparición de manos que flotaban sin sus cuerpos, con una consistencia y temperatura similar a la de cualquier miembro humano vivo, acercándose y tocando a los presentes. Uno de ellos, dudando de la autenticidad, o quizá de su sano juicio, se abalanzó sobre una de ellas y la sujetó fuerte sin poder evitar que se desvaneciera ante sus ojos.

Cada noche, igual que el año anterior, llegaba más gente y las manifestaciones se hacían más violentas e ingobernables. En la que sería la última sesión comenzaron a caer papelitos con la leyenda “corten”, pero los asistentes estaban muy excitados y en lo que menos pensaban era en suspender. Hasta que en el fondo de la habitación apareció una figura que no podía confundirse con ninguno de los presentes, ya que emitía una luz particular y sus bordes eran

vaporosos. Todos se levantaron asustados y corrieron hasta la calle en medio de gritos y ruidos.

Las instrucciones

La conversación terminó casi simultáneamente con el casete de dos horas que giraba en mi grabador. El tiempo había transcurrido vertiginoso. Miré por la ventana y regresé de golpe al mundo de las leyes naturales habituales, esas que explican por qué los fresnos de las veredas florecen siempre en primavera y las piedras caen invariablemente hacia abajo cuando se las deja libres.

Era la primera vez que trataba con este tipo de fenómenos, mucho más movilizadores que las clarividencias o las premoniciones; además, habían sido relatados por alguien extremadamente racional, acostumbrado al análisis de variables, perspicaz y profundo, como también lo era Feola, y como parecía haber sido Mariño. ¿Era posible que estuvieran todos igualmente confundidos, que se tratara de simples neuróticos que disfrutaban fabulando? ¿Y qué decir del resto de los entrevistados?

La única posibilidad de aumentar la calidad de la prueba era poder presenciar esos prodigios. Mischa me había asegurado no conocer ningún grupo que estuviera consiguiendo los mismos resultados en ese momento. La siguiente consulta era cómo producirlos, cuáles eran las condiciones necesarias para que se desataran aquellos torbellinos que estaba dispuesto a verificar en persona.

Durante aquel mes volví a encontrarme con él tres veces más, en una de ellas acompañado por Álex Beltrán, otro de los testigos mencionados que vivía en Buenos Aires. Debo reconocer que en todo ese tiempo nunca conseguí avanzar ni un centímetro hacia mi principal objetivo, que era entusiasmarlo para volver a poner en marcha su grupo, con algunos de los viejos miembros que andaban por ahí o con otros nuevos, entre los que desde ya me incluía; o en última

instancia fundar uno yo mismo, siguiendo sus instrucciones, esas mismas que había mencionado en su primer carta.

Cuando lo consultaba por esas instrucciones me parecía que se sentía incómodo, tratando de escapar de mi asedio, como si hubiese algo que no le permitiera hablar. ¿Existirían instrucciones secretas, sólo revelables a iniciados que cumplieran determinadas condiciones? ¿Se había excedido al mencionar aquella palabra, a la que me aferraba como un náufrago a su salvavidas?

Después de mucho insistir, de mala gana (si es que Mischa podía hacer algo de mala gana), me enumeró algunos detalles a tener en cuenta, como actuar lejos del ruido de la ciudad, no fumar durante las reuniones y cosas por el estilo; pero lo imprescindible era contar con un médium. Esa palabra se utiliza, igual que la palabra psíquico, para referirse al que produce fenómenos más o menos a voluntad. Sin embargo cada una de ellas remite a una hipótesis distinta y hasta antagónica. El psíquico produciría los fenómenos por sí mismo, mientras que el médium lo haría a través de la intervención de un espíritu desencarnado, el alma de una persona fallecida que seguiría existiendo de alguna manera. A Mischa le gustaba la palabra médium así que la usaré cuando mencione opiniones suyas, aunque yo prefiero hablar de psíquicos. ¿Ustedes ya tienen una opinión formada al respecto?

El grupo de Feola había tenido su psíquico, llamado Fernando del Mármol, ya que nada había ocurrido durante más de un año de ensayos hasta que él empezó a asistir. Otro psíquico fue sin duda Della Rosa; y también Mischa, que pudo repetir los fenómenos de Punta del Este una vez que su amigo ya no estaba. Cuando se le preguntaba sobre su mediumnidad, insistía en que Della Rosa se la había descubierto y que había podido desarrollarla con técnicas de Yoga. Por otra parte, el principal motivo para no querer rearmar el grupo era, según decía, que "*ya no tengo más mediumnidad. Llegó un momento en que me traía muchos*

problemas; me molestaba mucho conocer intimidades o hechos futuros de cualquier persona que estuviera cerca. Por eso le pedí a Kapila que me curara; y así lo hizo, a distancia, y me ayudaron otros ejercicios de Yoga".

Della Rosa fundó en Montevideo el Grupo Independiente de Estudios Esotéricos (GIDEE), la Ramana Ashram, primera escuela de Yoga sudamericana, y la revista La Iniciación, en la que Mischa también escribió algunos artículos. Revisando sus páginas pude encontrar un "Curso Progresivo de Asana Yoga" escrito por Asuri Kapila, aparecido por capítulos durante doce números mensuales entre 1942 y 1943.

Allí puede leerse que el Yoga es una ciencia enseñada y practicada desde por lo menos siete siglos antes del nacimiento de Cristo. Nacida en la ciudad de Benares pudo conservarse hasta la actualidad gracias a que los maestros "*se han retirado silenciosamente más allá de los Himalayas, en lugares más seguros y verdaderamente inaccesibles al profano*"[38]. Más adelante, al describir los grados que ostentan los yoguis, nombra en segundo lugar al "*Madhupratika, aquél que ha alcanzado el estado de Ritamharaprajna, es decir la conquista de los Siddhis*"[39], que no son otra cosa que la capacidad de producir fenómenos paranormales. Y por si quedara alguna duda, al mencionar las etapas de la enseñanza del Yoga, agrega: "*La séptima etapa es conocida como Kundalini-yoga, y es el poder de la vida, una de las fuerzas de la Naturaleza, el poder que engendra una luz misteriosa y poderosa que predispone al desarrollo espiritual y clarividente (…). Una vez desarrollado este poder, se puede crear y también matar*"[40].

---

[38] Kapila, A. *Curso Progresivo de Asana Yoga*. Revista La Iniciación. Año 1 Nº 1. Mayo de 1942. Pág. 25.
[39] Kapila, A. *Curso Progresivo de Asana Yoga (continuación).* Año 1 Nº 2. Junio de 1942. Pág. 51.
[40] Kapila, A. *Artículo Citado*. Junio de 1942. Pág. 52.

Hasta antes de conocer a Mischa, había supuesto que las capacidades de los psíquicos eran innatas. Se nacía psíquico como se nace músico, pintor, introvertido o futbolista. Sin embargo los últimos relatos me hacían retroceder a los tiempos de mis tardes en la Biblioteca Teosófica. ¿Era entonces cierto, al menos en algunos casos, lo que contaban aquellos libros y aquellos conferencistas? ¿Existían en algún lugar maestros como Della Rosa, que conocían el secreto para ser psíquico, o médium? ¿Era el Yoga el que entregaba las llaves para producir fenómenos a voluntad?

A favor de esta última hipótesis también se sumaba Álex Beltrán. Su verdadero nombre de pila era Julio, y además del título de maestro con que lo mencionaba Feola había terminado su licenciatura en filosofía muchos años antes. Si bien coincidía con los demás compañeros sobre la realidad de lo producido en La Plata ("*yo llegué a pensar que alguien nos estaba hipnotizando, pero esa idea después fue insostenible*"), era extremadamente escéptico para aceptar cualquier explicación espiritista. Pero cuando lo consulté sobre la relación con el Yoga, en lugar de reírse burlonamente como ya lo había hecho ante otras consultas, cambió de tono y me disparó: "*Te voy a decir una sola cosa y no quiero ninguna pregunta después. Nunca me voy a olvidar del poltergeist que se produjo en mi casa después de practicar algunas posturas de Yoga que nos había enseñado Kapila. Mesas, sillas, cuadros, todo se movió durante unos días. Nunca más quise saber nada del asunto*".

¿Era posible que cualquiera pudiera desencadenar fuerzas tan sorprendentes y vigorosas? Pensé mucho sobre el tema y sentí bastante culpa por desmerecer lo aprendido en los libros ocultistas. ¿Vivirían aún, más allá de los Himalayas, maestros que nos pudieran convertir en psíquicos? ¿Había sido Della Rosa uno de ellos, a quien enviaron a Sudamérica como una especie de misionero? ¿Dónde encontrar a otros como él? me preguntaba, mientras caminaba sin rumbo, sobresaltándome cada tanto al leer

algún cartelito que ofrecía: "*Cursos de Yoga, lunes a viernes de 18 a 20 Hs., precios módicos*".

Otras veces, en cambio, volvía a creer que los psíquicos poseían condiciones innatas. Al fin de cuentas, argumentaba para mis adentros, ni Feola ni Fernando del Mármol mencionaron ninguna práctica de Yoga y sin embargo habían conseguido resultados similares. ¿No sería que el Yoga funcionaba en realidad como una gran sugestión, logrando resultados sólo en aquellos que creían en él y que ya traían condiciones desde su nacimiento?

No tengo mucho más para agregar, ya que quedé enredado desde entonces en esta maraña de proposiciones. El camino de los fenómenos físicos es extremadamente extenso; en todo el mundo y en todas las épocas podrán encontrar testimonios semejantes a los que escuché. Si pueden estar seguros de algo no dejen de comunicármelo.

Della Rosa falleció de un cáncer de estómago en 1955. Ese mismo día, en su casa aparecieron dos personas vestidas al estilo hindú, diciendo que venían a buscar un misterioso baúl. Por su parte Mischa sobrevivió hasta el 16 de enero de 2007, llevándose el secreto de las mesas parlantes; y por si faltaba algo, prometió a su mejor amigo enviar desde el más allá, si era posible, un mensaje para probar la realidad de la vida después de la muerte. Por entonces Internet se llenó de homenajes; se reproducían viejos reportajes, fotos y anécdotas de gente que lo había conocido. Muchos recordaban su compromiso permanente en favor de la paz mundial y contra todo tipo de dictaduras. De hecho una de sus últimas actividades fue el "Proyecto para la Preservación de la Unidad Ciencia-ética (PPUCE), desde donde se instaba a todos los científicos del mundo a dejar de colaborar con la industria armamentista.

Pero el recuerdo que más me llamó la atención fue el escrito por uno de sus ex alumnos, ocurrido en 1962 cuando Mischa era profesor en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires: "*Tengo una*

anécdota que dudo en contar porque puede parecer increíble, pero bueno, ahí va. Como todo pichón de matemático tuve una idea para intentar demostrar el último teorema de Fermat. Lo escribí y se lo llevé a Mischa (todavía conservo el original). No me dijo que estaba loco ni mucho menos; se puso a estudiarlo y me dijo que lo viera en una semana. Fui, golpeé la puerta, me dijo 'pase' con una voz media rara; abrí y estaba cabeza abajo, en posición de Yoga. Luego me contó que lo usaba con frecuencia cuando quería pensar en algo difícil"[41].

[41] Scolnik, H. *Recuerdos de Mischa Cotlar.* Revista Ciudad de Arena. En www.ciudaddearena.org/059.

6

ENRIQUE MARCHESINI, PSICÓMETRA DIPLOMADO



El Pequeño monje: Dicen que hay cierta felicidad en la duda.
Me pregunto por qué.

G*alileo Galilei*. Bertolt Brecht

ENRIQUE MARCHESINI, PSICÓMETRA DIPLOMADO

Podría haber entrado con los ojos vendados e igual hubiese adivinado que estaba en una biblioteca, guiado por su olor inconfundible de muebles muy limpios y libros llenos de polvo. Podría haber ido un poco más lejos y hasta arriesgar que se trataba de un edificio antiguo, ayudado por el crujir del piso de pinotea bajo mis zapatillas y el aire fresco que contrastaba brutalmente con el calor húmedo de las calles. Pero si me preguntaban por el título de la enciclopedia que estaba sobre el escritorio o por la cantidad de hijos que tenía uno de los lectores presentes, habría tenido que admitir que sólo se trataba de un juego. Para eso era necesario un psíquico de los grandes, como los que habían estado en ese mismo lugar 75 años antes.

Cuando entré en la Biblioteca Popular Vélez Sarsfield del barrio General Paz, en la ciudad de Córdoba, pregunté por el registro de conferencias de 1931, aunque sabía que era casi imposible conseguirlo. En el otoño de aquel año había estado allí la famosa psicómetra italiana Irma Maggi. Tenía 49 años, hacía sólo cuatro que había llegado al país y se ganaba la vida con sus charlas y sus demostraciones.

Lo más interesante llegaba al final de sus conferencias. Sostenía uno a uno los objetos que los presentes habían previamente depositado en un recipiente, e iba revelando características del carácter o del físico de sus dueños; a veces también alertaba sobre situaciones que les ocurrirían en el futuro. Pero ese día sucedió algo más. Sintió un fuerte escalofrío, miró a su alrededor en silencio como buscando algo invisible y luego declaró: “*En la sala hay una persona que es más poderosa que yo. El que me dio este anillo, si no quiere hacerse presente ahora puede verme después. Pero esta persona tiene un poder superior al mío*”.

El aludido era un muchacho que estaba en la última fila, medio escondido después de haber ingresado presentando un carnet falso que lo acreditaba como

periodista del diario local Los Principios. No lo había hecho porque le faltara dinero, sino porque se habían agotado las localidades y no se había querido perder el acontecimiento por nada del mundo. Se llamaba Enrique Marchesini y buscaba respuestas a lo que le venía sucediendo desde hacía mucho tiempo, pero sobre todo desde que había sufrido un fuerte traumatismo en su columna vertebral. Una vez más se repetía la clásica escena, en la cual un psíquico experimentado reconocía a otro que recién se iniciaba. Cuando se fue el último espectador ambos conversaron largamente, casi con seguridad en alguno de los bancos en que yo estaba sentado en ese momento, mientras recreaba para mis adentros esta anécdota.

Fue imposible conseguir registros de aquella conferencia; sin embargo logré interesar a la bibliotecaria, quien me confió el primer testimonio directo que escuché sobre Marchesini: "*Una vez mi papá lo fue a consultar por un tío que estaba enfermo. Le dijo que no tenía nada grave, que se quedara tranquilo. Y cuando se iba, le dice que el que sí estaba grave era él. Entonces mi papá le dice que no podía ser, que estaba sano y que no le dolía nada. Y le contestó: 'No, usted está muy grave porque abandonó la facultad, y eso no debió haberlo hecho'. Y tenía razón*".

Después me enteré que aquel barrio era en el que había vivido toda su vida Marchesini, y en el que todos tenían alguna historia para contar, considerándolo un verdadero santo popular. Hasta pude leer en una obra dedicada a la historia local, que "*no era curandero, no se asemejaba absolutamente en nada a los 'charlatanes' de hoy y de antes también, que publican avisos en los diarios prometiendo curas milagrosas a cambio de gruesas sumas de dinero, embaucando la fe pública. Marchesini 'diagnosticaba' con una exactitud y precisión asombrosas, la enfermedad que padecía quien iba a verlo, o con la simple*

exhibición de una prenda del enfermo llevada por otra persona"[42].

Me fui satisfecho, con la promesa de llevarles un ejemplar del libro que escribiría. Mi estadía en la ciudad comenzaba con fortuna. Había llegado siguiendo pistas prometedoras: "*Hay sólo una decena de clarividentes reconocidos en el mundo, y Marchesini era uno de ellos*"[43], había declarado el historiador Alejandro Moyano Aliaga en un reportaje. Y José Álvarez López, un perseverante buscador de psíquicos, ratificaba "*haber gozado de la amistad de un psicómetra de Córdoba (Argentina) llamado Enrique Marchesini, que es el individuo mejor dotado de poderes Psi que he conocido en mi vida*"[44]. Al asomarme a la vereda me esperaba un vaho pegajoso que me acompañaría durante los tres días que durara mi trabajo de campo, pero ya aseveran los mayores que la sarna con gusto nunca pica.

Lecciones de anatomía

El dato sobre el encuentro en la biblioteca me lo había enviado por carta Miguel Ángel Barrigó, un librero jubilado de 82 años que había sido amigo personal de Marchesini. Sentado en el coqueto living de su departamento de la calle Santa Rosa, me contó cómo estuvo a punto de salvar la vida de su padre, en 1935: "*Estaba cada vez peor y le decían que no era nada, le daban purgas y enemas y resulta que era apendicitis. Mamá se enojó con los médicos de Cosquín y decide traerlo al Hospital Español de acá. Mientras lo llevan al hospital, una tía mía lo va a ver a Marchesini y le lleva una prenda de papá. Ni bien tocó la prenda dijo: '¿Quién fue la bestia que lo ha matado? Si me*

---

[42] Acevedo, J. *El Barrio General Paz en el Siglo XX*. Editorial Anabasis. Córdoba. 2004. Pág. 25.
[43] Bertino, R. *La Salud en Otras Manos*. Diario La Voz del Interior. 22 de mayo de 2005. Pág. 116.
[44] Álvarez López, J. *Avances en Yoga*. Editorial Kier. Buenos Aires. 1995. Pág. 153.

consultan un día antes lo salvamos. Ahora tiene los intestinos perforados, tiene horas de vida'. Y se fueron todos al hospital y estuvieron con papá, que murió cinco o seis horas después".

Enrique Marchesini había nacido en Cosquín, el 8 de diciembre de 1906. Siendo niño sus padres se mudaron a la ciudad de Córdoba donde compraron una casona, hoy demolida, en la esquina de 24 de Setiembre y Jacinto Ríos. Su infancia y adolescencia transcurrieron como las de cualquier otro chico sano y alegre. Siempre fue reacio al estudio, por lo que doña María, su mamá, debió esforzarse para que terminara el colegio secundario. Tampoco parecía interesarle el progreso económico. Colaboraba en el emprendimiento familiar que funcionaba en el fondo de la casa, donde se fabricaban tintas y lacres; ante la insistencia de los mayores, conseguía algún trabajo circunstancial sin gran entusiasmo. No lo atraía la lectura ni la religión católica en la que había sido bautizado, que aceptaba sólo como una costumbre familiar.

Su vida transcurría sin grandes proezas ni sobresaltos y parecía destinado a dejar pasar el tiempo sumergido en el anonimato. Cuando le pregunté a Barrigó sobre las primeras manifestaciones de su amigo, recordaba lo que le había contado alguna vez, ocurrido cuando tenía doce años, durante el regreso de un viaje a Europa que había hecho con su padre. Mirando por la baranda del barco, de repente Enrique, sin saber por qué, le dijo que su abuela había muerto. El padre lo recriminó duramente, ya que cuando partieron estaba en perfecto estado de salud. Sin embargo, al llegar a puerto los esperaba la noticia del fallecimiento.

Este tipo de manifestaciones aisladas, igual que la costumbre de adivinar las calificaciones de sus compañeros de colegio antes de que los profesores las divulgaran, eran consideradas simples coincidencias. La verdadera explosión se produjo a partir de 1929. Durante un viaje en auto junto a

sus dos hermanos varones, chocaron yendo hacia la localidad de Alta Gracia, siendo él el único herido. A raíz del golpe sufrió una subluxación de cervical baja, con compresión medular, de la que quedó con una pequeña protuberancia y una leve inclinación de cabeza hacia delante, que sólo descubrían los que lo conocían bien. A partir de entonces, las conductas esporádicas se transformaron en habituales y su vida comenzó a girar alrededor de su clarividencia, que con la práctica aprendió a manejar casi a voluntad.

Una de las primeras personas a quien le comentó sus habilidades fue su abuelo paterno, al que apreciaba particularmente. "*Pero el nono, que era un personaje divino, le decía: 'Salí, macaneador', y cosas por el estilo* –recuerda entusiasmado Barrigó–. *Pero Enrique lo desafió. El nono tenía un baúl que había traído de Italia, siempre cerrado con llave, que nadie revisaba. Y un día le dijo todo lo que había dentro, cosa por cosa. Entonces el nono le dice: 'Bueno, ya que sabés tanto, decime qué tiene tu hermana'. Olga, la del medio, se había hecho ver por los médicos y no daban con lo que tenía, dolores, qué sé yo. En ese momento pasa, Enrique le toca la ropa y dice: 'No, lo que tiene es apendicitis, pero tiene el apéndice mal ubicado y no se lo detectan'*", afirmación que fue confirmada poco después.

Su fama pronto se extendió por toda la ciudad. Algunas de sus proezas fueron difundidas en los diarios locales, como el hallazgo de las llaves de la bóveda de un banco, cuyo tesorero había perdido y sin las cuales la institución no podía operar. También recibía pedidos para localizar personas desaparecidas y propuestas sospechosas o relacionadas con acciones ilegales o inmorales. Irma Maggi fue quien lo convenció de dedicarse profesionalmente sólo a diagnosticar enfermedades.

Poco a poco comenzaban a formarse largas colas delante de su domicilio para buscar turno. Su método de trabajo era simple: El consultante ingresaba y le entregaba la

prenda. Marchesini prefería que el enfermo no asistiera para no sentirse influenciado por el aspecto, o por si tenía que comunicar malas noticias. Mientras tocaba la prenda leía algunas líneas en un pequeño libro de versos, como pretexto para concentrarse unos segundos. Inmediatamente indicaba datos generales sobre el dueño de la prenda como para asegurarse de que estaba en el camino correcto, y luego indicaba el diagnóstico, agregando recomendaciones a seguir y el pronóstico de la enfermedad. Pero nunca recetaba ni sugería nombres de médicos para visitar.

Su clarividencia se complementaba con conocimientos informales de anatomía y fisiología. Contra lo que han dicho, Marchesini nunca cursó en la Facultad de Medicina. Su sobrino Carlos Sueldo, médico, a quien visité junto a Barrigó, me reveló que lo que sabía se lo había enseñado otro médico en sucesivas clases particulares, "*como pago por haber resuelto un caso difícil en uno de sus pacientes*".

En ocasiones especiales utilizaba su extraordinaria habilidad con amigos o para convencer a escépticos con los que se topaba. Barrigó me relató lo ocurrido con el más famoso pediatra de Córdoba, el Dr. Benito Soria. Estando juntos en una reunión, Marchesini le preguntó si creía en lo que él hacía, y Soria le contestó secamente que no. "*Bueno, entonces le voy a hacer una demostración*", le dijo, mientras le pedía el reloj que llevaba colgado de su chaleco. A continuación le describió con detalle la historia del objeto, dónde lo había comprado y muchas de las circunstancias en que lo había usado. En todo estuvo de acuerdo su dueño, salvo al escuchar que el objeto en una ocasión había estado en manos de la justicia y había sido rescatado por un familiar. "*Acá se equivocó* –le retrucó el médico– *porque nunca me desprendí de él, siempre lo tuve yo*". La incógnita terminó cuando Soria llegó a su casa, ya que su hermano recordó la detención que había sufrido poco después de la revolución de 1930, durante la cual había sido despojado de

sus efectos personales que había ido a retirar a la cárcel ese mismo hermano.

Marchesini trabajó durante más de cuarenta años con el mismo método y en el mismo domicilio, con la humildad de cualquier médico de barrio. Entregaba turnos por anticipado y cobraba tarifas módicas, sin tentarse a construir alrededor suyo ninguna forma de culto ni institución, a pesar de la veneración de sus pacientes que cada vez llegaban de lugares más lejanos, trascendiendo la provincia y hasta el país. Incluso escuché voces no suficientemente corroboradas asegurando que antes de la Segunda Guerra Mundial habría visitado Europa, invitado por líderes políticos del momento.

Cuando el consultante ingresaba al consultorio podía observar, colgado de una de las paredes, un diploma oficial autorizándolo a realizar diagnósticos médicos. Las circunstancias en que ese diploma fue entregado a una persona sin título habilitante, quizá como único caso en el mundo, fueron más o menos así: "*Marchesini atendía una tarde en su consultorio y los pacientes ingresaban entregando la tarjeta –como era de rigor– cuando se apersonaron tres hombres de edad mayor, con aspecto de funcionarios públicos",* comienza relatando Álvarez López en su libro. Se trataba nada menos que del presidente del Consejo de Higiene de la Provincia de Córdoba junto a sus colaboradores, que llegaban para clausurar el lugar y levantar un acta por ejercicio ilegal de la medicina.

El acusado trató de defenderse, alegando que sólo diagnosticaba sin recetar ni hacer ningún tipo de tratamiento. "*Para acortar el diálogo* –continúa el autor– *dijo Marchesini a uno de los tres caballeros: 'Usted, señor Notario, tiene en el bolsillo de su chaqueta una carta dirigida a su esposa que ha olvidado de entregarle'... El aludido escribano dijo: 'Lo felicito por la vista, porque efectivamente tengo aquí la carta que me he olvidado de entregar'. Corrigió Marchesini: 'No es cuestión de vista; es la misma capacidad que me permite*

hacer diagnósticos y, si usted quiere, le leeré la carta que tiene en el bolsillo (…) *es de una amiga de su esposa que vive en la ciudad de Paraná. El texto no tiene importancia, pues no hay nada privado en ella. Si usted quiere se la dicto*'".

Para cerrar la cuestión, el empleado público le prometió que si le dictaba el contenido de esa carta, la abrían y ambos textos resultaban idénticos, él se comprometía a extenderle un certificado oficial para realizar diagnósticos. Así se hizo de inmediato, *y* "*al cotejar ambas lecturas* –concluye Álvarez López– *la carta dictada era facsimilar, con puntos y comas, del original*"[45].

Las cartas ocultas

Carlos Sueldo me confirmó la veracidad de la historia sobre el diploma oficial, y también reveló que su tío solía ensayar la lectura de cartas cerradas con familiares. Éste es un fenómeno muy poco conocido en la parapsicología, al menos hasta donde conozco. Suele intentarse la adivinación de fotos o de dibujos simples, letras o palabras sueltas, escondidas en sobre opacos. Tal vez las formas geométricas que se hicieron más famosas fueron las incluidas en las llamadas cartas Zener, hoy ya casi en desuso, que eran la cruz, el círculo, la onda, el cuadrado y la estrella. Cada una se repetía cinco veces hasta formar un mazo con veinticinco cartas.

Por supuesto que es infinitamente más sencillo predecir las cartas Zener y no el contenido de una carta familiar. Al conocer por anticipado las figuras que componen el mazo, ya el azar permitirá acertar una de cada cinco sin realizar ningún esfuerzo especial. Ustedes me dirán que, de acuerdo a los antecedentes, Marchesini siempre acertaría todas las cartas sin dudar. Por supuesto que sí, siempre que los relatos sean ciertos. Pero las cartas Zener no fueron

---

[45] Álvarez López, J. *Libro Citado*. 1995. Pág. 156-157.

inventadas para ensayar con psíquicos sino para evaluar las capacidades paranormales de las personas comunes, aquellas que deben abrir un sobre con vapor para poder leer su contenido sin que el dueño las descubra.

Parecería que la realización de diagnósticos a distancia, más la lectura de cartas familiares, fueran las máximas exigencias que podemos solicitar de un psíquico. Sin embargo les voy a relatar otra historia en la que también se utilizaron sobres cerrados, pero que parece superar a las anteriores. La había leído en el último libro de Álvarez López, así que ni bien llegué a Córdoba lo llamé por teléfono para conseguir una entrevista. Si bien de joven me había decepcionado al leer otros libros suyos que mezclaban el tema OVNI con la arqueología[46], al estilo del (tristemente) famoso Eric Von Daniken, al menos me alentó saber que había sido amigo de José María Feola, a quien respeto sin condiciones; también me enteré que era doctor en Química, pero ese dato aislado no me ayudaba demasiado.

Finalmente no pude conocerlo personalmente, aunque conversé largamente por teléfono en dos ocasiones. Me pareció que no tenía muchas ganas de que nos encontráramos a pesar de que declaraba ser "*el hombre que más sabe sobre Marchesini*". En realidad no debo decir "a pesar", sino "a causa de", ya que me confesó que tenía pensado escribir un libro sobre Marchesini, y era obvio que no me iba a regalar graciosamente ninguno de sus recuerdos inéditos. De todas maneras, conseguí que me volviera a contar la que llamo "historia de la confitería Real", lugar en el que muchas veces estuve esperando que se hicieran las cinco de la tarde, aunque con menos ansiedad que la que describe Álvarez López.

Todo comenzó cuando junto a otros dos jóvenes, visitó a Marchesini para que le hiciera premoniciones. El

[46] Álvarez López, J. *El Secreto de la Gran Pirámide*. Editorial Kier. Buenos Aires. 1974.

psíquico se encerró en una habitación llevando un pañuelo del visitante y después de un buen rato volvió con un sobre cerrado, en cuya portada decía: "*José, abrir el 12 de abril a las 17 horas*", fecha para la que aún faltaban dos semanas. A los pocos días debió viajar de improviso a Buenos Aires, aunque recordó llevar el sobre consigo. Llegada la fecha, una hora antes de lo indicado se encontraba realizando trámites en el microcentro. Inquieto, decidió comprar un diario vespertino y esperar sentado en la confitería Ideal, una de las más grandes y lujosas de la ciudad, que aún hoy permanece funcionando, cerca de la esquina de Corrientes y Suipacha. "*A la hora en punto* –concluye– *rompí el sobre con la cucharita y encontré un papel cortado que decía, con caligrafía normal y grandes caracteres: José, en este momento estás en un enorme café en Buenos Aires*"[47].

Todavía me faltaba escuchar muchas otras anécdotas, sobre todo de parte de Barrigó. Habíamos acordado pasar juntos mi última mañana en la ciudad revisando ejemplares antiguos del diario La Voz del Interior, para tratar de encontrar noticias sobre Marchesini. Mientras iba a su encuentro de repente me di cuenta de que me había perdido, desconcertado entre las diversas peatonales. Como era temprano decidí caminar sin rumbo fijo, gozando de las enredaderas de Santa Rita que cruzaban de vereda a vereda y asombrándome con las ofertas de los artesanos.

Enseguida noté que una inquietud comenzaba a crecer dentro mío hasta convertirse en manifiesto enojo. Mientras me preguntaba el por qué del cambio de humor, recordé una sensación similar vivida unos años antes, caminando junto al río Paraná en Rosario, después de terminar mi investigación sobre Alfredo Parodi. No podía decir nada en contra de mis entrevistados. Todos me habían recibido con la mejor disposición, sus testimonios parecían sinceros y desinteresados y eran coincidentes entre sí. Sin embargo esa misma coincidencia era la que alimentaba mi

---

[47] Álvarez López, J. *Libro Citado*. 1995. Pág. 163.

duda. ¿Era posible que todo lo escuchado fuera mentira, o al menos exageraciones que habían crecido a medida que pasaba el tiempo? Existían muchos mitos a mi alrededor que cada día eran más ciertos, que por algún motivo oculto todos colaboraban en sostener, sobre todo en relación con ídolos populares, personajes históricos o líderes religiosos. ¿Y no era acaso Marchesini una rara combinación de esas tres categorías?

Observando mi sonrisa solitaria, los transeúntes que me cruzaban deben haber pensado que estaba recordando antiguas travesuras. Y no estaban tan equivocados, porque evocaba los grandes momentos en los cuales con una simple pregunta pude destruir un mito. Me veía en un recreo de la escuela primaria interrogando al sacerdote que nos cuidaba; mi duda era cómo había sido posible la multiplicación de los seres humanos a partir de Adán y Eva, si ya existía el tabú del incesto. O un poco más adelante, en el colegio secundario, instando a mi profesora de historia para que me explicara por qué el general San Martín había sobrevivido a tantas batallas si era el único de su ejército que montaba un caballo blanco, color ideal para que el enemigo dirigiera hacia él la metralla.

Seguramente los historiadores sabían cuál era el verdadero color del caballo de nuestro máximo héroe, a pesar de lo que afirmaran los retratos, las canciones y los manuales con los que habíamos crecido; también es cierto que se trataba de una mentira casi cosmética, una leve picardía histórica. Sin embargo dejaba al descubierto mecanismos perversos que podían ponerse en movimiento en circunstancias más importantes. ¿Sería Marchesini uno de esos casos?

Tampoco me servía de aliciente la frase que suele escucharse alrededor de este tipo de relatos: "*¿Por qué van a mentir los testigos, si no ganan nada haciéndolo?*". La respuesta era simple e implacable, y llegaba entre signos de interrogación: ¿Hasta dónde podía confiar en parientes y

amigos que parecían disfrutar y compartir la fama del personaje que recordaban? ¿Habría Álvarez López maquillado sus recuerdos en nombre de las futuras ganancias editoriales? Sin tener en cuenta que siempre, aunque muchos no lo acepten, existen más motivos para mentir que para decir la verdad.

Al llegar a una de las esquinas me topé con la plaza San Martín, lo que significaba que había vuelto a orientarme, ya que ése era el lugar donde debía esperar a Barrigó. Sentado a la sombra de un jacarandá todavía en flor, justo frente a la entrada de la Catedral, comencé a recuperar la calma. No debía olvidar que Marchesini había muerto en 1975, y que mi trabajo, por efectivo que fuera, no superaría nunca el nivel de evidencia de un manojo de recuerdos personales.

El método que llevaba a demostrar fehacientemente que Marchesini había sido un verdadero psíquico (o en todo caso que no lo había sido) debía apoyarse en el relato anecdótico, pero sólo como una primera noticia, el punto de partida y no el final del camino. Las verdaderas evidencias debían conseguirse organizando experimentos que descartaran cualquier posibilidad de fraude y de indicio perceptivo. También debían ser presenciados por testigos independientes y confiables, que no estuvieran particularmente interesados en un resultado determinado.

En este sentido, debo reconocer que Álvarez López escribió el párrafo mas significativo: "*Voy a formular una queja, y es que la Facultad de Medicina en Córdoba no se interesó en cuarenta años –en ningún momento– en este fenómeno social y científico, demostrando con ello carecer del menor interés por los problemas científicos de la Medicina*"[48]; a lo que yo agregaría que tampoco la

---

[48] Álvarez López, J. *Libro Citado*. 1995. Pág. 159.

parapsicología demostró el menor interés, más allá de breves intentos aislados.

En el bar de la estación de servicio

La última gestión fue devolverle a Sueldo las fotos que me había prestado el día anterior para digitalizar. Como su consultorio estaba en el barrio General Paz, al salir no pude dejar de caminar hasta la esquina de 24 de Setiembre y Jacinto Ríos. Aunque ya me habían adelantado que en el lugar funcionaba una moderna estación de servicio, de todas maneras me conmoví al llegar y sentarme en el bar anexo.

Desde mi mesa podía observar, en la vereda de enfrente, la iglesia y colegio religioso que todos conocían como "las escuelas pías", donde habían estudiado Marchesini y su amigo Barrigó. Su fachada seguía siendo la misma desde su fundación, mientras que de la casa de Marchesini sólo quedaba una placa que decía: "*Por este solar pasaron cientos de miles, en busca de diagnóstico de dolencias. Enrique Marchesini, un ser excepcional, dejó sus huellas cósmicas aquí*".

Esta diferencia de destinos quiso arrastrarme otra vez hacia pensamientos oscuros. Marchesini había fallecido como consecuencia de las heridas recibidas en su segundo accidente automovilístico, ocurrido casi en el mismo lugar que el primero. Sueldo me había contado los pormenores: "*Yo lo fui a ver enseguida al hospital. Tenía una pierna y algunas costillas rotas, pero estaba para recuperarse. Se lo veía contento. Nunca había querido trabajar sobre sí mismo, por eso no pudo presagiar su propia muerte. Pasó su cumpleaños número 69 internado, aunque de buen humor; pero después apareció una embolia inesperada y falleció el 11 de diciembre de 1975*".

¿Qué documentos quedaban de aquel hombre fuera de lo común? Los tenía allí, en mi carpeta, y ocupaban menos espacio que todas mis desgravaciones de aquellos días. Marchesini había sido el primer psíquico investigado

por científicos en el país, al menos hasta donde se tienen registros. El 7 de abril de 1932 se realizó una sesión en el Hospicio de las Mercedes, luego conocido como Hospital Borda, presidida por su director, el profesor de psiquiatría Gonzalo Bosch, a la que fueron invitados otros profesores de la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Se realizaron experiencias "*con el psicógrafo Enrique Marchesini, de Córdoba, que describía los rasgos más característicos de cualquier persona desconocida para él, bastándole que dicha persona trazase una raya cualquiera con un lápiz sobre un papel, al mismo tiempo que recorría con uno de los dedos de la mano el trazo del lápiz, y previo un instante como de inspiración suscitado por la lectura de las estrofas de algunos versos que tenía escritos en una libreta*"[49].

Es probable que Irma Maggi, que también participó de sesiones similares, haya invitado a Marchesini a Buenos Aires, un año después de conocerse. El método que utilizaba seguramente fue aprendido de Maggi, ya que ella con frecuencia realizaba clarividencias pasando su mano sobre el trazo escrito por la persona. En un libro editado en Italia, el autor describe el procedimiento utilizado por "*una sibila italiana vivente*"[50], que no era otra que Maggi, denominado "psicografognosi", algo así como "conocimiento psíquico a través del trazo".

Aquellas experiencias promisorias, de las que no pude encontrar las actas originales, no volvieron a repetirse, y hubo que esperar más de 15 años para que otro médico lo incluyera en sus escritos. Se trató de Orlando Canavesio, en cuya tesis lo cita como "*uno de los dotados metapsíquicos de tipo metagnósico que hicieron factible la comprobación en*

---

[49] Gorriti, F. *Las Fuerzas Metapsíquicas*. Conferencia. 12 de agosto de 1932. Editorial Urania. 1932. Pág. 18.
[50] Padulli, P. *La Divinazione Profetica Attraverso iTempi*. Ettore Bartolozzi Editore. Lecco, Italia. 1923.

la Argentina”[51], agregando más adelante un ejemplo que nos permite observar la evolución de su técnica: “*Enrique Marchesini toma una prenda de vestir de una niña presente y dice: la enfermedad de esta niña está en los bronquios, siento en mí a ese nivel sensación de espasmos, constricción. Información Cenestésica. La niña padecía de asma*”[52].

Y nada más. Estas son las únicas citas encontradas en publicaciones científicas. Leyendo a Álvarez López, me sorprendió la mención de un experimento importante: “*Puedo contarme entre las pocas personas que se ocuparon de este análisis científico y, conjuntamente, con dos médicos amigos, efectuamos un análisis estadístico, con la colaboración de numerosos consultantes, que totalizaron ochenta pacientes, y pudimos determinar que la exactitud de los diagnósticos de Marchesini estaba en un 80 % de acierto*”[53]. Por la cantidad de pacientes y la presencia de profesionales que habrían realizado sus propios diagnósticos, parece tratarse del experimento más importante llevado adelante en el país con psíquicos. Sin embargo, durante nuestra conversación no pude convencerlo de que me enviara una copia del trabajo, aún inédito, ni que me diera el nombre de los colaboradores; elementos que me permiten dudar de su existencia, a menos que también haya decidido guardarlo para su futuro libro.

Con respecto a la parapsicología, nadie más se preocupó por él a pesar de que se lo menciona en cuanta lista de psíquicos argentinos se conoce. Sólo algunas sugerencias de Feola a raíz de una visita que le realizara poco antes de que falleciera: “*Desgraciadamente, nadie se ha interesado en escribir un libro sobre Marchesini, de lo*

---

[51] Canavesio, O. *Electroencefalograma en los Estados Metapsíquicos*. Tesis doctoral. Facultad de Medicina de la Universidad de Córdoba. 1951. Pág. 21.
[52] Canavesio, O. *Tesis Citada*. 1951. Pág. 43.
[53] Álvarez López, J. *Libro Citado*. 1995. Pág. 156.

contrario se lo ubicaría al lado de Edgar Cayce[54]*, o tal vez más alto*". Más adelante agrega datos dignos de profundizar: "*Según me contó, lo único que hacía entonces era reunirse con seis amigos (El Círculo de los Siete) y explorar nuevos fenómenos* [aunque] (…) *no pude convencerlo a que me invitara*"[55].

Es necesario reconocer que los parapsicólogos argentinos siempre trabajaron de manera vocacional, sin presupuesto para financiar sus investigaciones; lo que los obligaba a elegir actividades que no interfirieran demasiado en sus empleos, aunque no fueran las más prometedoras. Sin embargo, revolviendo papeles viejos y uniendo cabos sueltos, descubrí dos casos interesantes; se trata de Julio Di Liscia y del sacerdote jesuita Enrique Novillo Paulí, que vivieron un tiempo en la misma ciudad que Marchesini.

Novillo Paulí fue profesor en la Universidad Católica y director del Instituto de Parapsicología entre 1966 y 1980. Por lo tanto no podía ignorar la existencia del psíquico, sobre todo considerando que mantenía una excelente relación con la iglesia Católica y que muchos curas y monjas solían consultarlo. El motivo para que no lo tuviera en cuenta debió ser su especialización en otro tipo de fenómenos. Durante buena parte de su vida investigó la influencia mental de personas sobre el crecimiento de plantitas de centeno, conocida como bío-PK.

A Di Liscia le caben otras disculpas. Por motivos laborales vivió en Córdoba entre 1971 y 1974. Fue uno de los hombres más productivos de la parapsicología argentina; en aquellos tres años aprovechó para fundar la Sociedad de Estudios Parapsicológicos, con sede en la calle Tucumán 38, y llevar adelante diversos experimentos. El más importante

---

[54] Para muchos especialistas, el más grande vidente de América. Nació en Kentucky, EE. UU., el 18 de marzo de 1877 y falleció en 3 de enero de 1945.

[55] Feola, J. *Comentarios y Sugestiones*. Cuadernos de Parapsicología. Edición Especial. Noviembre de 1998. Pág. 7.

tratando de verificar la habilidad para curar a través del pensamiento que se atribuía un predicador llamado Jaime Press, que reunía cada día a cientos de enfermos en su domicilio de Carlos Paz, localidad cercana a la capital provincial.

Di Liscia no pudo obtener evidencia decisiva a favor del curador a pesar de diseñar un impecable protocolo. Varios médicos controlaban la evolución de los pacientes, sin saber que habían sido tratados por Press para evitar cualquier tipo de sugestión, ya fuera positiva o negativa. En el informe final puede leerse un párrafo útil para este capítulo: "*Es preciso aclarar que en este estudio hemos dejado de lado, a propósito, el acierto o no de los diagnósticos. Como queda dicho, todos* [los curanderos] *comienzan por diagnosticar –a su manera– la enfermedad, aunque hay unos pocos que solamente hacen eso, es decir diagnostican pero no 'curan'. Tal era el caso de Enrique Marchesini*"[56].

Di Liscia fue un hombre que, como a mí, lo atraían las tareas de campo y consideraba de la mayor importancia el acercamiento a los dotados. Mientras terminaba mi café con leche con medialunas de manteca, sentado quizá en el exacto lugar que lo había hecho Marchesini treinta años antes, no podía dejar de preguntarme por qué Di Liscia había dejado pasar la oportunidad de investigar a Marchesini, incluso utilizando el mismo equipo de médicos que habían trabajado con Jaime Press.

Mi contrariedad inicial fue cediendo ante varios atenuantes. Di Liscia había vivido poco tiempo en la ciudad, coincidiendo con los últimos años de Marchesini. Tal vez, igual que Feola, él tampoco había podido convencerlo de realizar experiencias controladas o de ingresar a "El Grupo de los Siete". Otra alternativa más movilizadora era que

---

[56] Di Liscia, J. *Curaciones Psíquicas. Un Intento de Investigación*. Comunicación Nº 2. Instituto Argentino de Parapsicología. Enero de 1977. Pág. 5.

hubiera podido completar un experimento, aunque nunca lo hubiera podido publicar.

Di Liscia falleció en 1989 luego de ser presidente del Instituto Argentino de Parapsicología de Buenos Aires. Alguna vez pude entrevistar a su hijo, quien me aseguró que había llevado personalmente todos sus libros y carpetas hasta la sede de ese instituto luego de la desaparición de su progenitor. Cuando llegué esperanzado a consultar ese material, en la calle Viamonte al 700, pude comprobar que allí funcionaba una aburrida compañía de seguros. Creyendo ingenuamente en alguna mudanza reciente, me comuniqué con uno de sus miembros, enterándome que "*el instituto no está disuelto, pero de hecho hoy no es más que un sello. Debimos abandonar la sede porque no podíamos pagar los gastos. El material lo repartimos entre los que quedábamos, para guardarlo en nuestras casas. ¿Carpetas sobre Di Liscia?... No recuerdo haberlas visto, vaya a saber dónde fueron a parar*".

Dejé el bar y me quedé un rato parado delante de la placa que recordaba al psíquico. Si bien era mucho lo que había conseguido en mi viaje, algo me retenía en el lugar. No parecía posible que sólo quedara un pedazo de cerámica que ni siquiera estaba firmado. ¿Cuánto más podría permanecer allí aquel testimonio traído por algún admirador anónimo? Un empleado se acercó con ganas de conversar. Me sonrió y, con el clásico cantito cordobés que ya me había acostumbrado a escuchar, contestó mi pregunta sin necesidad de que la formulara en voz alta: "*Dicen que la trajo una mujer de Rosario. El hijo tenía leucemia, pero Marchesini le anticipó que se iba a curar, y así fue. Todos cuidamos mucho esta placa porque dicen que trae suerte. Siempre me persigno aquí al llegar y no la piso para que haga más efecto*".

Se había terminado mi tiempo. Comencé mi lento regreso hacia la terminal de ómnibus con mi mochila llena de novedades. Mientras me alejaba se me ocurrió una nueva

razón para que ni Novillo Paulí ni Di Liscia hubieran investigado a Marchesini: Tal vez cada uno había decidido en su momento que no era un caso que mereciera mayor atención. Aunque ni siquiera esa hipótesis podía ser probada desde mi incómodo presente. Preferí recordar una frase textual de Di Liscia que me llenaba de entusiasmo a pesar de todo: "*Rehusarse a someter a prueba las alegadas condiciones de un 'dotado profesional' por prejuicio o temor a ser mal visto, es como negarse a cavar en una presunta mina de oro por no ensuciarse la ropa*"[57].

[57] Di Liscia, J. *Llamado para Rescatar a Dos Antiguos Aliados: Investigaciones con Dotados Profesionales y Encuestas de Casos Espontáneos*. Actas Primeras Jornadas Argentinas de Parapsicología. 1981. Pág. 47.

7

VALENTÍN ARMANDO KING, RADIESTESISTA DEL ESTADO



¿No te das cuenta de lo que te va a pasar si esto es realmente la verdad? Sobre todo si se te ocurre –como seguramente se te ocurrirá– ir gritando por plazas y mercados que hay otros soles con otras tierras que giran alrededor de ellos.

Galileo Galilei. Bertolt Brecht

VALENTÍN ARMANDO KING, RADIESTESISTA DEL ESTADO

Fue en 1997 cuando decidí tomar en serio por primera vez a la radiestesia. Hasta entonces sólo la consideraba como una superstición relacionada con los fenómenos paranormales. Sin embargo, a pesar de que los comienzos fueron decepcionantes, me permitió conocer a otro psíquico argentino excepcional, llamado Valentín Armando King. Su primer nombre había sido consecuencia de haber llegado a este mundo un 14 de febrero, día de San Valentín; aunque prefería que lo llamaran Armando, “don Armando”, o hasta dejaba correr algún “ingeniero King”, que usaban los que querían homenajearlo colgándole un título que no había ganado.

Pero ¿qué es la radiestesia? Un sujeto camina a paso lento a lo largo de un campo, sosteniendo entre sus manos una varilla en forma de Y hasta sentir una reacción brusca e involuntaria, hacia arriba o hacia abajo, que le indica la presencia de un curso subterráneo de agua. A partir de ese momento, poniendo en práctica complejos procedimientos, el radiestesista asegura poder conocer la calidad del agua, el caudal y hasta la profundidad a que se encuentra. De la misma manera puede descubrir casi cualquier cosa oculta, como metales, pozos petroleros o yacimientos arqueológicos. Más sorprendente aún es la llamada teleradiestesia. Sosteniendo un péndulo sobre un mapa, de acuerdo a los movimientos que éste genere será posible ubicar las coordenadas donde se encuentran aviones, vehículos robados, joyas, cadáveres o esposos infieles.

La gran novedad de la radiestesia es que no adjudica sus éxitos a capacidades desconocidas del sujeto, sino a la presunción de que todo objeto emite alguna forma de campo y que la varilla o el péndulo actuarían como instrumentos de detección. Esto parece difícil de demostrar, sobre todo en el

caso de la teleradiestesia, aunque vuelve a poner en vigencia algunas preguntas que quedaron pendientes en otros capítulos, sobre si las capacidades paranormales se pueden aprender o no. Pero volvamos a 1997.

En ese verano había aparecido asesinado en Pinamar el reportero gráfico José Luis Cabezas, poco después de haber publicado fotos comprometedoras de cierto personaje que prefería vivir en el anonimato. Pasaban las semanas y el crimen permanecía impune, sin que aparecieran avances alentadores. Hasta que en el mes de mayo la policía armó una gran conferencia de prensa para comunicar el hallazgo de la máquina fotográfica de la víctima, rescatada después de rastrillar las aguas barrosas de un arroyo alejado del lugar del hecho.

Recuerdo la escena como si fuera parte de una película de acción norteamericana. Los periodistas seguían el caso de cerca, con solidaridad corporativa hacia el colega muerto en ejercicio de su profesión. Cuando preguntaron qué pistas se habían seguido, un oficial contó más o menos lo siguiente: "*Consultamos con un radiestesista que suele colaborar con nosotros en casos difíciles. Él nos marcó en un mapa el lugar exacto, así que sólo tuvimos que buscar un poco y la encontramos*".

A partir de ese momento se produjo una división de opiniones. Los escépticos consideraron que se trataba de una maniobra distractora ante el fracaso de la investigación; mientras que el resto del periodismo no sólo aceptó la versión oficial sino que se acercó al radiestesista, convirtiéndolo durante varios días en un héroe. Se trataba de Néstor Vinelli, un ingeniero agrónomo jubilado que parecía encantado de recibir en el living de su casa a los representantes de diarios y canales de televisión. Con su facha de abuelo bueno y sus modos de hombre de campo, les contaba cómo reconocer los movimientos de su péndulo con la misma naturalidad con la que podía estar revelando el secreto para hacer un buen asado.

Aquellas imágenes me habían conmovido profundamente, llenándome de interrogantes y de sentimientos contradictorios. No sé si ya conocía la frase de Di Liscia con la que termina el capítulo anterior o comencé a tenerla en cuenta a partir de entonces. Era necesario llegar hasta Vinelli para saber cuánto había de cierto en lo que contaba, aunque debiera correr el riesgo de ensuciar mi ropa. Debía entrevistarlo sin apuro y lejos de las cámaras, consultarlo por sus comienzos, por sus maestros y sus discípulos, pero sobre todo convencerlo de realizar experiencias confirmatorias.

Nos conocimos una tarde soleada, en uno de los lugares más hermosos del Gran Buenos Aires. Vinelli era director de la Escuela de Jardinería, Arboricultura y Ecología de Lomas de Zamora, y allí me citó para poder conversar tranquilos, rodeados de árboles, pájaros y mariposas, un par de horas antes de que comenzara a dictar su clase de los días martes. A medida que llegaban los alumnos podía ver en sus caras la admiración por aquel anciano que se había convertido en su ídolo, y que en ese momento estaba una vez más siendo reporteado por quién sabe qué periodista importante, que no era otro que yo mismo.

Durante un largo rato conversamos amablemente. Tenía 84 años y su memoria permanecía intacta. Recordaba la primera noticia recibida sobre radiestesia, en la misma Facultad de Agronomía, de parte de un profesor llamado Marcelo Conti. También describió sus experiencias de campo iniciales buscando agua en Sierra de la Ventana junto a Federico Melcher, un famoso radiestesista de la zona.

Como yo aceptaba sin demasiadas exigencias ni repreguntas lo que escuchaba, fue tomando confianza y divulgando distintas proezas, similares a las de la cámara de Cabezas. Me aseguró obtener un cien por ciento de éxitos, ya fuera buscando agua, objetos o personas perdidas. Tuve que asombrarme de dos anécdotas recientes, una salvando a un contingente de alumnos perdidos en un bosque de

Cariló y la otra encontrando un valioso anillo en el mismo predio donde nos encontrábamos.

Mi entusiasmo mejoró notablemente cuando decidió interrumpir su monólogo para ofrecerme una demostración práctica. De pronto volví a sentir esa sensación inigualable, esa señal que me indicaba que estaba por cruzar el ámbito de las leyes cotidianas para zambullirme, aunque fuera por unos segundos, en un universo maravilloso y real al mismo tiempo. Salió del aula, fabricó una varilla con una horqueta que cortó de un árbol de paraíso cercano, la sostuvo en tenso equilibrio entre sus manos y comenzó a caminar. Mientras me señalaba una marca sobre el sendero, unos metros más delante de donde se encontraba, dijo entusiasmado: “*Por ese lugar cruza el caño de agua de la escuela. Ahora va a ver lo que ocurre con la horqueta cuando llegue a ese punto*”.

Espero que la mayoría de ustedes pueda estar sonriendo igual que yo al leer el final del párrafo anterior, aunque en el momento me produjo una gran frustración. No podía creer que un ingeniero agrónomo creyera que estaba realizando una prueba válida. Era evidente, y así se lo dije aunque con un poco de vergüenza ajena, que cualquiera podía encontrar aquel caño de agua ¡simplemente porque ya se sabía que se encontraba allí! Aceptó sin mucho entusiasmo mi crítica, apareciendo por primera vez el gesto de desconfianza clásico que indicaba: “*Vos no creés en nada y nada va a lograr que te convenza. Sólo querés desprestigiarme*”. Los mecanismos de defensa comenzaban a funcionar.

Desafiante, me preguntó de qué manera imaginaba una prueba irreprochable, y aunque me pareció que ya estaba todo perdido, aproveché para revelarle lo que había estado ideando mientras escuchaba sus relatos: “*Se me ocurre algo muy simple que podemos hacer aquí mismo. Usted me entrega su anillo, entro al aula vacía y lo escondo dentro de uno de los veinte pupitres que hay allí. Después*

entra usted y recorre con su péndulo o su varilla cada uno de los lugares posibles. Si puede encontrar su anillo y repetir la prueba cuatro veces, le prometo escribir el mejor artículo sobre sus habilidades".

Me parecía una idea bastante apropiada. El procedimiento era simple y seguro, aunque quizá sólo faltaba una tercera persona que acompañara a Vinelli dentro del aula para evitar que hiciera travesuras; pero consideré que le resultaría una tarea mucho más sencilla que cualquiera de las que me había relatado un rato antes. Con respecto a mis exigencias creí que quedaban más que satisfechas, aunque si acertaba debería agregar algunos controles más. Haciendo una cuenta rápida, calculaba que encontrar cuatro veces su anillo entre veinte lugares posibles era tan difícil como extraer la bolilla ganadora de un bolillero con otras ciento sesenta mil bolillas: Si confiaba en su suerte, sería más difícil que ganar la lotería, donde sólo suelen intervenir alrededor de cuarenta mil bolillas[58].

"*¿Qué le parece la idea?*", le pregunté buscando una improbable aceptación. Me miró desde un lugar lejano, como quien se siente a punto de ser estafado. Su respuesta debe haber hecho callar a todos los pájaros del lugar: *"¿Sabe lo que me parece su idea? ¡Me parece una estupidez!*".

Después de aquella experiencia fallida aunque aleccionadora, todavía insistí un poco más con los radiestesistas. Seguí otras pistas, pero todas me condujeron a escenarios parecidos. Tuvieron que pasar muchos años para que diera con una historia que me entusiasmara. En mis viejos apuntes, el apellido King solía aparecer junto al de Marchesini, por ser ambos de la misma provincia. Sin embargo ignoré esa señal cuando viajé a Córdoba,

---

[58] No quiero abrumarlos con cálculos, pero el resultado se obtiene de multiplicar 4 veces la cantidad de pupitres, o sea 20*20*20*20= 160.000. El cálculo estadístico es una herramienta importante en parapsicología, para averiguar cuándo un hecho ocurre por azar o por alguna causa desconocida.

suponiendo muy poco probable que mi visita sirviera para matar dos pájaros de un tiro.

Tiempo después, busqué el apellido King en la guía telefónica nacional; para mi sorpresa apareció un tal “Valentín A. King” con domicilio en la misma ciudad de Córdoba, nada menos que a nueve cuadras de 24 de Setiembre y Jacinto Ríos, la esquina donde había vivido siempre Marchesini. Casi no había dudas de que se debían haber conocido y de que tendría que volver al barrio General Paz. Para colmo, en las primeras llamadas telefónicas pude averiguar que King había llegado a los cien años antes de fallecer, en el año 2002. Lo que significaba que mientras lidiaba con Vinelli en Lomas de Zamora, a setecientos kilómetros me estaba esperando un verdadero radiestesista, al que no pude descubrir a tiempo.

Lo cierto fue que a los pocos meses estaba otra vez en la ciudad de Córdoba. Tuve largas charlas con el médico Rubén King y también con Gustavo King, hijo y nieto de Armando respectivamente, y con otras personas que habían tenido la oportunidad de conocerlo. Gracias a ellos pude acceder a recuerdos que corrían el riesgo de perderse para siempre, revisar documentos fundamentales y elaborar el siguiente relato de su vida.

El oro de Punilla

Hacia 1880, en el puerto de Buenos Aires, ningún empleado era capaz de sorprenderse ante la llegada de los más extravagantes viajeros. Sin embargo se produjo un revuelo especial con la presencia de un inmigrante inclasificable: el color de su piel y los ojos rasgados hacían pensar en un coya; sin embargo era alguien que había navegado medio mundo, escapando de guerras y persecuciones. Su nombre era Makino King, aunque durante el largo viaje los marineros ingleses lo llamaban Michel King, para terminar siendo anotado en Argentina como Miguel

King. Se trataba nada menos que del primer japonés llegado a Sudamérica.

Había pertenecido a la guardia de honor del emperador y aprendido como samurai la lucha Jiu Jitsu. A pesar de trabajar pacíficamente en los ferrocarriles, primero en Buenos Aires y luego en Córdoba como experto en máquinas de vapor, nunca dejó de practicar en el fondo de su casa las técnicas de aquella esgrima oculta y aristocrática.

Makino era de religión sintoísta, aunque no dudó en casarse por el rito católico que profesaba la criolla de la que se había enamorado, Amalia Rodríguez. De esa unión nacieron cinco hijos. El primogénito, Valentín Armando, había llegado al mundo en 1902. Su infancia y adolescencia transcurrieron felices, convirtiéndose en un muchacho amante de los deportes, como el boxeo y el tenis, y de la vida al aire libre. Fue un buen estudiante, logrando superar el nivel medio de escolaridad de la época. En su libreta de enrolamiento, en el renglón de estudios cursados, figuraba como "tenedor de libros", título secundario que lo habilitaba para tareas contables y administrativas.

Durante su juventud nunca protagonizó ningún fenómeno paranormal ni tampoco fue testigo de nada que llamara su atención en este aspecto; al contrario, a medida que fue creciendo desarrolló una profunda desconfianza hacia las personas que divulgaban ese tipo de disciplinas, asociándolas siempre con engaños destinados a aprovecharse de los demás. En 1920 se casó con América Delia Binelli y tuvieron tres hijos. Luego de varios trabajos circunstanciales logró ingresar en la empresa Minetti, dedicada a la extracción de minerales, para realizar tareas de escritorio. Al poco tiempo debió trasladarse con su familia hasta la localidad de San Ignacio de Punilla, distante setenta kilómetros al norte de la capital de la provincia, para gerenciar una mina de oro que había comenzado a explotarse.

Por el año 1932 conoce a quien cambiaría radicalmente su vida, el capitán de la Marina británica F. L. M. Boothby, quien había llegado en misión oficial y reservada para realizar prospecciones, mediante radiestesia, de yacimientos petrolíferos que pudieran ser útiles a su país en una guerra que ya se avizoraba. King lo recibió en su oficina y escuchó incrédulo sus historias. Hasta que al final, molesto, le dijo: "*Está todo muy lindo lo suyo, capitán, pero yo creeré en la radiestesia si usted, más que hablar, puede encontrar el oro en lingotes que hay en este lugar, y que guardo mejor que nada*". Sin inmutarse, Boothby desplegó su varilla y en pocos segundos descubrió el escondite, que no era la caja fuerte sino un hueco disimulado debajo de la bañadera familiar.

Ante la evidencia debió aceptar no sólo la habilidad del visitante sino la suya propia, ya que Boothby, intuyendo en él a un gran radiestesista, lo instó a realizar algunas pruebas que dieron los mejores resultados. A partir de entonces, durante dos años lo acompañó por toda la provincia, mientras aprendía y se ejercitaba en todo lo necesario para desarrollar al máximo su capacidad. Su primer descubrimiento usando radiestesia fue la localización de una veta de galena que atravesaba su habitación, a seis metros de profundidad, que pudo confirmar realizando la excavación correspondiente.

Cuando Boothby consideró que su discípulo estaba preparado le regaló sus instrumentos y volvió a Inglaterra. Allí hizo las gestiones para que fuera admitido en la British Society of Dowsers, institución íntimamente ligada a la Corona Británica y de gran prestigio, ya que sólo eran aceptados como socios quienes pudieran demostrar empíricamente sus habilidades radiestésicas, como era el caso de Boothby y muchos otros militares.

Gustavo conservaba celosamente algunas evidencias del paso de su abuelo por la institución inglesa. Me permitió digitalizar una gran cantidad de ejemplares de su órgano

oficial, la revista Radio-Percepcion. Una particularidad era que en su última página siempre aparecía la lista completa de miembros. Pude revisar números fechados entre 1946 y 1970, y en todos encontré los datos de King, entre otros aproximadamente quinientos nombres de todo el mundo.

También creía recordar algún artículo escrito por su abuelo, aunque no lo pudimos encontrar. De todas maneras aproveché para repasar la lista completa de miembros, llamándome la atención que figuraran cinco con domicilio argentino. Curiosamente uno de ellos con el mismo apellido King, en Los Cocos, una localidad del interior de la provincia de Córdoba. Más tarde Rubén me aseguraría que no había existido ningún parentesco entre ambos.

Hacia 1939 se agotó la mina de San Ignacio y regresó a su casa de la ciudad de Córdoba, manteniendo el mismo vínculo laboral. Paralelamente, casi como un pasatiempo, comenzó a realizar búsquedas radiestésicas colaborando con amigos y familiares, pero los sorprendentes resultados lo hicieron cobrar notoriedad. Tenía dos maneras básicas de operar. Con la varilla realizaba indagaciones de agua y diversos minerales sobre el lugar. Rubén aún recordaba con asombro un viaje a la provincia de Santa Fe, a una estancia de mil hectáreas, donde hacía meses que intentaban sin resultados conseguir agua con métodos ortodoxos. Su padre, en cambio, en sólo dos días de trabajo había podido ubicar dieciocho lugares; y sólo hizo falta esperar otros tres o cuatro días para que se hicieran las perforaciones y confirmar así la exactitud de las prospecciones.

Con el péndulo, en cambio, trabajaba a distancia, generalmente en su casa. Era capaz de realizar diagnósticos médicos teniendo delante la foto de la persona en cuestión. También era habitual que llegaran aquellos a quienes les habían robado su auto o su motocicleta, y él los encontraba siempre que pudieran traerle las llaves o una foto de los vehículos. Lo mismo ocurría con las personas; los

sacerdotes de la congregación salesiana de la ciudad eran sus amigos y solían acudir para ubicar a algún interno o seminarista que decidía ausentarse sin permiso; en todos los casos volvían con información suficiente para encontrarlos.

Estos datos me fueron confiados a través de mails por Héctor Bessone, alumno de la escuela salesiana Domingo Savio, ubicada cerca de La Calera, en donde King había encontrado el agua potable al comenzar su construcción. Allí lo vio por primera vez, invitado a charlar sobre radiestesia y brindar algunas demostraciones. Recordaba una visita con final triste, buscando un alumno perdido en las sierras: "T*odos estábamos muy expectantes. El señor King nos dijo que no tenía 'contacto', que podía esperarse lo peor. Y en efecto, el niño apareció ahogado*".

También me confió otra anécdota, "*muy conocida entre los salesianos y que cuenta con el aval de muchos testigos presenciales. En una ocasión, el 'ingeniero' llegó al colegio de Colonia Vignaud y le pidieron que hiciera una demostración de sus poderes. En la Secretaría se acumulaban los objetos perdidos. King tomó uno de ellos, un cortaplumas. Hizo alinear a los alumnos en el patio y caminó delante de la larga fila, llevando en su puño cerrado el objeto perdido. De repente, se detuvo delante de uno de los niños y le preguntó si no había perdido alguna cosa. El chico lo miró extrañado: no recordaba o ignoraba haber extraviado algo personal. King abrió la mano. El muchachito sonrió, había recuperado su cortaplumas*".

Rehuía los casos policiales, ya que le ocasionaban muchos inconvenientes, aunque no siempre podía eludirlos. Así ocurrió con el caso del ex presidente de facto de la república en 1955, general Pedro Eugenio Aramburu, secuestrado y asesinado en junio de 1970 por un grupo guerrillero. Buscando fotos en casa de Rubén apareció inesperadamente una del militar; entonces me confió que su padre había ayudado a encontrar el cadáver, que había permanecido enterrado en un lugar secreto; y que a partir de

entonces habían recibido amenazas telefónicas durante mucho tiempo. Tampoco se había negado a colaborar con familiares de personas desaparecidas por cuestiones políticas a partir de 1976, aunque debió abandonar la tarea después de recibir visitas intimidatorias.

Búsqueda de aviones y contratos oficiales

King cooperó decisivamente en dos accidentes aéreos que tuvieron gran repercusión. Uno fue el caso conocido como el de los "rugbiers uruguayos", cuyo aparato cayó en plena Cordillera de los Andes el 13 de octubre de 1972. Algunos familiares de los accidentados, ante el fracaso de las patrullas de rescate, decidieron consultar a varios clarividentes, incluyendo al mismísimo Gérard Croiset[59], sin buenos resultados. Uno de ellos tuvo noticias de King y llegó hasta su casa, acompañado de un mapa de la zona del accidente y una prenda de su hijo. En un libro que relata el caso se mencionan algunas gestiones llevadas a cabo ante "*un clarividente japonés en la ciudad de Córdoba, en Argentina*"[60]; seguramente esta cita se refiere a King, aunque confundiendo la nacionalidad de su padre con la propia. King le aseguró que el accidentado estaba muerto, y si bien pudo identificar el sitio donde se encontraba, la calidad del mapa no permitía una ubicación precisa. El consultante quedó en conseguir uno mejor y una fotografía de todo el grupo accidentado, aunque nunca regresó. Finalmente, setenta días después, cuando dos de los sobrevivientes pudieron llegar por sus propios medios hasta el caserío más cercano, se confirmó la predicción de King.

---

[59] Nacido en Holanda, se lo considera el mejor psíquico de la historia, reiteradamente estudiado en la Universidad de Utrecht. Falleció el 20 de julio de 1980, a los 71 años.
[60] Read, P. *¡Viven! La Tragedia de los Andes*. Noguer, Barcelona, 62° Edición. 1975. Pág. 91.

La otra catástrofe fue la que se produjo en enero de 1972 en Bolivia. Otro aparato, un Aerocomander de doce plazas perteneciente a la Comisión Minera Boliviana cayó en plena jungla, falleciendo todos sus ocupantes, la mayoría militares. King marcó el punto exacto de la tragedia, aunque no pudieron ubicarlo por lo escarpado del terreno. Entonces decidió ir personalmente a supervisar el rastreo. Desde un helicóptero Sikorsky de dos paletas, con su varilla pudo ubicar otra vez el lugar, reconocer visualmente los restos y luego llegar por tierra a rescatar los cadáveres.

A la hora de cobrar por su trabajo tenía una conducta inflexible. Pautaba previamente los honorarios si quienes lo consultaban iban a conseguir beneficios económicos de sus servicios; pero se negaba a recibir dinero en casos humanitarios, como fue el del accidente de Bolivia. Por ese motivo, las viudas de los militares fallecidos le enviaron como agradecimiento una bandeja de plata con sus nombres, que aún conserva su hija como recuerdo.

Durante su larga vida, King tuvo oportunidad de trabajar para distintos organismos oficiales, logrando una serie de evidencias materiales quizá únicas en la parapsicología argentina. Uno de estos casos ocurrió en la localidad de Tostado, al norte de la provincia de Santa Fe. La escasez de agua era una dificultad endémica que limitaba las posibilidades de explotación agropecuaria, poniendo además en riesgo la supervivencia misma de los pobladores. A mediados de 1948 el problema se había agravado por una sequía que ya llevaba once meses. Los lugareños realizaban angustiosos petitorios públicos ante el agotamiento de los aljibes, ya que dependían casi exclusivamente del agua potable que pudiera llegarles por ferrocarril.

Como respuesta, el gobierno provincial, con fecha del 25 de agosto, promulgó un decreto que resume magistralmente las posibilidades de la radiestesia: "*Considerando que las investigaciones de carácter geosísmico, geomagnético, etc. y ulterior alumbramiento de*

las napas individualizadas –trabajos que a solicitud de este gobierno podrían quizás realizar organismos nacionales especializados– insumirían un tiempo no compatible con las necesidades actuales de la población.

"*Que es propósito de este gobierno, en su afán de hallar soluciones de emergencia a la afligente situación de Tostado, apelar a todos los métodos de investigación conocidos, aún de aquellos que pueden ser objeto de discusiones respecto a sus fundamentos científicos, pero cuya aplicación, según se tiene conocimiento, ha permitido y permite actuar con éxito y celeridad a organismos técnicos dependientes del Superior Gobierno de la Nación, el Gobernador de la Provincia decreta:*

"*Art. 1°– Autorízase a la Comisión de Estudios de la Zona Norte de la Provincia con Fines de Colonización, a contratar los servicios del señor Valentín Armando King, miembro vitalicio de la British D. R. Percepcion, que actúa oficialmente como especialista de la Dirección General de Aeronáutica de la Nación, a efectos de que, al igual que para este organismo, realice investigaciones de carácter radiestésico en la zona de Tostado con vistas a localizar fuentes subterráneas de agua potable*"[61].

Luego del informe preliminar con fecha 25 de noviembre del mismo año, el gobierno autorizó una partida especial de dinero para la fase experimental de comprobación. El éxito fue completo, según puede leerse en un diario de la época: "*Las investigaciones de carácter radiestésico llevadas a cabo por don Valentín Armando King (...) han arrojado un saldo halagüeño dentro de las condiciones poco favorables de la región estudiada";* precisando más adelante que *"en las actuales circunstancias, las investigaciones arriba señaladas dan varias reservas capaces de producir el mínimo de cincuenta*

---

[61] Canavesio, O. *La Utilización de la Radiestesia (Rabdomancia) por los Gobiernos Argentinos*. Revista Médica de Metapsíquica. Año 2 N° 2 y 3. Mayo a Diciembre 1948. Pág. 145.

mil litros diarios, mientras se indican otros puntos más o menos distantes de la población donde el caudal probable ha sido estimado en alrededor de diez metros cúbicos por hora”[62].

En el decreto anterior se citan antecedentes de King trabajando para otro organismo oficial de carácter nacional, quizá para acallar algunas voces molestas por la decisión. A partir de mediados de los años cuarenta el Estado argentino decidió construir una serie de aeropuertos militares, respondiendo a hipótesis de conflicto con países limítrofes. Teniendo en cuenta que el elemento imprescindible era el agua, la Dirección General de Infraestructura del Ministerio de Aeronáutica firmó varios contratos con King. Uno de ellos fue el D/55/951 firmado en Buenos Aires, el 26 de noviembre de 1951, que Rubén guardaba y tuvo la generosidad de hacerme una copia. En el punto primero puede leerse que “*el gobierno contratará los servicios profesionales del contratista* [Valentín A. King], *quien actuará en su carácter de radio perceptor con el objeto de localizar napas acuíferas hasta en cien zonas del país*”, incluyendo remuneraciones proporcionales a la capacidad, medida en litros de agua por hora, de cada pozo. Sin dudas que el término “radio perceptor” resultaba un eufemismo que debió ser necesario para lograr la aceptación del contrato en niveles superiores de decisión.

La tarea consistía en sobrevolar las zonas designadas con un avión militar Huaco de exploración, que tenía la particularidad de poder avanzar a muy baja velocidad. Desde el aire se hacía la primera aproximación con la varilla, para después aterrizar y marcar con precisión el sitio donde debía perforarse. En el punto 8 del contrato se especificaba que King “*asume la obligación de no transmitir ni divulgar en publicaciones o conferencias, ninguno de los trabajos que por el presente contrato le encomienda la Dirección General de Infraestructura de Aeronáutica*”. Esta

---

[62] Diario La Capital. Rosario. 5 de enero de 1949.

imposición debió estar fundamentada no sólo en el secreto militar necesario de la operación, sino también para prevenir posibles escándalos ante la divulgación de las técnicas poco ortodoxas utilizadas.

King era muy preciso y confiable. Trabajó muchos años al servicio del Gobierno Nacional y siempre fueron acertadas sus indicaciones, de manera que nunca hizo falta ejecutar el punto 9 del contrato, que preveía que "*si efectuadas las perforaciones, de acuerdo a los informes presentados por el contratista, el gobierno comprobara un error desfavorable en el cincuenta por ciento de los casos, podrá el mismo rescindir el presente contrato sin que el contratista tenga derecho a indemnización alguna*".

Los aquelarres en casa de don Armando

King falleció en noviembre de 2002. En su ancianidad se fue liberando poco a poco de las rígidas reglas que la radiestesia recomendaba. Fue entendiendo que la verdadera maravilla dormía dentro de él; por eso su última varilla la había construido con dos agujas de tejer de su esposa, aisladas con material plástico termocontraíble utilizado en instalaciones eléctricas domiciliarias, y atadas con hilo de algodón común.

Cuando decidió jubilarse como Administrador de Empresas, en 1982, ya los vaivenes económicos habían licuado sus pocos ahorros, debiendo colaborar sus hijos para que no pasara necesidades. Un día decidió también "jubilarse" de radiestesista. Rubén me confesó su sospecha de que esa decisión se pudo deber a una pérdida de seguridad en sus capacidades a raíz de una demencia precoz que avanzaba inexorable. Gustavo tenía más datos sobre la causa del retiro, ya que vivió buena parte de su infancia y juventud en la casa de su abuelo: "*Eso me lo contó mi abuela, que respetaba muchísimo el trabajo de él. Tomó esa decisión después de fallar por primera vez en su vida. Había caído un avión en la provincia de La Rioja y le vinieron*

a pedir que lo encontrara. Hizo los cálculos de siempre, con el péndulo sobre los mapas (tenía cientos de mapas en su escritorio que yo cada tanto espiaba) y les indicó el lugar del accidente; pero después se enteró que el aparato había aparecido en la otra punta de donde había marcado".

En los últimos años, solo y olvidado, había ido regalando sus instrumentos y libros; también había quemado carpetas con recortes periodísticos que lo mencionaban y hasta el mapa petrolero de la provincia que había confeccionado junto al capitán Boothby. Poco después de las entrevistas conocí la información de que "*el gobernador José Manuel de la Sota estuvo dos días en Brasil. El objetivo de su viaje fue solicitar al presidente Luis Inacio Lula da Silva y a Petrobras que esa empresa participe de la ambiciosa licitación que ha convocado el gobierno provincial para la exploración y eventual explotación de gas y petróleo en territorio cordobés*". En el mismo artículo comentaba el presidente de la Empresa Provincial de Energía de Córdoba, Simón Dasensich, que "*la zona cuenta con opiniones optimistas de geólogos. Según señalan, en el faldeo de los cordones serranos que surcan de Norte a Sur la provincia sería el área 'más probable' en la que podría haber yacimientos de gas o petróleo*"[63].

Al leer esta noticia no pude menos que volver a maldecir por haber llegado unos años tarde. Hubiese sido de un valor probatorio extraordinario conseguir el mapa petrolero que King tenía guardado desde hacía setenta años, esperar los resultados de la exploración oficial con los métodos tradicionales y luego comparar ambos trabajos. ¿Qué geólogo se resistiría a buscar una explicación para dos resultados análogos logrados con métodos tan distintos?

---

[63] Vaca, J. *Promueve De la Sota la búsqueda de petróleo.* Diario La Nación, Buenos Aires, 14 de marzo de 2007. Obtenido de http://www.lanacion.com.ar/891194-promueve-de-la-sota-la-busqueda-de-petroleo.

Durante el regreso a casa, mi imaginación se detuvo una y otra vez en situaciones de la vida de King de las que me hubiese gustado participar. Una de ellas era la que Rubén había recordado con especial simpatía: "*A su casa venían muchos como él, a charlar, a leer, a experimentar. Me acuerdo de Luck, de Marchesini, también de Canavesio y del ingeniero Vergara*". Casi todos son apellidos conocidos; con respecto al ingeniero Vergara, revisando el decreto ya citado de la Municipalidad de Tostado, puede leerse en el artículo tercero: "*Desígnase al Secretario General del Consejo Técnico, ingeniero Emilio A. Vergara, para que, en carácter de técnico acompañe al señor Valentín Armando King en sus exploraciones radiestésicas*".

La presencia de Canavesio acota el recuerdo a antes de 1957, año de su fallecimiento. Canavesio solía llevar a estos psíquicos, que ya habían colaborado con él en el Ministerio de Salud, a sus conferencias, para realizar demostraciones prácticas. Seguramente los viajes y los ideales en común los habían convertido en un grupo de amigos. En escritos de Canavesio aparecen ejemplos que confirman estas reuniones. Refiriéndose a Mister Luck, dice: "*Traduce al Sr. Armando King, estando en rueda de amigos. Le pregunta el Sr. King, '¿qué me dice de mis hijos?' (…) Mister Luck dice: 'El hijo mayor es un gran matemático, hace números y mas números en un gran pizarrón que hay en una sala; ese hijo estudia ingeniería*'"[64]. Esta anécdota era conocida por Rubén, de la que me completó una segunda parte no mencionada en el artículo, seguramente por tratarse de una predicción no cumplida hasta el momento de su publicación: "*Al final, Luck le dice a mi papá: '¡Qué inteligente es su hijo!, pero qué raro, no lo veo más allá de los 27, y siguió hablando de otra cosa*". Armando, el hermano mayor de Rubén, falleció inesperadamente en un

---

[64] Canavesio, O. *Electroencefalograma en los Estados Metapsíquicos*. Tesis Doctoral. Facultad de Medicina de la Universidad de Córdoba. Argentina. 1951. Pág. 44.

accidente automovilístico el 25 de enero de 1955, a los 27 años de edad.

Esta tragedia aún tiene algo más que aportar. Recuerda Rubén que "*en el momento del accidente papá estaba en Chile dando una conferencia y de golpe se queda callado, con la mente en blanco. Enseguida quiso comunicarse con nosotros porque presintió que algo grave había ocurrido. Fue la única vez en su vida que protagonizó un fenómeno de este tipo, fuera de la radiestesia*".

Los aquelarres debieron continuar al menos durante un par de décadas, ya que Gustavo también los recordaba: "*Mi abuelo era medio hostil con los vecinos, con la familia, era medio cascarrabias, no era de muchos amigos; pero a su casa venían personas muy raras, al menos para mí que era un niño. Allá por el año 1972, me acuerdo que me asustaba mucho con aquellas reuniones y en cuanto podía me escapaba*". Y después agregó un dato que me pareció de la mayor importancia, cualquiera fuera su interpretación: "*Venía un tipo, me acuerdo bien, que vos le dabas un libro cualquiera de la biblioteca, lo agarraba, le ponía la mano arriba y te decía: En la página tal dice tal cosa*".

Después de desgrabar las entrevistas, me comuniqué por mail con Rubén para ver si podía certificar aquella historia. Me contestó lo siguiente: "*El psíquico que podía leer un libro cerrado era de apellido Marchesini, de quien no recuerdo su nombre. Pero el trámite que vi era con un libro nuevo, que alguien traía envuelto por la librería donde se lo había comprado. Le pedían que dijera lo que había en una determinada página y se escribía lo que él decía. Esto se repetía varias veces. Luego se rompía el envoltorio y se comparaba con lo que estaba impreso. Te puedo decir que fue exacto las veces que yo lo vi*".

Espero que recuerden esta anécdota; fue descripta en uno de los primeros capítulos de este libro, adjudicada a Alfredo Parodi, el psíquico rosarino. Así que tenemos un mismo hecho contado por testigos independientes aunque

atribuido a dos personas diferentes. ¿Qué conclusión podremos extraer de esta circunstancia? Una mirada crédula, o ingenua, nos haría aceptar lo que nos están diciendo los testigos: que no sólo había uno sino dos (y quizá más) psíquicos capaces de leer un libro cerrado. Y posteriormente especular con que hubo uno de ellos que lo logró primero, y al mostrarlo a los demás consiguió un efecto de contagio.

La posición intermedia aceptaría la posibilidad de que se confundieran los nombres, que en realidad se tratara de una misma habilidad repetida en varios escenarios por un solo sujeto. En este caso sería más fácil reflexionar que Rubén confundió el apellido de Marchesini con el de Parodi, ya que no era más que un observador casual. Esto llevaría a pensar que era nomás Parodi el lector del libro cerrado, aceptando que, como colaborador de Canavesio, también debía asistir a los aquelarres.

La mirada más crítica quedaría para aquel que acentuando la diferencia en los testimonios pensara que el fenómeno nunca se produjo; que sólo se tratara de un mito que corrió de boca en boca deformándose como en el conocido juego del teléfono descompuesto, y que cada tanto alguien se atribuyera erróneamente haber sido testigo directo. Esto contribuye a que una historia fraudulenta se tiña de mayor credibilidad y circule a mayor velocidad. Aquí cabe aquel refrán que dice que la moneda falsa la acuña el estafador y la hace circular la gente honesta.

Cualquiera haya sido la verdad es necesario respetar a los testigos, al menos hasta encontrar mejores evidencias. Aunque respetar sus declaraciones significa también tener en cuenta que se trata de sucesos protagonizados hace muchos años, y que el tiempo suele borronear los recuerdos igual que la distancia lo hace con los hechos actuales. Quiero decir que a medida que recordamos situaciones más antiguas, ocurre lo mismo que cuando observamos cada vez a mayor distancia algo que está ocurriendo en el presente:

una escena en principio nítida e indudable, poco a poco va perdiendo sus detalles hasta resultar imposible describirla.

Pensando en estas cosas transcurría mi viaje de regreso, volviendo a comprender las limitaciones de los relatos orales que me llevaban a la necesidad de encontrar psíquicos vivos con los que experimentar. Por eso no podía dejar de fantasear con haber podido asistir a los aquelarres en la casa de don Armando, siendo el encargado de comprar el libro que después alguno intentara leer sin necesidad de desenvolverlo.

8

AUGUSTO FRIN, UNA VIDA DE PELÍCULA



Sí, Sagredo, yo creo en el manso poder de la razón sobre los hombres. Nadie puede resistirse a ella por mucho tiempo. Ningún hombre es capaz de contemplar indefinidamente cómo deja caer una piedra y al mismo tiempo afirma que esa piedra no cae. La seducción que ejerce la prueba es demasiado grande. Pensar es uno de los más grandes placeres del género humano, Sagredo.

Galileo Galilei. Bertolt Brecht

AUGUSTO FRIN, UNA VIDA DE PELÍCULA

Si bien Augusto Frin será el último de los psíquicos al que le dedicaré un capítulo entero, fue el primero que decidí estudiar a fondo. Supe de él leyendo un libro en donde se lo describía protagonizando una notable experiencia de diagnóstico a distancia que ya contaré; además se lo mencionaba viviendo en Villa Domínico, localidad del partido de Avellaneda cercana a donde vivo. Hasta entonces había postergado otros trabajos por el inconveniente de la distancia, así que la comodidad de poder acercarme caminando o en bicicleta me animó a comenzar.

Me costó localizar el apellido en los lugares clásicos; pero como era época de elecciones decidí espiar en la letra F del padrón electoral, después de consultar mi mesa de votación. Encontré varias personas llamadas Frin, todas con la dirección de Belgrano 4194. Al acercarme hasta allí reconocí la casa más grande y lujosa del barrio, que siempre había admirado al pasar. En el jardín se veía un cartel que decía: "*Residencia Geriátrica Don Augusto*". Se trataba de la última referencia al lugar donde muchos años antes habían vivido Augusto Frin, sus hijos y sus nietos, todos reacios a completar el trámite de cambio de domicilio.

Pronto me enteré que los hijos ya habían fallecido, privándome de testimonios irremplazables, sobre todo el del menor, llamado José Augusto, que había sido médico. En cambio pude conversar largo y tendido con los dos nietos mayores, Ana y Jorge, que habían convivido con su abuelo durante algunos años y que lo consideraban la persona más maravillosa del mundo. A pesar de esa parcialidad ostensible que obligaba a relativizar las declaraciones, aquellas charlas me permitieron construir una primera semblanza, que luego debí contrastar con otros testigos menos complacientes.

Una de las primeras anécdotas que recogí tenía que ver con la fecha de su fallecimiento. Aseguraban que cuando nada amenazaba su salud, había confiado en rueda de

amigos: "V*oy a vivir hasta los 86 y nada más, porque va a haber muchas muertes y van a ocurrir cosas horribles que no quiero ver*". La profecía quedó dramáticamente cumplida, ya que Augusto falleció a esa edad, el 20 de abril de 1971, cuando comenzaba la década más violenta de la historia argentina, durante la que se producirían miles de muertes y desapariciones por razones políticas.

Augusto formó parte de esa raza hoy casi extinguida de curanderos de barrio. En una época donde la medicina ni siquiera contaba con antibióticos para combatir las infecciones y la psicología era una excentricidad de intelectuales, los pacientes llegaban buscando no sólo solución para los dolores del cuerpo sino también un lugar donde ser escuchados y aconsejados. A veces el que investiga aísla el factor que le interesa y deshecha aspectos que otros considerarían insoslayables. En mi caso el interés especial iba dirigido hacia la clarividencia, pero me encontraba a cada momento con otros aspectos, como la prescripción de yerbas medicinales y curas mediante procedimientos que la medicina no reconoce.

La fama de estos personajes circulaba de boca en boca, alimentada un poco por la calidad de sus servicios y otro poco por razones más oscuras; las mismas razones que permiten a un cantante popular convertirse en ídolo mientras que otro, tal vez más talentoso, no pasa nunca de animar fiestas familiares. Los más conocidos en el país son sin duda Pancho Sierra[65] y la Madre María[66]. Sobre ambos pueden encontrarse libros, artículos periodísticos y hasta películas. A pesar de los años transcurridos, sus seguidores continúan renovándose. Cualquiera que frecuente el Cementerio del

---

[65] Francisco Sierra nació en Salto, provincia de Buenos Aires, el 21 de abril en 1831. Su modo de curar era con agua fría o mediante la imposición de manos. Falleció en 1891.

[66] María Salomé Loredo Otaola de Zubiza, más conocida como la Madre María, de origen español, nació el 11 de Octubre de 1854. Fue discípula de Pancho Sierra y murió en Buenos Aires el 2 de Octubre de 1929.

Oeste, más conocido como Chacarita, sabrá que hay sólo dos lugares donde nunca faltan las flores: el monumento a Carlos Gardel y la bóveda con los restos de la Madre María. Lo mismo ocurre en el pueblo de Salto, en la provincia de Buenos Aires, donde tiene su santuario principal Pancho Sierra.

Augusto Frin, en cambio, hoy es un desconocido fuera de su barrio; allí aún se lo recuerda, aunque no pude encontrar su retrato rodeado de velas en ninguna de las casas donde ingresé a realizar entrevistas. Y cuando busqué su tumba me costó encontrarla, disimulada y anónima en un lugar cualquiera del Cementerio de Avellaneda. Sin embargo, después de terminar la investigación, considero que poseía grandes capacidades paranormales que justifican su inclusión en este libro.

Viviendo entre los indígenas

Augusto Simón Frin nació en la ciudad de Paraná, Entre Ríos, el 15 de noviembre de 1884. Sus padres se llamaban Carlos Frin y Ana Lahargue. Habían llegado desde Francia unos años antes, de la región vasco-francesa junto a los Pirineos, esa cadena montañosa situada a lo largo de la frontera franco-española, entre el mar Mediterráneo y el golfo de Vizcaya.

Pocos datos pude conseguir sobre la vida de la familia en Paraná, una ciudad que entonces no superaba los quince mil habitantes. Allí pasó su infancia Augusto, internándose a hacer travesuras en la cercana e imponente selva en galería, nadando y pescando a orillas del río que había dado nombre a la ciudad, que en lengua guaraní significa “padre de los ríos”; también yendo a la escuela, ayudando a su madre en un pequeño comercio de venta de tabaco y aprendiendo el oficio de talabartero.

Los que lo recuerdan dicen que era muy parco para hablar de sus primeros años. De vez en cuando alguna referencia sobre su madre, pero ni una sola palabra sobre su

padre. Ese silencio escondía disputas familiares que lo decidieron, en 1895, con sólo once años, a huir de su casa rumbo al Norte, hacia el Gran Chaco.

Cuando se cumplieron tres años de su muerte, podía leerse en un diario local: "*A muy corta edad y llamado por su padrino, estanciero de la zona indígena del chaco santafesino, vivió toda su juventud con los indios, quienes adivinando su espíritu dotado de fuerzas superiores, le enseñaron todos los conocimientos fitotécnicos que luego empleara en hacer tanto bien y que hiciera trascender su nombre fuera de nuestras fronteras. Unido a estos conocimientos se desarrolla en él un fuerte poder parapsicológico, que utilizó como elemento de ayuda a todas las dolencias del ser humano, convirtiéndose en un permanente benefactor de todo aquel que lo necesitara*"[67].

El viaje que inició en el comienzo de su pubertad fue sin duda el más importante de su vida. Pasó toda su juventud conviviendo con indígenas, y al radicarse en la ciudad de Santa Fe, después de cumplir los veinte años, ya habían madurado en él los dos talentos por los que fue reconocido: su gran conocimiento sobre el poder curativo de yuyos y plantas autóctonas y una rara pero comprobable capacidad paranormal que utilizó sobre todo para realizar diagnósticos médicos precisos.

La región denominada Gran Chaco tiene una extensión de quinientos mil kilómetros cuadrados; su límite sur es el río Salado, incluyendo el norte de la provincia de Santa Fe y las provincias de Chaco y Formosa en su totalidad. Ésta fue, hasta fines del siglo XIX, una zona de grandes bosques y altos pastizales, donde habitaban, orgullosos y libres, distintos grupos aborígenes. Abipones, mocovíes, tobas y pilagás, entre otros, vivían de la recolección, de la caza y de la pesca.

---

[67] *Don Augusto Frin, Pionero de Domínico.* Noticias de Domínico. 20 de abril de 1974. Pág. 5.

¿Cuáles habrán sido las motivaciones que llevaron a un niño a internarse en aquel territorio lleno de peligros, sobre todo con su condición de hijo de europeos, en una geografía donde blancos y nativos disputaban cruelmente la tierra y los recursos naturales. No se sabe el itinerario ni los detalles del viaje; ni siquiera pude confirmar la existencia de aquel padrino que lo mandara a llamar. Lo que se puede inferir es que Augusto, luego de reiteradas rencillas familiares, solo o en compañía de algún amigo circunstancial, debió haber puesto rumbo al norte y recorrido alrededor de cuatrocientos kilómetros, distancia que lo separaba de la región menos explorada, donde los grupos aborígenes se refugiaban para tratar de mantener viva su cultura.

No se conoce la razón para que eligiera como destino final un lugar tan ajeno a sus costumbres. ¿Por qué no una ciudad grande y próspera, como era entonces Rosario o la misma Buenos Aires? Incluso de haber viajado a la estancia de su padrino, ¿por qué no se quedó allí rodeado de comodidades? Durante su infancia en Paraná, debe haber tenido noticias de los logros de la medicina indígena utilizando plantas y hierbas de la zona, en una época donde la ciencia oficial que se estudiaba en las universidades podía curar una cantidad muy limitada de enfermedades.

En el Gran Chaco, entre los miembros de la cultura toba, dice Orlando Sánchez[68], "*la salud de la comunidad depende en gran parte de la asistencia de sus médicos naturales llamados Pio'oxonaq, cuya profesión viene de tiempo inmemorial (...). La mayoría de estos médicos naturales, además de ejercer la curación psicosomática, paralelamente utilizan las medicinas herborísticas, según la complejidad del caso; o de tipo natural con hierbas que tienen virtudes curativas...*". Por supuesto que estos conocimientos eran considerados secretos y los Pio'oxonaq

---

[68] Sánchez, O. *Los Tobas, Cultura, Tradiciones y Leyendas*. Cap. IV: Salud y Medicina. Editorial Búsqueda. Buenos Aires. 1986.

sólo los transmitían a personas que cumplieran con exigentes ritos de iniciación o que demostraran virtudes o capacidades especiales. Con esta información, Augusto debió apostar a lo que sería su gran objetivo: viajar hasta encontrar una comunidad aborigen, vivir como uno más entre ellos, ganarse su confianza y lograr que le enseñaran aquellos conocimientos esotéricos.

Pero ¿qué virtudes o capacidades especiales podía ofrecer para ser aceptado entre los elegidos de aquel pueblo? Más allá de su decisión y su fortaleza para llevar a buen fin cualquier tarea comprometida, poco tenía para mostrar aquel "gringo" de corta edad, ignorante de la religión y del idioma del lugar, ni siquiera capacitado para sobrevivir en un medio tan ajeno al hogar que dejaba atrás. ¿Por qué fue aceptado de todas maneras? Lo que valoraron en él debió ser algo extraordinario, algún don que muy pocos poseían. Aquí es donde se hace necesario hablar sobre su clarividencia, una capacidad que probablemente ya hubiese aparecido antes de comenzar su viaje. Hasta es posible especular que esa capacidad paranormal haya sido la causa de las desavenencias familiares.

La clarividencia era considerada por aquellos indígenas, igual que para la mayoría de los pueblos de todas las épocas, como un signo de superioridad. Volviendo al texto de Orlando Sánchez, podemos leer que "*el saber de los médicos naturales no es adquirido intelectualmente, sino desarrollado instintivamente a partir de sus dotes (...) también entre ellos aparecen personas llamadas Oiquiaxai, con poderes excepcionales*", entendiendo por "poderes excepcionales" a la clarividencia. Más adelante se aclara que "*el origen de este poder es un ser espiritual quien le ha de asistir durante el ejercicio de su profesión, al modo de un 'espíritu compañero', Nnatac, hasta su muerte. Este ser espiritual es el encargado de suministrar todas las informaciones relacionadas al origen y las causas de las enfermedades y el desajuste del comportamiento humano*". No hay duda que al menos entre los tobas, esa capacidad

que mostraba Augusto debió ser carta de presentación suficiente para poder vivir en esa comunidad y gozar de la confianza de los elegidos.

Con la información expuesta hasta ahora, es posible conjeturar de una manera razonable, aunque sujeta a la confirmación de futuras investigaciones, que Augusto, luego de la partida de su hogar, logró integrarse a una comunidad aborigen, donde pasó su juventud aprendiendo los secretos de la herboristería indígena y desarrollando su capacidad de clarividencia orientada, sobre todo, al diagnóstico de enfermedades.

El siguiente dato corroborable lo ubica en la ciudad de Santa Fe, donde se casa con Segunda Galván, y en 1907 nace su primer hijo, Bernardo Sabá Frin, que es bautizado en la catedral de Santa Fe. Estos datos los encontré de manera casual. Sabiendo que Frin había tenido un campo en la localidad de Navarro me acerqué hasta la iglesia local, llamada San Lorenzo Mártir, y tuve la suerte de localizar el acta de casamiento de Bernardo Sabá, en donde figuraba su fecha y lugar de bautismo y el nombre de su madre.

La llegada a la ciudad de Santa Fe estuvo precedida de ribetes quijotescos. Después de varios años de vivir en armonía dentro de la comunidad indígena, comenzó a producirse una rivalidad con el cacique principal. Las capacidades parapsicológicas de Augusto le habían permitido lograr una importante ascendencia sobre el grupo, y el liderazgo de su colega comenzaba a ponerse en duda. Cuando la disputa llegó a ser irreconciliable, su rival ideó una estrategia para matarlo. Aunque para suerte de Augusto, algunos amigos fieles descubrieron el plan y lo ayudaron a escapar. Casi sin dinero, con apenas un poco de ropa, algunos enseres juntados de apuro y un burro por único vehículo, pudo escapar para salvar su vida junto a Segunda, su compañera de los últimos tiempos.

Augusto trabajó como talabartero en Santa Fe y a medida que se hacía conocido se fue atreviendo como

diagnosticador y yuyero. Solía contar que allí realizó el primer diagnóstico empleando su videncia y la correspondiente prescripción de yerbas medicinales, de acuerdo a lo aprendido entre los indígenas. El nombre del paciente se perdió, pero se sabe que fue nada menos que el hijo del Jefe de Policía de la ciudad.

Una experiencia reveladora

En coincidencia con el nacimiento de su primer hijo, quizá buscando un mejor destino para él, viajaría más al sur, hasta Villa Domínico, donde se radicaría en forma definitiva; allí vivió en una casa de chapa y madera, ya completamente dedicado a brindar sus videncias en forma gratuita y a preparar y comercializar sus fórmulas de yerbas medicinales. Se lo recuerda recorriendo las zonas baldías en las inmediaciones de las vías del recientemente inaugurado tranvía, buscando plantas de difícil identificación; también algunos viejos vecinos aseguran haberlo visto vendiéndolas en un pequeño puesto cercano al actual parque *Los Derechos del Trabajador*, donde se ubicaba el casco de la estancia de la familia Domínico que dio nombre al lugar.

Los rastros de Segunda Galván se perdieron, probablemente porque haya fallecido a poco de llegar. Lo cierto es que rápidamente el nombre de Augusto comenzó a trascender los límites del barrio, ya que sus videncias asombraban por la precisión y la profundidad, a diferencia de tantos embaucadores cuya fama era efímera porque estaba basaba en engaños. Cada vez más gente quería conocer a "*el hombre*", como lo llamaban muchos, o simplemente al "*yuyero de Domínico*". Comenzó a circular la frase popular, utilizada para casos sin remedio, que decía: "*Ni Frin con sus yuyos puede salvarte*", como indicativo de su prestigio; lo mismo que el bautismo de la parada del tranvía en Mitre 4400 como "parada Frin", donde diariamente bajaban cientos de personas para ser atendidas.

Su método era simple y efectivo. El que lo visitaba

debía darle el nombre y apellido de la persona por la que se consultaba. Inmediatamente hacía un pequeño silencio, entornaba los ojos y giraba levemente su cabeza hacia uno y otro lado, como para dar tiempo a que la videncia se llevara a cabo. Después de unos segundos, su voz seca y terminante comunicaba al visitante el diagnóstico; y recomendaba, según el caso, la ingestión de algún té de hierbas que él vendía o la consulta a un médico.

A medida que fue conocido en lugares más alejados inauguró un sistema de consulta postal. Debía enviarse en un sobre el nombre y apellido de la persona enferma y un billete de dos pesos. Al poco tiempo, el remitente recibía a vuelta de correo una pequeña caja con el diagnóstico requerido, los yuyos correspondientes y las recomendaciones necesarias.

Esta modalidad de consulta a distancia, que era tan efectiva como la visita personal del enfermo, da una idea de la extraordinaria capacidad parapsicológica de Augusto, ya que por correspondencia era imposible inferir un diagnóstico basándose en el aspecto del paciente o en cualquier otro detalle observado, como suelen hacer los que se atribuyen poderes inexistentes.

En el año 1921, el ingeniero José Salvador Fernández tuvo noticias de Augusto y le pareció que las consultas postales eran ideales para realizar un experimento. Fernández estaba dedicado de lleno a su cátedra de Física en los colegios secundarios, permaneciendo escéptico a toda manifestación ajena a la ciencia ortodoxa. Así lo expresaba en uno de sus libros: "*En aquella época, nuestro personal enfoque de la Realidad estaba orientado firmemente dentro del riguroso positivismo materialista y mecanicista de la ciencia clásica del siglo XIX*"[69]. Sin embargo, la noticia de la existencia de un yuyero

[69] Fernández, J. *Más Allá de la Cuarta Dimensión*. Editorial Constancia. Buenos Aires. 1963. Pág. 10.

y vidente en Villa Domínico sacudió la firmeza de sus convicciones. Debido a la relevancia del autor, y por ser el único testimonio escrito sobre la actividad de Augusto, me permito transcribir íntegramente lo relatado en su libro:

"Actuando como técnico de una empresa importadora de novedosos aparatos eléctricos, el gerente-propietario de la misma, señor J. J. B., al regresar de un viaje a Córdoba, trajo la noticia de que un 'yuyero' de Villa Domínico era famoso por allá, por sus éxitos curativos. Bastaba con enviarle $ 2 m/n por correo, con el nombre y dirección del enfermo, para recibir paquetes con las hierbas curativas, a vuelta de correo.

Y, ante nuestra sonrisa burlona, agregó que la familia de un estanciero amigo suyo, de Tucumán, recibió de vuelta los $ 2 m/n remitidos, con indicación de que el enfermo no tenía cura; cosa que se verificó al poco tiempo, ante el fallecimiento del mismo.

En vista de esos hechos, resolvimos hacer un ensayo simultáneo, enviando cartas con nuestros nombres y el de un amigo presente (escribano E. M.). Al día siguiente, llegaron dos paquetes para cada uno, con indicaciones de los males a curar. Todos estuvieron, en principio, acertados.

Nuestros paquetes incluían un yuyo para corregir la marcha intestinal y otro para curar la tos. El primero correspondía a un malestar que nos preocupaba, derivado de irregularidad en horas y lugares de comidas, que pudo haberse averiguado. Pero el otro, también acertado, correspondía a la tos que, como consecuencia de un enfriamiento en la noche al regresar a nuestro domicilio en Banfield, nos afectó luego del envío de la carta aludida.

Todo esto nos dejó confusos a los tres experimentadores, pero suponiendo que el 'yuyero' tuviese un especial servicio de información, resolvimos hacer una experiencia que nos pareció crucial: pedimos remedios para una hermana del señor J. J. B. que residía en Italia. Y al otro día llegaron los paquetes, con sorprendente acierto sobre los

males que padecía esa señora.

Estos psico-diagnósticos exactos, sin limitaciones de distancia nos impresionaron fuertemente. Nadie tomó los remedios remitidos, pero la experimentación hecha tuvo la virtud de despertar una sensación de temor ante poderes desconocidos, capaces de develar íntimos secretos y de enfrentar los clásicos métodos científicos con inverosímiles efectos exitosos, en los deslindes del curanderismo, que todos menospreciábamos"[70].

Más adelante, Fernández devela el nombre del yuyero y termina de relatar la experiencia:

"Con Augusto Frin, el 'yuyero' de nuestra primer experiencia, tuvimos pruebas de sus aptitudes de clarividencia general y también de sus aptitudes parabiológicas, ya que con sus hierbas terminaron rebeldes ataques de hígado de nuestra esposa, que no se aliviaban con los tratamientos de los amigos médicos. Frin descubrió, por clarividencia, que el origen de la molestia hepática era una inflamación de ovario; y los 'yuyos' para eliminar ésta, terminaron con los ataques hepáticos, no repitiéndose hasta el presente (1963)"[71].

Analizando brevemente lo leído, se pueden extraer algunas conclusiones interesantes. En primer lugar que Augusto cobraba por los yuyos entregados pero no por las videncias, como lo demuestra el caso del estanciero citado de Tucumán; también que hacia 1921 su fama tenía carácter al menos nacional, ya que el testigo tuvo noticias suyas en localidades muy alejadas de Villa Domínico; y por último, la realidad de su capacidad para diagnosticar a distancia, que no permite ser puesta en duda gracias al sencillo e ingenioso diseño experimental utilizado por Fernández, lo mismo que la gran efectividad de sus hierbas medicinales.

---

[70] Fernández, J. *Libro Citado* (1963). Pág. 10.
[71] Fernández, J. *Libro Citado* (1963). Pág. 11.

Un día cualquiera

Veinte años después de la llegada a Villa Domínico su vida había experimentado grandes cambios. Había dejado su casa sencilla para instalarse en un predio de veintidós metros de frente por ciento seis metros de fondo, donde había hecho construir un chalet llamado "El Chiche", tan lujoso que hasta un poeta local le dedicó unos versos: "*Cuando niño te veía / como sueño de arlequín / castillo de cuento de hadas / eras la casa de Frin*"[72].

Hacía tiempo que había dejado de recolectar con sus manos los yuyos para comprarlos al por mayor; y en lugar de venderlos al paso en sencillas bolsas de papel, había fundado una sociedad llamada Grandes Laboratorios y Herboristerías Frin, que distribuía sus treinta y dos fórmulas en las farmacias de todo el país. Tal vez alguno de ustedes recuerde los envases, con el nombre de La Provinciana y el dibujo de un burrito debajo. Con esta actividad, y con el dinero que recibía de muchos millonarios agradecidos, se convirtió en el hombre más rico de Avellaneda.

Unos años antes se había casado en segundas nupcias con su secretaria Nélida Ginocchio, y al poco tiempo nacía su segundo hijo. Augusto nunca dejó el barrio. Educado, servicial con los vecinos y siempre dispuesto a socorrer a los necesitados, llegó a ser presidente de la Cruz Roja local y colaborador permanente en distintos clubes y sociedades de fomento. Muchos poderosos lo visitaban, incluyendo algún presidente de la república; sin embargo mantuvo la humildad aprendida en su juventud y nunca dejó de ofrecer sus videncias a quien las necesitara.

Cuando comencé la investigación ya hacía treinta y cinco años que Frin había fallecido, después de vivir medio siglo en la misma casa; de manera que cualquier abuelo que

[72] Farao, N. Casa de Frin. Del libro *Juntos por el Barrio*. Edición particular. Buenos Aires, 2004. Pág. 34.

caminara por la zona, o que estuviera sentado en la vereda viendo pasar el mundo, tenía casi con seguridad algo para contarme. A diferencia de otros casos en que los testimonios son difíciles de conseguir pude recoger cerca de cien, que iban desde algún recuerdo escuchado de terceros hasta extensas y detalladas evocaciones de quienes habían estado más cerca. En cambio no pude ubicar a ningún amigo personal, ya que todos habían fallecido.

Aunque me interesaba sobre todo conseguir documentos sobre diagnósticos a distancia, como el detallado por Fernández, la gente sólo parecía querer relatar curaciones, casi siempre consideradas milagrosas. Por supuesto que para el enfermo lo único importante es solucionar su problema sin preguntarse qué mecanismos intervienen; pero para el médico o el parapsicólogo es importante dejar claro este punto. Se sabe que el ochenta por ciento de las enfermedades tienen origen psicosomático, y muchas veces la visita a un curandero suele activar mecanismos internos que modifican el estado de ánimo, consiguiendo aliviar y hasta hacer desaparecer los síntomas. De esto se aprovechan muchos farsantes, que consiguen buenos resultados sugestionando al paciente para poner en marcha procesos de autocuración. También suelen confundirse restablecimientos de problemas graves con enfermedades leves mal diagnosticadas, o con mejorías transitorias.

Por todo esto es que resulta imprudente en estos casos aceptar las curas como verdaderas en primera instancia. Pero con Frin es imposible soslayar este aspecto; lo incluiré sólo para complementar la descripción general y ayudar a comprender el origen de su prestigio, sin que pueda asegurar nada sobre el valor de esos testimonios.

Así fui armando la historia, eligiendo sólo los datos que escuchaba en al menos tres ocasiones distintas. Cuando dudaba sobre cómo organizar tantos aspectos diferentes, y a veces contradictorios, en un solo relato, la

solución apareció conversando con un director de cine que también había conocido a Frin. Se me ocurrió que tal vez fuera interesante reconstruir una jornada completa como si fuera una película, utilizando toda la información recogida. Aquí va, entonces, para terminar, cómo debió ser un día cualquiera de su vida, allá por el año 1950, en la cumbre de su fama:

Le gustaba despertarse muy temprano, a eso de las cinco, cuando el sol aún no asomaba, y aceptaba los primeros mates amargos cebados por su esposa.

Dos veces por día los vecinos lo veían pasar desde su casa hasta la avenida Mitre 4083 donde atendía. Algunos aprovechaban para consultarlo sin tener que hacer largas colas. Así lo conoció Pola cuando tenía seis años y estaba llorando en la puerta:

- ¿Por qué llorás m'hijita?

- Me duele mucho la muela.

- A ver, ¿cuál es? Decime bien cuál es.

Augusto tocó la muela con su dedo índice y el dolor cesó para siempre. Muchas personas paliaban sus problemas dentales de esa forma, aunque él siempre los alertaba: "*Doler no te va a doler más, pero andá al dentista porque no está curada*".

Delante de la puerta donde atendía llamaba la atención ver coches lujosos estacionados, con choferes de uniforme que salían a estirar un poco las piernas y abreviar la espera, conversando con los más humildes que llegaban en tranvía y debían permanecer a la intemperie; algunos pasaban toda la noche allí, prendiendo fogatas en invierno para calentarse, contando las historias que los habían llevado hasta ese lugar: "*Vengo por mi hermana. Los médicos no se ponen de acuerdo sobre lo que tiene y estoy preocupado. ¿Cómo supe de don Augusto? Tengo dos amigos, uno que creía porque ya lo había visitado y el otro que decía que era un charlatán, que le sacaba la plata a la*

gente. Hicieron una apuesta y decidieron ponerlo a prueba. Cuando entraron le dieron el nombre y apellido de una tía que ya estaba muerta; pero el viejo se dio cuenta de todo. Se paró, señaló la puerta y les dijo: '¡váyanse, con los muertos no se juega!'".

Una vez que se atravesaba la puerta el trámite era rápido. Una última antesala llena de cuchicheos y ansiedad y finalmente la consulta tan esperada que duraba pocos minutos. Una rutina que cambiaba de acuerdo a cuál fuera el diagnóstico. Mercedes había llegado con su hijo de cuatro años en brazos. Llorando le había contado lo que le aseguraban los médicos:

- Me dijeron que tiene ictericia y que me prepare porque se puede morir.
- No era necesario que lo trajeras, y son macanas que se vaya a morir. Hacé té con estos yuyos y dale medio litro por día que va a andar bien.

Marta, por su parte, creía penar por un embarazo que la tenía a mal traer y había quedado sorprendida de la respuesta de Augusto: *"¿Quién te dijo que estás de compras? Tomá seguido de este té que te va a hacer bien para la inflamación y para los nervios. Y dejate de pavadas, que no estás nada de compras*".

Los diagnósticos nunca fallaban; tarde o temprano se cumplían. Las hierbas bien tomadas siempre curaban y cada enfermo restablecido se encargaba de divulgarlo. A veces ni siquiera hacía falta comprarlas. Lola había llegado con un sarpullido en la cintura que le provocaba grandes dolores: "*No te preocupés, es culebrilla*", le había dicho, y le había pintado la zona con tinta china, recitando en voz baja palabras que le hubiese gustado conocer, pero que por vergüenza no se había animado a preguntarle.

Héctor tampoco había tenido necesidad de gastar en hierbas. En realidad había sido idea de Augusto que lo fuera a ver. Conversando en la esquina le había preguntado si no

le molestaba una verruga que rozaba la manga de la camisa. Se la había curado quemándola con la punta de un palito que parecía de yerba mate. Después le había puesto una *curita* y a los tres o cuatro días se le había caído entera, y nunca más lo había vuelto a molestar.

Estos casos eran los que más le agradaban a Augusto: enfermedades simples que se curaban fácil. La gente se iba contenta, lo abrazaba y a veces hasta querían dejarle regalos. Lo peor eran los casos sin remedio. Un empleado suyo lo había consultado por un cuñado, y le había tenido que decir: "*Puede tirar un tiempo pero no mucho más. ¿Para qué lo van a operar? Mejor déjenlo tranquilo*".

Así era de directo. "*Al pan, pan; y al vino, vino*". Él decía siempre la verdad, sea quien fuera el enfermo. Como aquella vez que lo habían venido a consultar nada menos que por la señora del presidente. Ni siquiera Nélida estaba dispuesta a aceptarlo y le seguía llevando yerbas cuando la iba a visitar. "*No sea zonza m'hijita* –le decía– *la Eva no tiene remedio*". En esos casos la gente se enojaba; algunos creían que era cuestión de plata, o le pedían que se fijara bien por si había algún error. Pero, ¿qué error iba a haber, si las cosas eran de una sola manera? Él no tenía la culpa.

Cuando se cansaba de tanto dolor se escapaba hasta el boliche, se tomaba algunas ginebras y se ponía más conversador. "*Es mi único vicio*", se defendía ante quienes lo retaban. Lo mismo pensaba aquel psiquiatra amigo con el que tanto conversaba: "*Es imposible soportar sano ese don que tiene. Saber qué tiene y qué piensa cada persona todo el tiempo no es para cualquiera*". Acodado en el estaño se sentía a gusto con los vecinos. Sabían que venía a despejarse y no lo cargoseaban. Le gustaba hablar de coches de carrera o contar anécdotas de sus viajes por el interior, cuando iba a comprar yuyos o visitar amigos.

Pero no siempre podía ser uno más entre los parroquianos. Veía cosas aunque no las quisiera ver, y a

veces no las podía callar. Todos recordaban la tarde que llegó Julio. Estaban charlando y jugando a la baraja. Entró para despedirse de lo más contento; debía viajar con urgencia al Uruguay por un negocio. Pagó una vuelta para todos y se fue. Al rato Augusto dijo, sin que nadie se lo preguntara: "*Éste se va pero no vuelve mas, porque se muere allá*". Algunos se rieron pensando en una improbable broma; los demás se quedaron callados y pensativos. Y desde ese momento compartieron el secreto por unas pocas semanas, hasta que llegó el telegrama increíble anunciando el fallecimiento.

Otras veces solía cruzar Belgrano, cuando todavía era empedrado, para visitar la carnicería de su amigo Luis. Había ayudado a su mujer, que tenía problemas con la edad crítica y los médicos no los podían solucionar. La había curado con sus hierbas, pero Luis no terminaba de creer lo de las videncias. Pensaba que Augusto era un buen hombre, pero que le gustaba macanear con esas cosas para hacerse famoso.

Hasta que un día cambió de opinión. Un amigo tenía la esposa muy enferma; llegó hasta la carnicería y le contó cuánto había sufrido desde chica con la muerte temprana de sus padres, varias operaciones y un primer matrimonio infeliz. Luis se enterneció y lo acompañó personalmente a ver a Augusto, para que no tuviera que hacer la cola. Los presentó, y cuando los dejaba solos Augusto le pidió que se quedara. Enseguida le dijo que a la mujer no se la salvaba nadie, que no había nada que hacer. Pero como no le creía, y hasta se había puesto medio violento, para convencerlo que decía la verdad le empezó a hablar del pasado de ella, y le contó las mismas historias que había escuchado un rato antes en la carnicería, y otras que nadie de los presentes conocía.

Augusto estaba contento con su oficio porque había gente agradecida. Como la mujer que había venido porque el cuerpo de su hijo adolescente hacía semanas que estaba

lleno de eccemas y los médicos se pasaban la pelota unos a otros. "*A ver, decime bien el nombre completo*". Hizo callar con un gesto a la mujer, pensó un rato, y le dijo: "*Tu pibe lo que tiene es una gran intoxicación con pescado. Se la agarró cuando fue a la costa a pescar; a los otros dos no les pasó nada porque tenía que ser así. Que tome un litro de este té durante diez días y se le pasa todo*". Ella había vuelto con su hijo para que lo viera curado y le había dado un beso de agradecimiento que le había salvado el día. Ni un centavo le ofreció, sólo ese beso.

Otra cosa que lo ponía contento era ver en un nombre una enfermedad mala, de esas que matan a la gente, y sin embargo sentir que la persona igual se iba a curar. "*Si lo llevás al médico lo van a querer operar, pero que no lo operen porque lo van a arruinar. Tiene algo malo pero se va a curar. En seis meses va a estar como nuevo*". Cuando volvían para decirle que había tenido razón, a veces de contento hasta traía un buen vino para brindar y después se quedaba un rato solo, pensando por qué semejante enfermedad se había ido tan fácil como había llegado ¿La había curado él o había sido el mismo enfermo que se había curado por la fe que le tenía? Ni su amigo el doctor se lo había podido contestar: "*Si no lo sabe usted...*" le había dicho una vez, mientras ponía cara de póker.

Eran amarguras y alegrías muy fuertes para aguantarse así nomás. Por eso esperaba los domingos como si fuera un obrero más del frigorífico. Tempranito llegaba el chofer con el Ford 47 y se iban a pasear. Y la alegría era doble cuando alguno de los nietos lo acompañaba. Se iban al puerto a ver los barcos o hasta el Tigre a oler el río. A veces se animaba hasta Chascomús. Disfrutaba del viento y de la tierra que entraba por la ventanilla; el olor a cuero de los asientos le recordaba sus tiempos de talabartero, cuando no tenía nada ni nadie lo conocía.

Volvía cansado como si hubiese hecho el recorrido a

caballo, pero satisfecho. Todavía aprovechaba para contestar las últimas cartas que quedaban de la semana; a veces cenaba con algún amigo pituco que lo venía a consultar sobre cómo invertir mejor su dinero o para saber si tal juicio valía la pena seguirlo.

Después derecho a la cama. Se acostaba boca arriba con las manos cruzadas detrás de la nuca; se quedaba un rato largo con los ojos bien abiertos en la oscuridad, recordando cuando disfrutaba en el monte mirando los algarrobos recortándose contra el cielo. Y se repetía las mismas preguntas que le hacían durante el día. ¿Cómo podía mirar todo como si tuviera una máquina de rayos X adentro de la cabeza? ¿Dónde veía el futuro y el pasado de las personas? ¿Eran cosas de Dios o del Diablo? Se ponía serio y nunca les contestaba. No porque quisiera hacerse el difícil o el misterioso sino porque no lo sabía, si al fin de cuentas no había hecho más que la escuela primaria.

Cuando empezaba a pestañear, abrazaba la almohada y se dormía rozando con el dorso de la mano aquel crucifijo que sólo Nélida sabía que estaba allí. Él, que no creía en ángeles ni en duendes, que no iba nunca a la iglesia, que no era espiritista ni nunca lo habían podido convencer de hacerse masón, se aferraba a aquella costumbre aprendida de chico para poder dormir sin que lo asaltasen las pesadillas.

9

CÓMO CONTINUAR



Qué día es hoy.
Es todos los días.
Amiga.
Es toda la vida.
Amor.
Amamos y vivimos.
Vivimos y amamos.
Y no sabemos qué es la vida.
Y no sabemos qué es el día.
Y no sabemos qué es el amor.

Canción. Jacques Prevert

CÓMO CONTINUAR

Este libro está llegando a su fin. Siento una emoción especial cuando veo, en el colectivo o en el subte, a alguien leyendo con avidez las últimas páginas de un libro. Imagino a ese lector como el protagonista de una larga aventura que finaliza y que todavía no tiene acceso al desenlace final.

Cualquiera puede darse cuenta si un lector está por terminar un libro, aunque la distancia no le permita identificar el número de página en que está detenido. Todos sabemos que un libro está finalizando cuando la cantidad de páginas que quedan a nuestra derecha es escasa. Sin embargo, no debemos confiarnos demasiado de este recurso. Si en lugar de observar lectores en Argentina, España o Guatemala, tuviéramos que hacerlo en Líbano o Arabia Saudita, deberíamos saber que en esos países un libro está por finalizar cuando quedan pocas páginas a nuestra izquierda. Esto se debe a que se escribe, y por lo tanto se lee, de derecha a izquierda, comenzando por la página que para nosotros sería la última, y convirtiendo la aburrida contratapa en el lugar donde aparece el título y el autor de la obra.

Esta curiosidad es nada más que para entender lo relativa que puede resultar cualquier observación, si no la teñimos con las convenciones de la época y del lugar en que fue obtenida. Más allá de lo que falte por leer, a la izquierda o a la derecha, o por escribir, nunca uno está seguro cuándo termina definitivamente un libro. Caminando entre las sierras, solemos ilusionarnos con que la cima que tenemos delante es la última y nos apresuramos para alcanzarla; aunque al llegar descubrimos que detrás de ella se ocultaban otras aún más altas, convirtiendo lo que parecía un final asegurado en la primera etapa de otra travesía mayor.

Así son los libros, sobre todo los de biografías como éste. Uno se involucra cada vez más en la vida de la persona y cada dato que consigue le genera nuevas

preguntas y posibilidades, convirtiendo la tarea en interminable. Se fastidia y decide suspender la búsqueda para preparar un pretendido informe final, aunque siempre permanezca atento a cualquier novedad que pueda surgir.

Les comentaré un solo caso, entre muchos, en que obtuve pistas prometedoras que no llegué a incluir por falta de tiempo para certificar la validez de la fuente. Tiene que ver con Mister Luck. Había llegado a mis manos un libro raro, en el que su autor, un periodista profesional, incluía un extenso reportaje al ingeniero José Fernández que me interesaba examinar. En la presentación del entrevistado, mientras repasaba sus antecedentes, quedé petrificado al leer un par de palabras escritas casi como al pasar: "*…luego experimentó con el famoso clarividente y AGENTE BRITÁNICO Mr. Luck*"[73].

¿Cómo que Mister Luck era agente británico? ¿Por qué se hacía semejante afirmación como si fuera algo que todos conocían? Traté de insertar lo leído en el contexto general de lo que ya sabía y aparecían derivaciones inquietantes. También el capitán Boothby, iniciador de Armando King en la radiestesia, había sido un agente británico. ¿Había existido una campaña Británica para infiltrar a sus psíquicos como agentes secretos? En el caso de Luck, de acuerdo a lo conocido, podía contestarse afirmativamente esa pregunta. Su fama le había permitido acercarse a personas importantes, como embajadores, empresarios y miembros del gobierno. ¿Leería en sus mentes secretos de Estado como leía otros aspectos menos importantes? El acercamiento al doctor Canavesio ¿tendría como fin ingresar al Ministerio de Salud, para desde allí acceder a diversas áreas de la Administración Nacional?

Pronto supe que Cañas ya había fallecido, pero que había escrito otro libro titulado *Qué Hicieron los Agentes*

---

[73] Cañas, J. *El Hombre Sobrevive a la Muerte*. Editorial Betiles. Buenos Aires, 1979. Pág. 24. (El agregado de mayúsculas es mío).

Secretos Británicos en el Río de la Plata[74]. Confiado de que en ese texto encontraría resuelto el enigma me lancé a conseguirlo. Debí hacer muchas gestiones, pero finalmente lo adquirí en una venta informal por Internet. Ni bien lo tuve en mis manos busqué el primer bar y me senté a hojearlo con voracidad. ¿Cambiaría desde ese momento la imagen que tenía de Luck, la de un hombre solitario y alejado de las cuestiones políticas por la de una especie de James Bond que utilizaba la clarividencia en lugar de los sistemas electrónicos de escucha?

Mi expectativa pronto se derrumbó, ya que el libro sólo cubría lo ocurrido durante el siglo XIX. Aunque en el prólogo se anunciaba que el autor había iniciado "*una serie de libros sobre el tema específico de la inteligencia política y militar, que proseguirá con otras obras en curso de edición*"[75], no pude encontrar ningún título de fecha posterior, por lo que presumo que la muerte interrumpió su plan de publicaciones.

¿Qué hacer con la afirmación de Cañas, tan segura y firme, aunque tan desvalida de pruebas? Podría ser que existieran evidencias contundentes que no llegó a divulgar o que se tratara sólo de una exageración desafortunada para darle un poco de color al relato. Cualquiera que fuese la verdad no me permitía incluir esa información como verídica. Sólo servía como hipótesis de trabajo de nuevas indagaciones.

También han quedado esparcidos a lo largo del texto nombres que tal vez merecieran mayor espacio. Su lugar secundario no significa que tengan menos méritos que los demás sino que fue más difícil conseguir antecedentes. Hay testigos que no tienen ganas de hablar, o viven muy lejos, o los datos decisivos están archivados en lugares de acceso restringido. Como ustedes entenderán, y como tal vez les

---

[74] Cañas, J. *Qué Hicieron los Agentes Secretos en el Río de la Plata*. Editorial Plus Ultra. Buenos Aires. 1970.
[75] Cañas, J. *Libro Citado*. 1979. Pág. 9.

ocurra si se deciden a buscar, no es lo mismo solicitar referencias de un escritor talentoso o de un artista de moda que de un psíquico. En un caso las puertas se abrirán naturalmente y el funcionario de turno estará feliz de colaborar; mientras que en el otro recibirán esa mirada que conozco tan bien, mezcla de desconfianza y desconocimiento, sintetizada en una frase: "*¿Qué está buscando este loco?*".

En otras ocasiones, la suerte nos regala una pista promisoria aunque después no sea tan fácil continuar, como me ocurrió con el caso de Anne de la Motte, la viuda de Alexis Carrel citada en el capítulo 2. Uno de los pueblos más hermosos de Córdoba es sin duda La Cumbrecita; y aún lo sigue siendo a pesar de su crecimiento demográfico descontrolado, al menos para el gusto de este amante de la naturaleza y del silencio. Como Gustavo King, el nieto de Armando, se había mudado muy cerca, a Los Reartes, otro pueblito recomendable, decidí, luego de visitarlo, gastar mis últimos días de vacaciones en La Cumbrecita.

Tengo la costumbre de visitar los cementerios porque en ellos suele encontrarse buena parte de la historia de un lugar, y cada tanto uno recibe alguna sorpresa agradable. No me refiero a la aparición de fantasmas sino al descubrimiento de pormenores inauditos. El cementerio de La Cumbrecita cuenta con menos de cien tumbas. Por ese lugar caminaba, disfrutando de las artísticas lápidas, leyendo asombrado los lugares de nacimiento tan lejanos de la mayoría de los pioneros, que descansaban para siempre a la sombra de los cipreses. Hasta que de pronto mi indolencia de turista dejó lugar a la curiosidad del investigador, siempre dispuesta a despertar. Me detuve delante de una cruz de madera oscura, sobre la que algún orfebre había tallado elegantemente: "*Madame A. Carrel 15-2-1877 2-2-1968*".

¿Era posible que estuviera frente a los restos de Anne de la Motte? Las fechas de nacimiento y fallecimiento eran alentadoras; hasta podía conjeturar que la fama de la

difunta hubiese sido tal que sus deudos hubieran elegido inmortalizarla sin tener que mencionar su nombre completo. Por último, el término “madame” era francés, igual que su nacionalidad. Ese mismo día debía partir así que sólo tuve tiempo para fotografiar la cruz, confiando en continuar la tarea desde Buenos Aires.

Al llegar envié un mail a la página Web del pueblo solicitando información, escudándome en que estaba completando una biografía de Alexis Carrel. Debo reconocer que en este caso el prejuicio no existió, ya que me contestó Ricardo Bachmann, un antiguo habitante apasionado por la historia local, diciéndome: “*Efectivamente se trata de la tumba de madame Anne Carrel, aunque la información que hemos podido reunir es prácticamente nula. Lo que sabemos es que llegó a La Cumbrecita aproximadamente en el año 1954. Madame Carrel era conocida por asistir al médico Dr. von Witzeben en su trabajo, así se cuenta, con poderes paranormales. Hay varias historias rondando que hablan de sus habilidades en este campo, y de vidas que fueron salvadas gracias a sus conocimientos también en nuestra familia*”.

Ricardo se entusiasmó y trató de colaborar conmigo. Alcanzó a recolectar algunas historias sobre diagnósticos clarividentes al estilo de Enrique Marchesini, pero ya no quedaban casi recuerdos de Anne. Había pasado sus últimos años sola en el Hotel La Cumbrecita, después de que el Dr. Witzeben se alejara del pueblo. Como algunos mencionaban la existencia de un hijo que llegaba cada tanto de Buenos Aires, ante la posibilidad de que todavía estuviera vivo me acerqué a la embajada de Francia. Me sirvió para enterarme que contaban con información sobre ciudadanos franceses en el país sólo desde 1980 en adelante, y que, de todas maneras, quedaba restringida a los interesados directos. Quise todavía saber si podía incluirme dentro del grupo de “interesados directos”, pero me indicaron que no, apelando a diversas excusas.

La búsqueda de psíquicos en actividad

Tengo un amigo llamado Sergio al que veo de tanto en tanto. Es un muchacho inteligente, despierto, que sabe plantearse las grandes preguntas que se ha hecho el hombre a través de la historia, aunque no tenga la constancia para intentar responderlas por sí mismo. Cada vez que nos sentamos a tomar un café, en algún momento de la charla me consulta sin muchos preámbulos: "*¿Siempre andás con ese tema de los locos?* refiriéndose no a la psiquiatría sino a la parapsicología, por supuesto. Después de la respuesta afirmativa, me arrincona con la interpelación habitual: "*¿Y…existen o no existen esas cosas? Decime la posta*".

A pesar de su vocabulario Sergio siempre da en el clavo, siempre me recuerda que lo único importante es contestar por sí o por no su pregunta. Llevaría un largo rato detallar cuáles son "esas cosas", aunque básicamente se refiere a la vida después de la muerte, la telepatía, la psicokinesis y por supuesto los psíquicos. Intento explicarle las dificultades del trabajo, lo escurridizo del fenómeno, la necesidad de contar con más recursos. Me escucha un rato, y cuando se cansa vuelve a machacar: "*Está todo bien, pero ¿existen o no existen?*".

Esta duda es la misma que intenté mantener omnipresente ya desde la primera página del libro, donde podía leerse: *"¿Quiénes son los psíquicos? ¿Existen realmente, trabajan con nosotros, se sientan a nuestro lado en el colectivo o sólo habitan el mundo de los comics, son nada más que personajes de una novela que la gente se encarga de ir escribiendo?*".

Espero que la opinión de ustedes sea parecida a la mía. Después de tanto andar y escribir no tengo una respuesta definitiva. Por supuesto que los psíquicos existen; son todos los que hemos nombrado en estas páginas y aún quedan más. Ellos son la maravilla detrás de la cual corrimos durante todo el libro. Lo imposible de asegurar por el

momento es si sus habilidades paranormales son o no verdaderas. En realidad, si nos refiriéramos a habilidades deportivas o artísticas, creo que el valor de la prueba exhibido conformaría a casi todos; pero tratándose de parapsicología, la ciencia siempre nos recuerda una frase incómoda pero razonable: "*A fenómenos extraordinarios, pruebas extraordinarias*".

Para el que no esté de acuerdo mencionaré una situación ficticia que demuestra que también en la vida cotidiana nos comportamos con el mismo nivel de exigencia. Si nos encontramos en la calle con un vecino y nos comenta que un rato antes vio a nuestra esposa entrar en la panadería, lo aceptaremos sin ningún reparo. En cambio si nos confía discretamente que la tarde anterior la sorprendió besándose apasionadamente con otro hombre, gritaremos indignados que se trata de una calumnia, que sólo lo creeremos si se nos muestra una fotografía, o una filmación, o, mejor aún, lo aceptaremos sólo si lo vemos con nuestros propios ojos.

Los fenómenos paranormales son para la ciencia actual algo bastante parecido al ejemplo anterior, son una gran infidelidad a sus principales leyes. Si fuera cierto lo del beso nos obligaría a entrar en una profunda crisis, a replantear muchas de nuestras certezas, a tener que iniciar una nueva vida. Pues lo mismo ocurriría con la ciencia actual si se pudieran demostrar los fenómenos paranormales. Si fuera cierto que Enrique Marchesini podía leer un libro sin mirarlo, o que Augusto Frín realizaba diagnósticos a distancia conociendo sólo el nombre del paciente, obligaría a cambios extraordinarios, por eso la exigencia de pruebas es extraordinaria.

Teniendo en cuenta lo raro del fenómeno y las pocas personas que pueden desarrollarlo más o menos a voluntad, desembocamos nuevamente en la insuficiencia de los testimonios. Resulta ineludible descubrir psíquicos en actividad y realizar con ellos experimentos que incluyan

observadores escépticos, actas, filmaciones y cuanta otra exigencia se nos solicite. Se habrán preguntado por qué dediqué tanto espacio a los psíquicos fallecidos, casi ignorando a los actuales; por qué, después de los relatos iniciales de Bárbara y Joaquín, me instalé cómodamente en el pasado. Debo confesarles que la investigación original estaba dirigida a encontrar psíquicos en actividad; pero sólo después, cuando entendí que se trataba de una empresa mucho más ardua de lo que parecía, decidí, como una especie de premio consuelo, reconstruir las biografías de los fallecidos.

De todas maneras, les comentaré alguna de las gestiones realizadas. En primer lugar fue necesario descartar a los charlatanes, los que quedaban enredados en el primer filtro de aquella zaranda que imaginamos después de asistir a la conferencia de Mario Bunge. Se trata de delincuentes profesionales, que engañan a los más necesitados con supuestos poderes que solucionan todos los problemas. Circulan con bastante impunidad, a pesar de estar en vigencia leyes que podrían llevarlos a la cárcel. En las grandes ciudades publican sus avisos en rubros exclusivos, alquilan un departamento y se sientan a esperar a sus víctimas.

En los pueblos pequeños, en cambio, van de gira permaneciendo dos o tres días en cada uno y regresando cada tanto. Suelen utilizar como consultorio el living de una de sus clientas a cambio de la consulta gratuita. Miguel, actualmente mago profesional, comenzó su carrera ayudando a un supuesto psíquico, que prefirió no nombrar "*porque todavía anda por ahí y no quiero que me pase nada*", me contaba: "*Cuando llegábamos a un pueblito, él se quedaba hablando con la dueña de casa y a mí me mandaba al boliche. Así, el primer día nos enterábamos de muchas historias y pormenores de los habitantes, que después mi jefe mencionaba delante de otros clientes, como al pasar, para que creyeran que era un gran vidente*". Durante la charla me explicó trucos simples, que muchos

desprevenidos consideraban fenómenos genuinos: “*Vendía un amuleto que era necesario energizar cada vez que volvía al pueblo. A veces pasaba un año, y el cliente se asombraba de que pudiera recordar el motivo de la consulta o detalles de su vida. El secreto estaba en que el amuleto estaba construido con un metal blando, y mientras lo energizaba, con un alfiler le hacía determinadas marcas que indicaban los detalles de su portador, cantidad de hijos, problemas y cosas por el estilo*”*.*

Me contó infinidad de engaños basados en reacciones químicas o en complicados juegos de prestidigitación, aunque prefiero mencionar uno sencillo pero de igual efectividad. “*Cuando la dueña que le prestaba el lugar mencionaba que vendría fulanita, que vivía en la esquina, porque todo le iba mal, esa misma noche, mientras todos dormían, me enviaba con un muñeco de trapo para que lo arrojara en el techo de la futura visitante. Después, durante la consulta, le ofrecía ir a curar la casa, a cambio de buen dinero, por supuesto. Una vez en el lugar, con un poco de teatro, decía: ‘El mal está por ahí, debe ser en el techo, busquen que allí debe estar’*”. ¿Quién se resiste a creer después de una prueba tan convincente?

También me encontré con otro tipo de estafadores: los que engatusaban de manera inconsciente, seguros de poseer poderes inexistentes, casi siempre debido a algún problema psiquiátrico. Solía sentirme confundido mientras esperaba para entrar, junto a otros consultantes. Las referencias que escuchaba me indicaban que se trataba de buenas personas, que atendían con amabilidad y que a veces ni siquiera cobraban. Es que los que llegaban eran personas que se conformaban con muy poco, aceptando de buena gana sus predicciones, pensando que si no se cumplían al día siguiente, algún otro día se cumplirían. Salían satisfechos porque en realidad iban buscando contención afectiva y un poco de magia para sus vidas rutinarias. A los pocos minutos de ingresar al consultorio ya era posible saber ante quién me encontraba. Los escuchaba

un rato, preguntándome qué angustias o qué pérdidas los habrían llevado a desarrollar ese papel; después me iba con un poco de tristeza, sin ganas de volver a verlos.

Distinto era cuando estaba frente a algún psíquico que ya había sido descubierto por investigadores que respetaba. Mezclado entre los asistentes al grupo de mesas parlantes que dirigía José María Feola, aparecía en forma esporádica el sobrenombre de Babe. En cerca de cien sesiones que se habían realizado, Babe figuraba sólo en dos o tres. Según me confió Feola, "*vino a algunas reuniones con su novio. Era una chica con grandes dotes de clarividente. Te voy a contar una sola cosa para que entiendas: nunca la dejábamos jugar a los naipes porque indefectiblemente sabía la carta que tenía su rival. También nos contaba que en su casa solían moverse muebles y otros objetos; pero por desgracia al novio no le caímos bien y pronto se fueron*".

Estos testimonios fueron confirmados por otros miembros del grupo, así que me lancé en su búsqueda. Después de algunos trámites estuve en la puerta de su casa en la ciudad de La Plata. Si bien no estoy autorizado a revelar su nombre, les diré que se había jubilado después de trabajar durante más de treinta años para el Servicio Exterior de la Nación; gozaba de una vejez distendida y sin apremios económicos. Al menos esa fue la primera impresión que se esmeró en brindarme, mientras evaluaba la consulta que había inventado para lograr que me atendiera.

Todo cambió a los pocos minutos, cuando le confié el verdadero motivo de mi visita. Se puso tensa, me miró con desconfianza y pareció que la entrevista terminaría pronto. Me sentí como el cazador de nazis que descubre un criminal de guerra camuflado entre la gente durante medio siglo. Creo que ella experimentó algo parecido; no sé por qué no negó todo y me cerró la puerta en la cara. Tal vez hacía mucho que tenía ganas de contar su historia y llegué en el momento oportuno: "*De esa época no quiero ni acordarme.*

Es cierto todo lo que le contó Feola pero no quiero saber nada con todo eso. Esas cosas que me pasaban me hicieron la persona más infeliz de la tierra”.

Nerviosa, como descubierta en falta, me contó su drama. Desde la adolescencia había sufrido una especie de poltergeist permanente a su alrededor, con períodos de mayor y menor intensidad. Primero había sido condenada por sus padres, cuya formación religiosa les hacía conjeturar que estaba endemoniada. Después de casada el fenómeno reapareció y poco a poco fue perdiendo sus afectos; marido, amigos y compañeros se fueron alejando de ella como si fuera una leprosa. “*No me diga que esto es un privilegio ¡por favor! si hasta pensé en suicidarme*” –contestaba indignada a mis argumentos, que llevaban como objetivo final repetir aquellos fenómenos en mi presencia–. *Ni se le ocurra volver por acá. Todo eso, gracias a Dios, está muerto en mí y no tengo ninguna gana de volver a jugar con fuego*”.

Se desahogó confiándome que había tenido que sufrir un largo peregrinaje durante años, hasta que un sacerdote le enseñó algunas posturas de Yoga y desde entonces todo había vuelto a la normalidad. De nuevo aparecía la relación causal entre el Yoga y los fenómenos paranormales, aunque en este caso como factor inhibidor. El sacerdote mencionado se llamaba Ismael Quiles, había gozado de cierta fama mediática y efectivamente había escrito libros promoviendo un curioso sistema que compatibilizaba el Yoga clásico con el catolicismo[76]. De todas maneras, Quiles ya había fallecido y Babe no quería saber nada con darme detalles de lo que había aprendido con él. Temía que con sólo hablar pudiera reavivar su suplicio.

Quedaba por averiguar qué había sido de su clarividencia. ¿Seguía conociendo las cartas de sus contrincantes? Me apuré a consultarla, relatándole

[76] Quiles, I. *Qué es el Yoga*. Editorial Columba. Buenos Aires. 1971.

brevemente el caso de la lectura del libro cerrado de Parodi o Marchesini. ¿No se trataba acaso de la misma habilidad? Se tranquilizó un poco; su gesto cambió por otro de picardía: "*Eso lo sigo teniendo pero es más fácil de ocultar, es mi secreto y nadie tiene por qué enterarse,* –agregando con más amabilidad– *veo cosas que van a pasar, pero no digo nada, nadie lo sabe. Si por ejemplo percibo que al día siguiente una vecina va a tener un accidente automovilístico, le digo: 'No te vayas a pasear porque para mañana hay pronóstico de lluvias*'".

Se me ocurrió proponerle la discusión sobre si los hechos futuros que presiente un psíquico son o no evitables, pero Babe ya había decidido que mi tiempo había terminado. "*Fue un gusto hablar con usted, señor Gimeno, pero no insista más*". Sus últimas palabras fueron para recomendarme el último best–seller de moda, La Novena Revelación, de James Redfield: "*Allí encontrará elementos interesantes para su investigación*".

Algo parecido ocurrió con Elvira Canale, la primera esposa de J. Ricardo Musso. Tampoco quería hablar del tema porque le recordaba momentos enojosos, aunque por cuestiones mucho menos extraordinarias. En 1960 su esposo era profesor de la primera cátedra de parapsicología de Argentina, en la Universidad del Litoral, en Rosario. Una de sus alumnas, Mirta Granero, se enamoró de él y formaron una nueva pareja, fundando juntos el Instituto Rosarino de Parapsicología. Desde entonces Elvira huía de cualquier referencia que la acercara a ese pasado conflictivo.

Elvira Canale está mencionada en el capítulo 2 junto a Iris Cazaux, resolviendo casos policiales a través de la clarividencia. En su libro, refiriéndose a las experiencias personales, Musso destaca que "*hemos visto actuar a algunos de los más grandes clarividentes del país, como la señora de Fernández, el doctor Ronald W., Nostradamus, Mr. Luck, King, Poletti, Irma Maggi, Iris Cazaux y Ana*

Grynn"[77]. Cazaux era una de las pocas sobrevivientes de esa lista y vivía en Buenos Aires. La conocí en su domicilio de la calle Cuba, en el barrio de Belgrano. Como no podía ser de otra manera, me encontré con otra septuagenaria; aunque, a diferencia de Babe, trabajando como vidente, memoriosa, activa y entusiasmada por lo que seguía haciendo desde hacía cincuenta años.

Fue otro de los momentos de gran expectativa. Continuando con la metáfora que ya utilicé, el detective por fin no sólo descubría al asesino sino que además lo encontraba con las manos en la masa y dispuesto a realizar una pormenorizada confesión. Iris vivía con su hermana en una casa de clase media; me hizo pasar al comedor, donde atendía a sus clientes; me sirvió un café doble y se sentó frente a mí. Había conocido a todas las personas importantes de la parapsicología argentina, investigadores y psíquicos que figuran en este libro y muchos más.

Si bien en ese momento mi interés no era histórico, pude conseguir las primeras huellas que después me llevarían a otros escenarios. Diría que habló hasta por los codos, como una abuela que recibe, después de muchos años, al nieto que se había ido lejos. En el aluvión de palabras se mezclaban citas de situaciones importantes con otras cotidianas, pero para mí todas eran valiosas por provenir de una fuente directa.

En medio de la conversación sonó el timbre. Era una de sus clientas, una joven con aspecto preocupado. Se saludaron como si se vieran habitualmente. Me apresuré a dejarle mi lugar mientras esperaba en la cocina, un poco por caballerosidad pero sobre todo para poder escuchar lo que decían. Recuerdo aquella conversación y aún hoy me parece extraída de una novela. La consultante había llegado afligida

---

[77] Musso, J. *En los Límites de la Parapsicología*. Editorial Paidos. 1963. Buenos Aires. Pág. 102.

porque su novio la había dejado, confesándole que desde hacía un año estaba infectado con el virus del S.I.D.A.

La inquietud que la llevaba no era averiguar si lo recuperaría sino saber si ella también estaba infectada. Ni siquiera tuve tiempo de terminar de pensar que lo mejor era hacerse el análisis en cualquier hospital, cuando escuché la voz imperativa: “*Vos quedate tranquila que estás sana, no tenés nada. Eso te lo dijo para que no vuelvas a buscarlo*”. La chica se retiró aliviada; le había creído más que a un médico. Nuestra conversación retomó su dinamismo, aunque en un segundo plano no podía alejar de mi mente una serie de interrogantes en relación con lo que había presenciado.

Con el pretexto de escribir un artículo, le propuse culminarlo con alguna experiencia práctica, igual que había hecho en su momento con Néstor Vinelli. Aceptó gustosa, aunque nos llevó un rato ponernos de acuerdo, ya que quería asegurarme que la prueba fuera decisiva. Finalmente le pareció bien que volviera la semana siguiente y que estaba dispuesta a hacer videncias sobre las fotos y objetos que le alcanzara. Tuve que molestar a mucha gente para conseguir cuatro fotos y cuatro pequeños objetos de personas que no conociera, para que, en caso de acertar, no pudiera decirse que le había sugerido las respuestas correctas. La única excepción fue la piedra que meses antes los médicos habían sacado de la vesícula de mi madre, y que yo conservaba celosamente para alguna buena ocasión.

El día indicado llegué puntual con mi cargamento. Uno a uno le fui mostrando fotos y objetos. Los miraba intensamente, los tocaba, a veces cerraba los ojos como tratando de escuchar alguna voz lejana. Después comenzaba a hablar, aunque no con la seguridad que había mostrado ante la novia abandonada. Era evidente que no se sentía cómoda; me hacía preguntas sobre sus dueños, según ella para orientarse, pero yo no podía contestarlas. Completó el trabajo y me despedí con la promesa de llevarle pronto los resultados.

La evaluación de estos experimentos es difícil y tediosa. Debí desgrabar sus declaraciones y confeccionar una tabla con las afirmaciones realizadas. Las mezclé de manera que ninguna de las ocho personas supiera cuál correspondía a cada una. Luego les di una copia para que tildaran las que consideraban ciertas. Finalmente incluí los resultados dentro de complejas fórmulas matemáticas, cuyo resultado me indicaría si la cantidad de aciertos se debía al azar o a algún factor desconocido, que yo podría llamar clarividencia.

Para aprender a evaluar estadísticamente un experimento es necesario estudiar bastante y llenar varias páginas con números. Lo que puedo decirles, en pocas palabras, es que el resultado fue decepcionante. Iris no tuvo aciertos significativos, aunque algunos errores fueron hilarantes. La piedra de calcio formada en las entrañas de mi madre, para Iris era el carozo de un árbol exótico milenario, encontrado en no sé qué ruinas precolombinas.

La contradicción que se produjo entre las experiencias leídas y las dirigidas por mí me llenaron de incertidumbre: ¿Era posible que Musso y Feola fueran tan ingenuos como para confundirla con una psíquica verdadera? Y si bien las dudas continúan, espero no pecar también de ingenuo al asociar ese fracaso con las declaraciones del nieto de Armando King, cuando me aseguró que su abuelo había perdido su capacidad durante la vejez; lo mismo que algunas frases de Albino Gómez sobre Mister Luck, sosteniendo que su capacidad había mermado notablemente en sus últimos años. Tal vez estemos ante una capacidad como la memoria, la inteligencia o la motricidad, que requiere de condiciones particulares para desarrollarse y que sufre, a su vez, deterioros provisorios o permanentes ante la aparición de factores naturales como la edad.

Hasta aquí lo hecho. Podría contarles otros resultados obtenidos durante la búsqueda de psíquicos en

actividad, pero sería reiterativo. Después de los dos que conocí durante mi adolescencia y juventud, que hasta ahora considero auténticos, no pude volver a tener delante personas a las que les cupiera el término de psíquicos. Siempre surgía algún impedimento; la falta de inspiración del momento o cualquier otra causa de difícil comprobación servían en algunos para justificar la falta de colaboración. Después estaban los asustados, que se habían alejado de estas prácticas creyéndolas peligrosas o diabólicas; y por último los que habían perdido sus capacidades, presumiblemente por el paso del tiempo, aunque sin descartar otras causas físicas o ambientales. Este último grupo podría dividírselo a su vez entre los que aceptaban resignadamente la nueva situación, como Armando King, y los que les era imposible bajarse del pedestal y preferían reciclarse en embaucadores, concientes o inconcientes.

Me imagino la expresión del escéptico que esté leyendo estos últimos párrafos. Se le dibujará una sonrisa en los labios y los ojos adquirirán un brillo burlón, mientras asegura: "*Nunca conseguirá cazar a un psíquico simplemente porque los psíquicos no existen*". Me recuerdan una anécdota de Jorge Luis Borges cuando saludó a un sacerdote como "colega". Especulando con algún error, el aludido le preguntó por qué lo había llamado de esa forma, a lo que el exquisito escritor, con fingida humildad, contestó: "*Somos colegas porque ambos vivimos de la literatura fantástica*", colocando a la Biblia en la misma categoría que los cuentos y las novelas. Para muchos estudiosos, la parapsicología también está incluida en el género de ficción, o de ciencia ficción.

Aunque también recuerdo la definición de otro escritor llamado Eric Fromm, uno de los nombres que Bárbara escribió en mi servilleta aquel mediodía cordobés. No puedo transcribir la cita exacta, pero decía que cualquier gran empresa debe estar basada en la fe; no la fe de las religiones, que consiste en aceptar irracionalmente el mensaje de un mesías autoproclamado sino una más

cercana a la esperanza, que nos asegura que llegaremos a la meta imaginada. Esta otra forma de fe es la que tiene el científico cuando debe decidir qué camino seguir entre muchos, cuando algunos datos sueltos, insuficientes pero decisivos, lo inspiran a avanzar con la convicción íntima en el éxito.

En mi caso lo que me empuja a continuar es precisamente lo que volqué en este libro: unas pocas experiencias individuales y una montaña de datos históricos, la mayoría insuficientemente documentados. Puedo asegurar que actualmente no se conoce en Argentina ningún psíquico como los descriptos en este libro; pero eso no significa que no podamos dar con ellos.

Canavesio falleció hace apenas cincuenta años, y es imposible que no exista un grupo de psíquicos como el que él encontró; tal vez lo que ocurra sea que las condiciones culturales hayan cambiado radicalmente y se haya desdibujado el lugar que ocupaban dentro de la sociedad. Es posible que pasen desapercibidos y debamos modificar los sistemas de búsqueda; o tal vez estén escondidos como Babe, temerosos de que les vuelvan a colgar el Sambenito, desconociendo que son los depositarios de fuerzas naturales pero escurridizas que han confundido al hombre a través de toda la historia, que dentro de ellos se encuentra la llave para resolver uno de los enigmas más grandes de la humanidad.

La búsqueda de psíquicos no debe ser distinta de la de cualquier otra minoría más o menos oculta. Se puede pensar en madres que buscan a sus hijos perdidos, en arqueólogos que van tras un esqueleto que represente el eslabón perdido o hasta enfermos que buscan donantes de órganos. Por otro lado se puede poner el acento en las particularidades de los psíquicos que los hacen diferentes. ¿Colocar un aviso en los periódicos o armar una campaña publicitaria? ¿Consultar a la policía para saber si recibe denuncias al respecto? ¿Habrá sacerdotes que los escuchan

bajo secreto de confesión? ¿Tendrán mucho que decirnos los profesores de Yoga? ¿O será mejor comenzar por la anciana que nos tiraba el cuerito en nuestro barrio? Cada uno sabrá cómo avanzar, según su estilo y de acuerdo a sus recursos, en una investigación con pocos antecedentes.

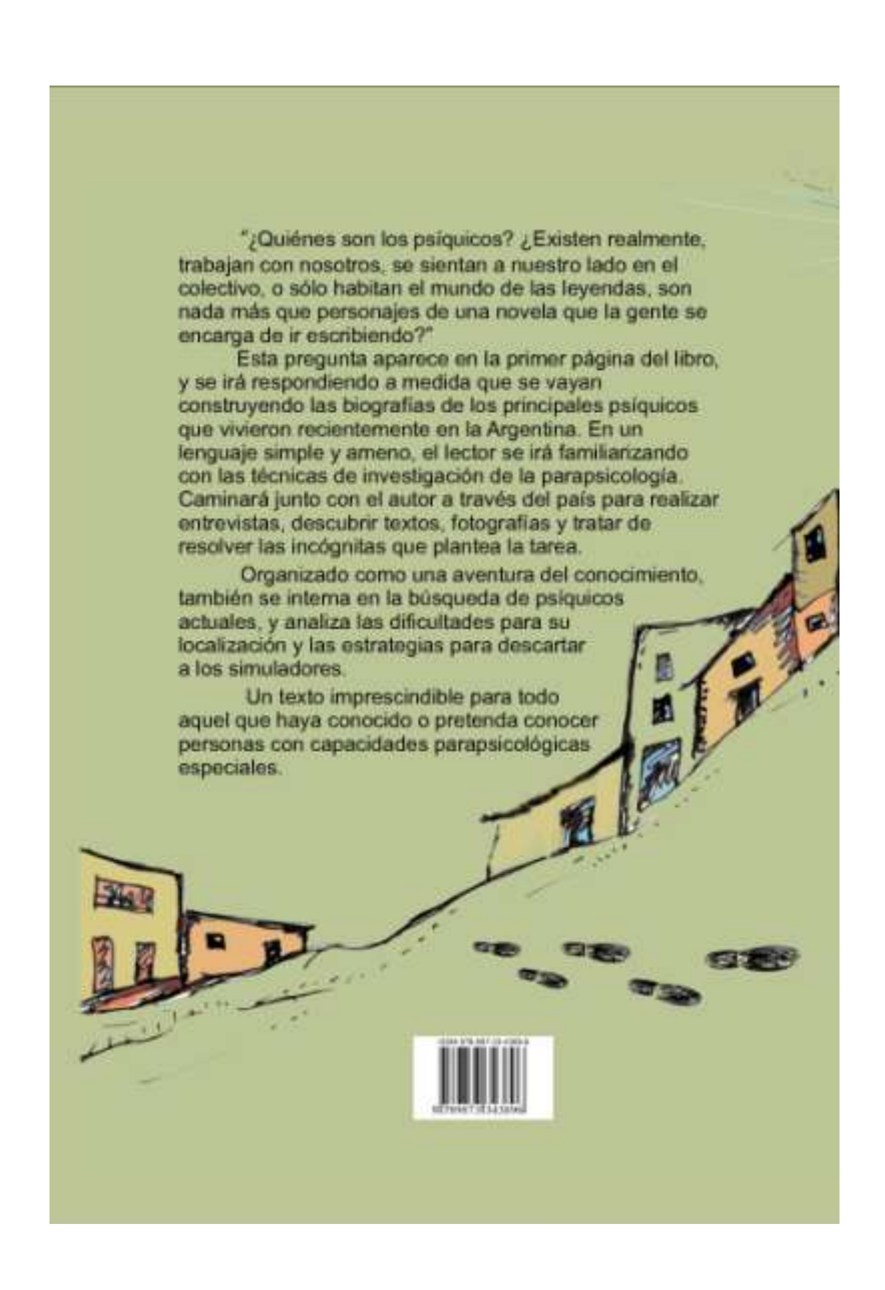
Hay una divertidísima novela que casi todos hemos leído de chicos. Me refiero a Viaje a la Luna, escrita por Julio Verne en 1865. En el primer capítulo se muestra a los miembros del Gun-club, ex militares especializados en la fabricación de cañones, aburridos por la ausencia de guerras. Acostumbrados a inventar piezas de artillería cada vez más grandes, precisas y ruidosas, la paz los llenaba de hastío y se veían obligados a ocupar su tiempo rememorando viejas proezas. Hasta que su presidente tuvo una idea genial: les propuso el desafío de disparar una bala de cañón nada menos que contra la superficie de la luna. A partir de entonces, las dificultades y las nuevas perspectivas los llenaron de entusiasmo y volvieron a sentir el excitante perfume de la duda y de la investigación.

A veces es así como veo a los parapsicólogos actuales. Sin grandes psíquicos a la vista estamos obligados a vegetar delante de nuestras computadoras, condenados a escribir sobre tiempos pasados y mejores, tratando de estudiar un fenómeno sin tener delante a quienes lo producen a manos llenas. Estimo que el retorno a su búsqueda producirá el mismo efecto que consiguió el proyecto lunar sobre aquellos nostálgicos descriptos por Julio Verne.

Cierren por fin este libro y salgan tras la maravilla. Si la encuentran, no dejen de avisarme. Y si nunca lo logran, les quedará como rédito aprendizajes que podrán aplicar a otros aspectos de sus vidas; además, si les gusta escribir tendrán argumentos ideales para un buen relato de aventuras. Y si nada de eso fuera posible, al menos podrán exclamar (conmigo): “*¡Quién me quita lo bailado!*”

Se terminó de imprimir en
los talleres de La Imprenta Digital S.R.L.
Av. Carlos F. Melo 3711 (1604) Florida,
provincia de Buenos Aires, en marzo de
2014.

Tirada 300 ejemplares.


"¿Quiénes son los psíquicos? ¿Existen realmente, trabajan con nosotros, se sientan a nuestro lado en el colectivo, o sólo habitan el mundo de las leyendas, son nada más que personajes de una novela que la gente se encarga de ir escribiendo?"
Esta pregunta aparece en la primer página del libro, y se irá respondiendo a medida que se vayan construyendo las biografías de los principales psíquicos que vivieron recientemente en la Argentina. En un lenguaje simple y ameno, el lector se irá familiarizando con las técnicas de investigación de la parapsicología. Caminará junto con el autor a través del país para realizar entrevistas, descubrir textos, fotografías y tratar de resolver las incógnitas que plantea la tarea.
Organizado como una aventura del conocimiento, también se interna en la búsqueda de psíquicos actuales, y analiza las dificultades para su localización y las estrategias para descartar a los simuladores.
Un texto imprescindible para todo aquel que haya conocido o pretenda conocer personas con capacidades parapsicológicas especiales.